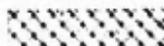


EL NIÑO

 NOTAS DE LA CARTERA DE UN MAESTRO 

P O R

ALEJANDRO ANDRADE COELLO



QUITO — ECUADOR S. A.

IMPRENTA «ECUADOR»

1.938

EL NIÑO

 NOTAS DE LA CARTERA DE UN MAESTRO 

P O R

ALEJANDRO ANDRADE COELLO



QUITO — ECUADOR S. A.
1.938

IMPRESA «ECUADOR»

EL NIÑO

Sean mis primeras palabras para el niño. Con fervor, repetiré ideas que honran recordar a cada instante. En el niño se reflejan las impresiones como en tersa lámina. En ésta, con estilo claro y sencillo, voy a dejar ver ideales luminosos. Que llegue a su corazoncito un rayo de bien. Quiero decirle amigablemente: Cruzas el valle de la vida como inconsciente repartidor de gracia y de belleza. Vas trocando en sonrisas los abrojos del camino y en inocentes placeres los problemas y dolores que a los sabios atormentan. Tu candor, tu fresca hermosura, son tesoros. Reproduces dichas de un edén forjado en alucinantes horas de ensueño. Tus avizores ojos miran el fulgor de una luz que está muy alta. La bondad se lee en tu semblante. La promesa divina se engendra en tu sonreír. Aun el hombre más embrutecido y enfangado, se emociona y purifica ante tí. Al contemplar tu albura inmaculada, intenta levantar su frente desde el lógamo del gozo material.



Si la curiosidad del niño es oportuno estímulo ¿cómo no prender en su mente la chispa del ideal que le revele virtudes y bellezas desde temprana edad?

Tú, dócil niño, que estás hablando con el geniecillo de la pureza; que estás brillando como una estrella dulce y eterna, adquiere la santa pasión del campo, ama a los árboles, ama a los pájaros, cuida a las flores, estudia a la naturaleza, respeta tu conciencia, dignifica al hombre, aléjate de la mentira y cree en la tolerancia. De la unión de las sublimes ideas con los tiernos sentimientos, tejemos en el alma una vistosa cinta de la que se forma la tela de los años. La piedad es un suave lazo que nos une a los prójimos y nos vuelve humanos.

Flamee en el niño la sacra llama del afecto patrio. Enseñémosle a rezar esta diaria oración: Madre natal, patria mía, mi amor a tí es un amor bendecido, excepcional. Mi pensamiento es tuyo: es cálido y sublime como del amante leal que hace holocausto de su sér. Procuraré honrarte y servirte siempre; mi único deber es ser digno de tí. Te consagraré obras y no palabras. Contribuiré con algún hecho honroso para escribir tu generosa historia. Tuya es mi vida, Madre natal, patria mía.

Cuando en la venturosa niñez se graban estas lecciones, de tanto repetir las con la insistencia de la gota de agua, algo de provecho asimila el corazón.

En el tiempo de la inocente alegría; que reviste a

las cosas del ropaje de la rosa, cuando el prisma de la fe colora todo, aprovecha una lección sana, metódica y sagazmente dictada, como al arbusto el cotidiano riego bienhechor.

Me ocuparé en la educación física, intelectual y moral del niño, de conformidad con las anotaciones personales que frecuentemente he tomado en algunos lustros de familiarizarme con los chiquillos de diversas edades, clases sociales y condiciones. Cuando funcionaba la clase preparatoria en el Instituto Nacional Mejía, observé la salud y la índole de los niños de once y hasta diez años, lo mismo cuando desempeñé la primera Inspección del Plantel y fui Consejero Escolar varias ocasiones. Posteriormente mis estudios se han concretado a muchachos de doce a quince años.

En severa síntesis, este tratado comprende los capítulos siguientes:

- I.— Desarrollo del organismo.
- II.— Salud, alegría e higiene.
- III.— Corrección de vicios del organismo.
- IV.— La atención.
- V.— El gran factor de la memoria.
- VI. Gimnasia del entendimiento.
- VII.— La Patria, la tierra y la familia.
- VIII.— La libertad y la raza.
- IX.— La lengua vernácula.

X.— La tolerancia.

XI.— El factor educativo histórico. — Quiebras de la Pedagogía escrita.

XII.— Desarrollo artístico.— La Música.— El Canto—La Poesía.

Dentro de este plan, he procurado sembrar ideas y notas prácticas, evocando todo lo que vi y aprendí en mi no tan corta vida de profesorado. Primero fui secretario del Instituto, después profesor. Más de veinte años ha sido como mi propio hogar el colegio, en el que empecé por rehacer su Reglamento Interno. Si no con pleno conocimiento de causa, hablo al menos con sinceridad y ante la evidencia de los hechos consumados.

CAPITULO I

DESARROLLO DEL ORGANISMO

El examen de la condición física del niño está directamente vinculado a su desarrollo intelectual y moral. La antropología escolar va acentuando esta influencia. Párvulos enclenques y enfermizos, que se fatigan a la menor actividad del músculo, son, por lo común, mediócrs estudiantes; mal de su grado siembran el repreñible ejemplo y la indisciplina: se cansan mucho, descuidan sus deberes, llegan retrazados, les falta alegría y firme voluntad, les invade la inacción, la modorra, que se creería pereza, ánimo premeditado de no hacer nada, y es sencillamente, agotamiento de fuerzas. Estudian poco y edifican menos. El rorro de lana suspira por un alma férrea.

—¿Por qué es Ud. tan ocioso?, le reprendía su maestro a un niño pálido, de labios amoratados, ojos humildes y de carnes fofas.

Escapábasele a su perspicacia que no inquiría a un

holgazán, sino a un escolar enfermo, impotente para el trabajo.

Si en vez de castigarle con la usual detención después de sus tareas, hubiera oído el dictamen de un médico, habría acertado. — En vez de punición necesita otro tratamiento, habría dicho éste. Obvio entonces interrogar, a los padres del que creía negligente, acerca de sus hábitos, de los alimentos que consume, de las horas de sueño, de sus ocupaciones en días de asueto y de cien al parecer nimias particularidades que son otras tantas revelaciones para el profesor. El caso psicológico se transformaba en patológico, por aquello de que un buen animal da margen para un perfecto racional, según máxima de Spencer.

Otro niño acudía a la clase de muy lejos. Se atrataba casi siempre. Como entraba después de la lista, el profesor se prevenía para interrogarle entre los primeros. No contestaba nada de la lección. Mofletudo y coloradote, sentábase de rondón, acentuando el concepto de poco inteligente en que el dómine le tenía. Enfermó el poco penetrativo maestro. Se llamó al sustituto, que actuó más de dos meses.

—¿Qué le han parecido mis discípulos?, le preguntaba el principal cuando regresó a sus tareas.

Muy inteligentes, sobre todo el gordiflón, contestó el perspicaz sustituto.

—¡Cómo! Si es el más incumplido y tonto de la clase; siempre se atrasa, repuso asombrado el amante de la rutina.

—Crefa lo mismo yo, hasta que salí de mi error. Un buen día le llamé, e insinuándole confianza, obtuve muchos datos satisfactorios. Vivía muy lejos. El viaje lo efectuaba a pie. Venía comiendo en el camino, pues traía sus bolsillos repletos de maíz tostado y otras golosinas, economías de los centavos que le daban para el carro. Naturalmente llegaba fatigadísimo, abotagado: caía en su asiento con más deseos de reposo que de labor intelectual. Imprudencia, y muy grande, interrogarle en ese estado. Llamé a sus padres. Todo se remedió. Le preguntaba al final de la clase: sus respuestas eran fruto de observación atenta. Es el niño más reflexivo.

Cada alumno es inagotable campo de experimentación. El *quid* está en saber aprovechar hasta de los pormenores que parecen infantiles e insignificantes:

Dos entidades son las llamadas a propender al vigorizamiento del organismo infantil: la escuela y la familia.

En la escuela, bajo la inmediata ingerencia de la superioridad, los recreos, la gimnasia, las excursiones escolares son grandes medios para que la niñez desenvuelva sus energías. Estos actos se reglamentan en progresión prudencial, tomando en cuenta que todo exceso perjudica.

En el hogar, libremente, y pudiera decirse sin fórmulas perscriptivas, los juegos a que se entrega, los paseos, los viajes de vacaciones desarrollan su organismo. Los que salen al campo, al andar de pocos meses, regresan transformados.

Pero no todos los padres de familia están en condiciones de atender con eficacia este trascendental punto, sea por los prejuicios que la deficiente educación dejó en sus mentes, sea por carencia de recursos, sea por absoluta falta de preparación. Los niños pobres, en el afán de ayudar a sus mayores, entréganse a fatigas superiores a sus fuerzas, a horas que deberían ser de solaz. Mal alimentados, el taller les consume precozmente. Este ejercicio les resulta contraproducentem. Algunos ricos no alcanzan todo su desarrollo por muy mimados: el menor esfuerzo lo obtienen realizado por personas extrañas. No quieren acostumbrarse a servirse por sí mismos en tantos ménesteres que redundan en provecho de la salud.

Para qué ha de ir a caballo, si tiene automóvil, gritaba un burgués enriquecido, tratando de irregularizar la cabalgata juvenil organizada a Cotocollao.

Otros padres de familia, estrictos hasta lo inverosímil, hacen gala de un rigorismo tiránico. El hogar para sus hijos es algo así como una cárcel: tan sujetos y sin respiro están esas tiernas víctimas de un escrúpulo inconcebible.

—No quiero que se reúna con nadie; que no salga ni al zaguán de la casa. Puede adquirir malas compañías. Los chicos de la vecindad son terribles. Aquí nada le falta: libros, estampas, vistas, juego de damas, ajedrez, decía un meticuloso caballero.

Su hijo, anémico y descolorido, no necesitaba libros sino aire libre, expansión, cháchara entre chiquillos de su misma edad, travesuras inofensivas, paseo con sus compañeros, benéfica acción muscular.

Funesto es exigir que desde la época temprana sean hombres serios. Niño que no ríe, o es un enfermo o es un anormal.

Mucho se ha discutido la conveniencia e inconveniencia de los internados. Abiertamente algunos médicos y educadores se pronuncian contra este sistema, pintando, con sombríos colores, los vicios inherentes a la privación y al encierro. Si no son pedagogos muy humanos los que dirigen tales instituciones, los argumentos en contrario suben de punto: los internados caen de su peso, combatidos desde sus cimientos. Pero como en la vida nada es absoluto, es menester considerar el medio ambiente, las facilidades de subsistencia, los peligros de la calle, las tendencias del niño y tantas causas propias de cada región, para tolerar los internados, en los que, no hay duda, los estudios se hacen con más constancia y profundidad, y la atmósfera que se respira es más serena y cultural. Aduzcamos un caso de

inmediata aplicación.

Sea, por ejemplo, un establecimiento de la capital: el Instituto Nacional Mejía, centro de estudios de enseñanza secundaria. Según la Ley Orgánica de Educación, ingresan al colegio niños de doce años. Abierto el internado, a él acudían de diversas y distantes provincias: niños del Carchi, de Loja, de Manabí. La pensión era muy económica. La casa les facilitaba, por un precio ínfimo, cuando no con beca alojamiento y manutención, más que regulares. En la ciudad no podían ni por el doble de su precio hallar estas comodidades. A veces carecían de parientes, recomendados y amigos los de apartadas poblaciones. Clausurado el pupillaje, un veinte por ciento de escolares interrumpió sus estudios. Ya no les fue hacedero el hospedaje fuera del establecimiento. Inteligentes jóvenes cortaron su carrera por esta causa.

En el internado notábase mayor desarrollo físico que en el externado. Niños débiles y de corta estatura se vigorizaban pronto y crecían de talla ¿Las causas de este beneficio?

- 1°. La abundante alimentación reglamentaria;
- 2°. Los diarios ejercicios gimnásticos;
- 3°. Los baños y hábitos de higiene;
- 4°. El ordenado método de vida, tranquilo y sin peligros; inclusive las horas de sueño;
- 5°. Las excursiones semanales.

Algunos externos pobres, en especial de las inferiores capas sociales, acudían desaseados, por más que recibían amonestaciones higiénicas. A veces el inspector ordenaba que les lavasen la cara y peinasen, cosa obligatoria, bajo estrictas penas, a los internos al dejar el licho. Tan exigua la alimentación de algunos niños indigentes, que se dio el caso de desmayarse uno en clase. Otro murió por exceso de trabajo: atendía a un empleo administrativo y a sus estudios a la vez, redoblando sus precoces energías, hasta que se agotaron en el rudo bregar por la vida.

En algunos hogares el niño, como avejilla enjaulada, ni juega ni puede revolotear libremente. Habitaciones estrechas, aire viciado, prohibiciones al inquilino de que metan bulla sus hijos, no son agentes propicios al desarrollo físico. La incomodidad y las exigencias del dueño de la casa vuelvenles unos santos, enfermizos desde chicos. Si no brincotean ni se distraen, ¿cómo se robustecerán con tal opresión? En el internado se remedian estos males. Respiran aire puro, viven entre flores, ríen, saltan, duermen en amplias salas. Padres de familia que no comprenden los magníficos frutos del deporte, lo desacreditan, vedando a sus hijos el estímulo, a fin de que no se distinguan en tan sanas prácticas, que hay apocados que las creen humillantes y deshonorosas.

— Mi hijo no juega a la pelota. Eso es cosa de cho-

los, repetía por ahí un presuntuoso:

En el internado no se solía tolerar que formasen corros para pasar el recreo en amena tertulia. Era también prohibida la lectura. Cada cosa en su tiempo. Se veían impelidos a jugar, a agitarse, a reponer los desgastos del estudio. Ventajas innegables del internado son el cultivo del espíritu de cuerpo, el estrechamiento de vínculos que borran los marcados provincialismos, la formación del hábito disciplinario y metódico, el gobierno individual y aprendizaje de rasgos urbanos que no en todos los hogares propaga la cultura. El ambiente es más noble y simpático que en los tugurios de los escolares desafortunados.

Con mejores elementos para escuelas y colegios, con más tolerancia, con menos incultura en las bajas capas sociales y con algún ennoblecimiento en las costumbres del pueblo o siquiera en gran parte de la clase media, holgarían los internados. Hasta mientras, hay que convenir en que es necesaria la medida civilizadora, que aísla del pésimo ejemplo doméstico entre no pocas familias que no gozan de los bienes de la paz privada, ni menos de holguras materiales suministradoras de salud.

En el internado, el niño está como en un templo: respira perfume de arte, cultiva las flores de la disciplina y el carácter, se aparta de las holgazanerías callejeras, vive en medio de una gran familia. Los países más ade-

lantados de la tierra son célebres por sus pensionados. Querer abolirlos sistemáticamente, es conmover una base de nacional educación.

Ya nos imaginamos escuchar la grito de los que para ponderar los horrores del internado citan a Zola, ponen por los suelos a ciertas instituciones monásticas y se acuerdan de las irónicas confesiones de Rousseau. Todo lo humano tiene su anverso y reverso. No nos martirice, sin embargo, el negro pesimismo que ensombrece hasta los cuadros de la aurora.

Estudie:mos el tiempo y el espacio, las condiciones locales y el espíritu levantisco de la raza cuando de adaptaciones modernísimas se trate. Querer atropelladamente imitar los adelantamientos e innovaciones europeos es más perjudicial que, con abnegación y tino, mejorar nuestras viejas rutinas, susceptibles de saludable retoque; pero no de ciega poda.

¡Cuánto nos falta para llegar a poseer cierto nivel de cultura que permita trascendentales revoluciones!

Los seculares países se han preparado tras múltiples reacciones y regresiones, y no han abolido radicalmente el pupilaje escolar.

Apreciable tanto por ciento de niños, al prescindir de la acción de la escuela y el colegio, serán candidatos deral quitismo y estancamiento corporal.

Para comprobar el desarrollo del organismo, debe-

ría prescribirse en los establecimientos de educación el uso de la toesa, de la balanza, del dinamómetro y el espirómetro, etc. En las secretarías convendría abrir un registro de antropometría, modificando las matrículas con la adición de la talla del educando, de su peso, anchura de hombros, capacidad respiratoria, estado muscular, etc.

Se reirán de estas palabras y las llamarán un sueño. Las consignamos de buena fe: quizá algún día no caigan en saco roto.

Sin el examen del organismo del matriculado, quedan muchos vacíos pedagógicos relacionados con la atención, el grado de inteligencia, la índole del muchacho, su resistencia, etc.

Los reglamentos internos de algunos planteles puntualizan la boleta de registro civil, el certificado de buena conducta y la constancia médica de que es vacunado y no adolece de enfermedad alguna contagiosa. Algo es algo; pero se nos antoja muy vago todavía. Con datos concretos, la gimnasia sería más eficaz y progresiva.

En los Estados Unidos es fiesta— inaugurada por el Presidente de la República—el lanzamiento de la pelota en el *base ball*. La sociedad se conmueve con sus deportes. De la lejanía acuden a presenciar los desafíos. El éxito del juego se anuncia de un confín a otro de la nación por la radio, la prensa, luces eléctricas y mil modos ingeniosos. Ennoblezcamos algunos deportes nacionales co-

mo la pelota. Que no escaseen los concursos, las medallas honoríficas, las gratificaciones a los vencedores de los desafíos deportivos que enriquecen el organismo. Propendamos a que no sólo se interesen los establecimientos de educación sino toda la sociedad. Que sea timbre de orgullo pertenecer a algún club atlético o formar filas en el *escoutismo*. Que ninguna fiesta prescinda en sus programas de números que consagren la victoria de la parte física, porque ella es el fundamento de la moral e intelectual. Si no existe el sujeto, no puede lógicamente existir la cura de pasiones y la mejora intelectual.

Nuestros chagras son robustos— unos héroes—, porque juegan a la pelota, montan a caballo, manejan el lazo, caminan leguas a pie, desenvuelven sus fuerzas. Tienen finos y perspicaces los sentidos y son de fácil comprensión, aunque carezcan de letras. Con centauros marcharemos al triunfo, y de ninguna manera con «garzones delicados entre sedas y aromas arrullados», que dijo Olmedo. Fortifiquemos la raza en su semilla: la niñez.

Los tiempos han cambiado. Viven aun algunos doctores, antiguos alumnos de la Universidad Central, que refieren el hecho inaudito de haber sido conducidos a la policía y apresados porque organizaron una contienda de pelota en el Ejido. ¡Se perseguía un noble deporte, bajo el especioso pretexto de que los jóvenes no debían apostar!. La rara ocurrencia es auténtica. Quienes no igno-

ren que fue multado el primer carruaje que rodó entre los gujarros de las calles de Quito; quienes sepan que hubo un ministro de instrucción pública que renunció el cargo aduciendo la razón de que «no hallaba nada que hacer»; quienes hayan presenciado la resistencia de certámenes gimnásticos entre las niñas, el burlarse de quiebros y contorsiones por creerlos inútiles y grotescos y el atacar [por inmoral] el traje de carácter que se les prescribe, el pantaloncito corto, no dudarán de que en época no muy lejana se castigó a los estudiantes universitarios por un loable desafío de pelota. Por fortuna, la orientación de hoy es distinta. Boguemos porque se generalice.

Con todo, es amargo recordar que en 1937 algunas hojas volantes, con saña escritas, atacaron la revista de gimnasia de las alumnas del instituto normal de señoritas «Manuela Cañizares», alegando que ofendía al pudor, porque las educandas se presentaban semi desnudas. En el mismo año se anotaron regresiones de medio siglo y recrudescimientos sectarios.

CAPITULO I I

SALUD, ALEGRIA E HIGIENE

Estas tres divinidades, que llamaríamos las tres Gracias, se compenetran tanto, que forman una sola. Cuando alguna de ellas se aleja, visten luto las demás. Reunidas, no hay discordia posible; separadas, la manzana de oro de la tentación puede poner a prueba su belleza.

¿Cómo suponer salud sin alegría e higiene? ¿Cómo admitir el reinado de la alegría sin salud e higiene? ¿Cómo hablar de higiene sin salud y alegría, que son sus hermanas? Luego, de la cooperación de esta trinidad, resulta ese gran todo que se denomina bienestar individual y, por ende, colectivo.

Repetir al niño, con hechos de fácil comprensión, la importancia de la salud, predicarle prescripciones para que no la altere, es sembrar en él los gérmenes de futuras victorias.

—Su padre debió ser un hombre muy sano, decía me un compañero de labores admirado de esta mi ro-

bustez que me está salvando de mil peligros.

—Un roble. Vivió hasta edad avanzada. Fue naturaleza muy sana: jamás pasaron por ella alcohol, tabaco ni incontinencias. Trabajó hasta la senectud, siempre con vigor juvenil. Admiraba verle ágil a caballo en años que otros arrastran los pies, como que *terreasen*.

La herencia de la salud, la más proficua de las herencias. Responsabilidad tremenda, imperdonable, lanzar a la vida criaturas inoculadas del virus letal que el vicio dejó en las venas. De padres a hijos, capitalicen las generaciones el tesoro de la salud, que es vigilar por la patria y por la raza, por el hogar y la familia, por el futuro de la sociedad y de los connotados. Por esta cadena interminable, la humanidad consolida los eslabones: padres sanos, hijos sanos, de éstos, otros vástagos robustos. ¡El árbol centenario que da frutos de bendición!

El sabio Dr. Abraham Jacobi tuvo la valentía de plantear en su conferencia famosa de 17 de enero de 1917, en Filadelfia, los prolegómenos de la reglamentación de la maternidad, pues considera altamente inmoral que nazcan niños a quienes no se pueda más tarde educar ni alimentar debidamente, ya por la pobreza de sus padres, ya por el crecido número de hijos que en la inopia de una sola familia son obstáculos para su desarrollo, crianza y buena educación. Con la elocuencia de la estadística, probó este anciano sincero la degeneración de la raza cuando en

los hogares indigentes los muchos niños son víctimas del hambre y la ignorancia.

Pero no basta que los antepasados del niño hayan sido ricos en salud: es menester empeño solícito, a fin de cuidar que no malgaste y pierda este caudal. Si él fue feliz, está en potencia, por el abuso o mala dirección, por el goce desenfrenado de los placeres, de hacer desgraciados a los que vengan después, y éstos a los inmediatos. A seres atávicamente pobres de jugo vital a causa de los desmanes del abuelo; a seres degenerados porque sucedieron al padre libertino, ¿qué porvenir físico, intelectual ni moral les espera?

Repetidos casos son fáciles de observar en niños ineptos para el estudio que, por la insuficiencia de salud, decayeron sus facultades morales e intelectuales, en grado tan alarmante, que fue preciso retirarles del aula. Son amenazas sociales en germen. Inquirir los antecedentes del educando aconseja, como base inconvencible, la eugenia pedagógica.

Un muchacho de 13 años, serio y calmado, perdió el curso. Al repetirlo, concreté mis desvelos y tuve mayor cuidado en examinarle. Asistía con puntualidad y estaba muy atento, inmóvil, en clase. Sin embargo, los frutos no eran satisfactorios. Me había fijado que la misma actitud guardaba con frecuencia al contemplar el reloj de la pared situado en uno de los corredores del colegio. La manera extática de mirarlo no era normal.



Llamé la atención de algunos profesores acerca de este punto. Confirmaron mis dudas: esta atención aparente era distracción de estupidez. Volvió a perder el año en la mayoría de las materias, lo que probaba que no era apto para ninguna.. Sabía que el padre era alcohólico. No tardé en conocerle. Era un degenerado en vísperas de la ataxia locomotriz. Su cerebro no estaba sano. El niño, con tan funesta herencia, perdía tiempo. Apoyado por los médicos, se le retiró del establecimiento.

Otro sudaba el quilo por cumplir con sus obligaciones de escuela, pero le faltaban las fuerzas. Su raquitismo enfermaba a la voluntad. Aunque había cambiado de clima— pues era de la costa— necesitó algunos meses de descanso. Aclimatado definitivamente en la sierra, el cambio fue radical. Desarrolló mucho: su salud no experimenta ya quebrantos y pronto figura en el cuadro de honor como alumno distinguido.

—¿Cómo se explica la idiotez de este chico, hijo de padres inteligentes y sanos?, preguntaba alarmado un maestro.

—¿Tal vez matrimonio entre parientes de estrecha consanguinidad?

Averiguada la causa, un fuerte golpe que en una caída recibió en la cabeza. Estuvo a punto de volverse loco y quedó imbécil.

Todas las apuntaciones tomadas de la experiencia

iban a ser desmentidas por un hecho palpable: el talento asombroso de un niño, hijo de un borracho consuetudinario, azote del hogar y escándalo social. Este niño era completamente sano, bien constituido y de superior inteligencia.

¿Cómo explicar el fenómeno? Nada de lo sistemático atrae simpatías, quizá por los fracasos que sufre. Díganlo si no ciertas teorías de los frenólogos que han dejado mal puesto al Dr. Gall; díganlo también algunos chascos lombrosianos; otros de la nomenclatura de Broca, y el desencanto de quienes como Renán, Fouillée, Le Bon, con vivo ardor científico, trataron de fijar la psicología propia de cada pueblo. Si la ciencia no alcanza a estudiar tantos misterios y contradicciones, la estadística nos consuela y convence a la vez.

El hijo del dipsómano fue materia de investigaciones. Al fin se supo que el padre, después de negocios desgraciados, se entregó al vicio dos años más tarde del nacimiento del niño que llegó a ser distinguido estudiante. Además, sus antepasados habían sido unos sanos y honradotes campesinos, de criterio natural y magníficas costumbres.

Aun la fatal herencia recibida es susceptible de atenuación a fuerza de educadoras y enérgicas prescripciones. En la generalidad de los casos,— salvo marcadas anomalías— el imperio de la educación obtiene victo-



rias resonantes. No hubo muchacho más raquítrico y enfermizo que Sebastián Kneipp. La educación— incluyendo en ella la fuerza de carácter— le dio salud tan sólida, que fue sostén de muchos inválidos. Ensayó la hidroterapia para curar sus propias dolencias y amplió en seguida su famoso sistema curativo.

El niño pierde su salud por las imprudencias que comete, o por carecer de dirección en el hogar y en la escuela.

* * *

La salud nos da la alegría del vivir, tan dichosamente recomendada por Juan Lubbock en un libro que es código de consolaciones. Son otros tantos gérmenes de alegría, como el conocido escritor inglés lo comprueba con abundantes pensamientos y citas históricas, la ambición bien dirigida que despierte estímulo y grandes resoluciones; la riqueza noblemente empleada y honradamente adquirida, que nos despreocupe del temor de perderla que consume a las almas apocadas y nos libre de los mil quebrantos que acarrea su posesión. Amontonar dinero, sin más móvil que acrecentarlo más y más, priva el goce de su conservación, y es innoble esta sed, que acaba por matar. ¡Cuán indispensable que el niño comience por aprender que es propietario, que puede disfrutar de muchísimas cosas de las que no ha caído en la cuenta!

El cultivo del amor, puestos los ojos en lo que es

digno y elevado, es fuente inagotable de alegría. Todas las formas del amor, la simpatía, la amistad, la gratitud, son otras tantas vidas que debemos enseñarlas a vivir, para regocijo y engrandecimiento de los que se aprestan a cruzar por este valle que convendría no recalcar que es de lágrimas. El optimismo es sano. Choca el pesimismo en labios de la juventud: es la más triste de las paradojas.

Por el arte, sembramos la senda de bellezas, es decir, de otras tantas alegrías. Comprender el arte, practicarlo, endulza los acfbares y amarguras del mundo. Poesía, música, pintura, estatuaria, canto, baile, coreografía, arte constructivo, son flores que en el jardín de la niñez estarán cuidadas con devoción, lozanas siempre:

Nada alegra más a los pequeñuelos que los espectáculos. Sean cuidadosamente seleccionados, a fin de no matar la alegría en germen. Cuadros horripilantes, miserias corruptoras, escenas escabrosas dejan el salaz sedimento de una curiosidad malsana que a la postre entristece.

Entre las representaciones modernas, el cinematógrafo ha llegado a tal perfeccionamiento, que asombra: supera al esplendor escénico de las más pomposas tragedias históricas: evoca con mágica suntuosidad todas las épocas: revive impresionantes escenas para la conciencia, el arte, la realidad de los hechos, la política y la industria; da a la literatura la «tangibilidad» de lo viviente, in-

terpretando obras maestras de la inteligencia universal. Pero, doloroso es decirlo, no siempre la pantalla es educadora. Muchas desnudeces y obscenidades, muchos crímenes y desenlaces perversamente sugestivos no deberían ver los niños, blancas almas sobre las que es delictuoso arrojar la menor sombra, la más ligera mancha. ¡Ay! del que empaña la cándida alegría de estos seres de albor!

Hay proyecciones que la lucha mercantilista propaga: son escuelas de raterías y horrores policiales, de crueldades inauditas, de bruscos ataques a los buenos sentimientos. La depravación es paulatina. Con la pérdida de la inocencia, la alegría se retira avergonzada. Los que velan por ella en la escuela y la familia, busquen distracciones sin mácula. Siga el cine revelando a la infancia los hermosos secretos de la naturaleza, la dulce atracción de los países desconocidos—panoramas y paisajes de ensueño—. los encantos de la ciencia. las epopeyas que asombran a la humanidad: instruya y eduque con su poder aladinesco que ha superado a la fantasía oriental, que construyó palacios en el aire; con la música selecta de los grandes maestros, con la ópera clásica, etc.

—¿Por qué está Vd. afligido? ¿Por qué no juega?, preguntaba el profesor a un listo mozalbete que se estaba por ahí arrinconado, con las manos en las mejillas.

El chico le confesó que había leído una obra inquietante que abrió en su conciencia abismos de duda desconsoladora. El castillo de naipes de sus bellos idea-

les, echado quedaba en tierra por el soplo del rudo ecépticismo. El temprano despertar iba matando la ingénita alegría.

El inspector, persona muy experimentada, le suministró consejos y libros reconfortantes. Volvió a leer *Corazón* de Amicis, *Testa* de Mantegazza, *Ariel* de Rodó, *Juventud* de Wágner, *La Vida Dichosa* de Lubbock, *Las Vidas Paralelas* de Plutarco, las obras de Smiles y Marden. Para los de menos edad, le suministró novelas de Julio Verne, algunas astronómicas de Flammarión, relatos de Salgari y esa herencia de imaginaciones: *Las mil y una noches*, de las que ha dicho el travieso Luis de Oteyza que su trama sencilla y encantadora «constituye el primer acierto de este libro, lleno de encanto y sencillez». Considerándose falto de estro refulgente para narrar tan admirables cuentos, les consagra este merecido elogio, ponderando la empresa de Galland: «De este prodigioso modo se ha incorporado a la moderna literatura de occidente la antigua joya de la literatura oriental que desconocido orfebre construyó, sujetando con hilo de oro las más preciadas perlas, las gemas más brillantes y los más aromáticos granos de perfume de los tesoros de la Arabia y la India».

El género de lectura que se prefiere es acicate poderoso en la vida de los hombres. Las primeras impresiones, los primeros libros ¡cuánto influyen más tarde! Escritores, gobernantes, héroes han dejado, al través de

su existir, reminiscencias de sus lecturas. Un libro que por casualidad cayó en nuestras manos es la clave de futuros triunfos o derrotas. Los biógrafos de los genios abundan en comprobaciones de la influencia de sus lecturas juveniles ¿A cuántos no ha inspirado el *Quijote*— el libro sublime entre los sublimes libros— hondas meditaciones, páginas inmortales, empresas gloriosas, rasgos de altruismo, hechos de idealidad y memorable loa? En la existencia de un sabio jurisconsulto ecuatoriano, el Dr. Luis Felipe Borja, están marcadas las huellas del quirote que leyó desde hora temprana y releyó múltiples veces en su laboriosa e infatigable ancianidad. En sus episodios políticos, en sus luminosos alegatos judiciales, en su conversación sustanciosa, en sus íntimas cartas, en todo, reflejábase la profunda doctrina de Cervantes. Un Senador, urgido por las alusiones, confesóle no haber leído el *Quijote*— lo cuenta respetable miembro de su familia, nada menos que su hijo— ¿y qué hizo? Se apresuró a enviarle el obsequio de una magnífica edición comentada por Clemencín, aquel mismo día de la peregrina revelación, «para que ni por un momento más pesara sobre él la desgracia de no haber leído a Cervantes»

¿Cuántos no han retemplado su carácter con el célebre libro de Daniel de Foe? Generaciones que desde la niñez leyeron *La isla misteriosa*, las *Aventuras de Robinson Crusoe* son más viriles y emprendedoras que

las que se desmamantaron con cuentos voluptuosos, novelas policiales y capítulos del Aretino y de Boccacio. La desconcertante y aflictiva producción novelesca del día— ese fárrago de suicidios, adulterios y erotomanías— es sutil veneno para la juventud: asesina su alegría, destruye su óptima fe para los vencimientos pasionales.

Cuando en el cinematógrafo se anunció con mucho aparato la representación de la desorientadora obra cuya lectura tanto había abatido el ánimo al perspicaz mozalbete de mi referencia, el inspector le recomendó que no asistiese, si quería conservar la recuperada alegría. Obedeció el disciplinado niño. Como premio, obtuvo entrada para *Espartaco* y *los Miserables*, películas educadoras, como las cintas que tratan de *Bethoven*, etc.

Como con los libros, la alegría infantil se mantiene también con la clase de juguetes que en sus manos ponen. Sean, según la edad, los obsequios recreativos, a finde no apagar la ilusión. Prenda valiosa en poder de un niño, como si fueran alhajillas de poca monta, no es propio ni prudente. Aprenden a desperdiciar halagadoras futilidades que distraen, si ya el orgullo y la pedantería no están incubándose en ellos, como bacilos arrasadores de ingenuas alegrías.

—A jugar, a jugar, gritaba el bedel del instituto a un pilluelo otras veces tan bullicioso. ¿Qué milagro se está Ud tan quietecito y cariacontecido?

—Señor, me duele mucho la cabeza, contestóle gí-moteando.

—No sea cobarde, sobrepóngase, haga ejercicio. Ud. de suyo tan alegre, ahora está dando mal ejemplo. Querer es poder. ¿No ha desarrollado Ud. en su composición de literatura el pensamiento de Olmedo: «Quien no espera vencer ya está vencido?».

Fuese el enfermito saltando de aquí para allá. Corrió al salón de gimnasia. Transpiró mucho. Después brincoteó a la *rayuela* y... sano y bueno. El dominio de sí mismo, la sugestión del superior le mejoraron: recuperó su ingénita alegría.

El capítulo de los castigos es asesino de la alegría. Severidad para lo pueril es necesidad. Reprender benignamente; hacer resaltar que el niño merece punición por su falta, pero que se ejerce con él la magnanimidad, es santa y sana pedagogía. Los castigos infamantes, los que menoscaban la dignidad, ni nombrarlos.

Por fortuna en el Instituto Nacional Mejía se clausuraron para siempre, de tiempos atrás, unos calabozos lóbregos, húmedos y estrechos— especie de emparedados de una penitenciaría—que existían. Vergüenza y altivez sepultábanse en ellos. Jamás los usé yo, lo expongo con íntima satisfacción; y declaro que nunca tuve necesidad de tales extremos. Esos restos de rigorismo se clausuraron por completo. Los alumnos más grandes los llamaban iró-

nicamente "la inquisición".

Por el estímulo, por la afabilidad, por el respeto mutuo, los resultados son positivos. A veces urge emplear serena energía, exenta de rencor y espíritu de venganza: corrección sin cólera.

Me aconteció en cierta ocasión que un inteligente niño no llevó a clase el cuaderno de sus deberes de redacción. Le pedí que leyera el correspondiente a ese día en voz alta. Tomó furtivamente el de su compañero y se puso a leer con dificultad, deteniéndose aquí y allá, como si no comprendiera su letra. Noté el particular y malicié que deletreaba un trabajo que no le era propio. Bajé a cerciorarme. El nombre escrito en el cuaderno correspondía efectivamente al de su compañero, que le favoreció a hurtadillas.

—A Ud. que le ha prestado, que ha tolerado la farsa, le castigo, dije sin inmutarme. En cuanto a Ud. que no ha hecho el deber, le perdono. Ud. no tiene la culpa. Si no ha podido, aun empeñándose, quizá no consista en Ud., si bien, con la constancia, se dominan las resistencias de la naturaleza, repuse dirigiéndome al otro en tono *conmiserativo*.

El niño lloraba silenciosamente, herido en su amor propio. Desde entonces, jamás fue remiso en el cumplimiento de sus obligaciones. Daban gusto los ejercicios de redacción que leía en el aula.

Castigos injustos, castigos colectivos, dejan en el

ánimo del niño un sedimento acre de rencor que retarda el regreso de la alegría. Castigar por meras conjeturas, no atender, en circunstancias, a excusas respetuosamente aducidas, es terquedad inconducente.

Casi un mes andaba un chico triste y corrido, lamentándose de que había sido tratado con grosería por un extranjero despótico que no se allanaba a las buenas razones.

—Estoy inocente del caso, me repetía quejumbroso y melancólico. Yo, que jamás he sufrido reprensiones, verme tratado de semejante manera...

El alumno era pundonoroso. Conseguí que el testarudo profesor le subiera la nota, como tácita reparación, en el mes siguiente.

¡Oh, cómo al igual que los romanos situaron a la salud— Salus— en un trono como soberana diosa, en los establecimientos de educación se levantara una estatua a la alegría— no al material, chocarrero y burlesco Momo— sino a la dulce alegría, a la espiritual, a la fresca, a la tersa, a la juvenil, que derrama torrentes de bienestar moral y físico.!

* * *

Previsora de la salud, la higiene nos está musitando eficaces consejos. Escuchar la suave voz es cordura y es economía. La persona enferma es un guarismo que se resta a sí mismo y a la sociedad. Consume energías,

drogas, médico. Nada produce, cuando no es el desorden de la comunidad y, en casos fatales, el contagio.

Penétrese el niño de las pérdidas que ocasiona a su familia que le atiende en las enfermedades, al Estado que costea su educación, a la sociedad que se priva de sus servicios y a sí mismo que retarda su desenvolvimiento cultural.

Desde antes de que venga al mundo, la higiene está previniendo a las madres multitud de cuidados. Nace, y se redoblan los desvelos. Para estimularlas, el gobierno y las instituciones de beneficencia convocan concursos con el objeto de premiar a las madres solícitas que presentan a sus bebés más robustos. Suelen pesarlos, fotografiarlos, anotar si su alimentación es artificial o si le ha lactado la propia madre, la condición de los padres, etc.

Si el guagua pudiera darse cuenta de los sacrificios que exige, velaría su salud como una llama sagrada. La alimentación sistemática en sus primeros años, el cuidado de la dentición, su aseo personal, los vestidos, la higiene de boca, ojos y oídos, el sueño, los primeros pasos, los desvelos de inteligencia que precisa provocar, las precauciones infinitas en caso de epidemia o de enfermedades infecto—contagiosas, todo constituye la inquebrantable constancia de un centinela fiel a su consigna: salvar el pimpollo, el germen vital, la preciosa semilla, el jirón de

alborada.

Apena la mortalidad infantil en pueblos poco preocupados de su higiene. Esta sustracción de valores en potencia prima tiene funesta resonancia en el porvenir y estabilidad nacionales. La despoblación infantil debería entristecernos más que la desaparición del más augusto de los sabios, del más abnegado de los héroes, del más virtuoso de los ciudadanos. Aquellas terribles *raccoltas* que hacen entre nosotros la viruela, sarampión, dengue, tos ferina, bronquitis, parálisis infantil, escarlatina, son otros tantos duelos nacionales. Predicar la higiene es predicar la religión de la humanidad y el rito del patriotismo.

¡Salvemos, de cuantos modos estén a nuestros alcances, la raíz y alegría ecuatorianas!

CAPITULO III

CORRECCION DE VICIOS DEL ORGANISMO

El raquitismo y la debilidad son enemigos mortales de la niñez. Pobreza de fuerzas físicas, saquea a la postre las del espíritu. La enfermedad del raquis desconforma el cuerpo y, en último término, va a afeár el alma.

La belleza corporal sea como una caja preciosa que guarde el tesoro anímico. Los Quasimodos son raros. Ahí donde la estructura material es inarmónica, estamos sospechando disonancias en la vida interior. Sus ondas impalpables como que salen al rostro y se reparten por el organismo.

A primera vista, todo está acusando si el niño es robusto o no: brillo de los ojos, coloración de los labios, dureza o blandura de las carnes, tinte de la cara, manera de respirar, actitud del conjunto. Para la fuerza muscular se han empleado aparatos complicados como el ergógrafo de Mosso, aunque el más común y sencillo es el dinamómetro, si bien sólo arroja un cómputo local: el de

la presión y energía máxima empleadas por los músculos flexores del antebrazo. En lo moderno, hay otros.

Quizá el instrumento indispensable es el espirómetro que gradúa la capacidad respiratoria, que es tal vez el coeficiente más importante de la fuerza vital del niño. Empleado por un sastre, inventor, hay un aparato sencillo, mezcla de toesa y balanza, que al mismo tiempo que da el peso, marca la altura de los hombros, la elevación del pecho, etc. Se le ha llamado *el rápido*. Podría muy bien aplicarse a las escuelas, con ligera variante.

Multitud de particularidades, al parecer nimias, revisadas en su oportunidad, evitan males y hábitos que se vuelven, por su frecuencia, como una segunda naturaleza, inatacable más tarde.

Sea por seguir reprensibles ejemplos de sus compañeros, sea por descuido, sea por el prurito de ufanarse de raros y graciosos, sea por dañada índole, los niños adquieren vicios de conformación que están pidiendo inmediata enmienda.

Desde el modo de andar supone cierta gracia y gallardía, a fin de que no caminen con la vista al suelo, jorobados, moviendo la cabeza de arriba a abajo como los bueyes, inclinando el torso a uno u otro lado, torcido el cuello, metidos los hombros, batiendo los brazos como aspas de molino o contoneando exageradamente las caderas cual bailarinas de circo.

Todavía muchos pequeñuelos llevan a diario pesados guarnieles, repletos de libros, colgando del hombro. Este esfuerzo, superior a los años, impide el desarrollo y les vuelve hominicos. El uso de tirantes demasiado estrechos y tensos es también cómplice para las bajas estaturas. Cuerpos retacos están huérfanos de la bazarria. Ropa holgada, útiles escolares apropiados, gorras livianas, zapatos a medida, ponen a cubierto de tantas desconformaciones enemigas de la hermosura física, airosa y atrayente.

En el afán de que anden pronto, suelen obligarles a ponerse de pie y hacer pinitos antes de que las piernas tengan la consistencia necesaria para sustentar el tronco que es mucho más pesado, o les tiran fuertemente de los brazos a fin de que permanezcan erguidos. Tales imprevisiones contribuyen a que se críen canijos y descoyutados, a que se desgarnen.

Si en la escuela les toca pupitres que no están graduados a la altura de su cuerpo, la postura forzada en que por largas horas se mantienen les joroba. De aquí que ciertas ocupaciones y oficios que exigen posiciones incómodas e invariables vician el organismo. Los trabajos de escritorio cargan las espaldas y propenden al mal de escribiranos, los de relojería a la miopía, los tipográficos a la várice, de herrería a la sordera, la visual marina a la presbicia, etc. Mantener el cuerpo erguido y alta la vista, ya cuando se camina, ya cuando se está sentado son esti-

mulantes para la esbeltez corpórea.

Risible figura la de chicuelos tempranamente jibosos: ascienden a la virilidad y se les ven fatalmente corcobados a causa de que no les corrigieron cuando el arbusto era flexible.

El pecho se afecta y desconforma al oprimirse contra el filo de las bancas de clase. Si el asiento es demasiado bajo y estrecho, además de encorvar la espalda, presiona el estómago, lo que les acarrea perturbaciones en la digestión. La obesidad prematura se combate con largas caminatas y régimen alimenticio.

Algunos, por defecto, hinchan los carrillos. El hábito reprehensible les deja mofletudos. Acariciarles tirándoles la epidermis de los pómulos, aplastándoles la nariz; besarles, son cosas que debería desterrarse para siempre.

Una delgada criatura tosía mucho. El médico comprobó que no estaba tuberculoso. Pareciome que la postura forzada que mantenía en clase era una de las causas de este movimiento convulsivo. Le obligué a cambiar asiento, dándole un escritorio para él solo, y a que, además, todas las mañanas, antes de entrar en el aula, inspirase y expirase, ejecutando esta operación varias veces. El aire puro del patio bañaba sus pulmones. Su postura era cómoda y desahogaña. Se le fue dilatando el comprimido pecho: ya no tosió más. Sin más que el ejercicio respiratorio, el candidato para la tisis adquirió robustez.

La risa, el lloro, los parpadeos, las muecas que por travesura y simpatía aprenden, inventan o imitan, todo es susceptible de corrección desde la infancia. Si con perspicacia el maestro no se ha fijado en estas minucias, quédanse así hasta viejos. Defectos que se les pega, marcan apodos que permanecen incluídibles, muchas veces de padres a hijos, por más que éstos estén limpios de culpa.

Conozco a un aspirante a artista que al hablar mueve de tal modo los cachetes y forma con los belfos un hocico tan risible, que quien le ve por primera vez no acierta a permanecer serio

—¿Por qué tales exageraciones? Pareces, hipopótamo, le embromaban en el seno de la confianza.

—¿Qué quieren ustedes?, respondió avergonzado. Las hago maquinalmente. Muecas que aprendí en el seminario por remedar a un compañero alarbe, ahora me pintan como inculto y malcriado. Cuando me acuerdo, los nervios me traicionan.

—¿Le parece a Ud, un artista?, me decían de un fulano que conversaba lastimosamente, arrastrando las erres, silbando las eses, con pobreza tal de vocabulario, chabacanería y familiaridad que, pasables al principio, atosigaban a la vuelta de unos párrafos.

No tuvo escuela. Se ha formado de por sí. Nadie, con recomendable franqueza, le ha observado estas imperdonables deficiencias en cualquiera, cuanto más en

un artista. El arte no perdona descuidos de forma.

Nada hay más desagradable que reír a barrisco, a tontas y a locas. Risas desconcertantes, estrepitosas, chillonas, aborrecibles, risas inmotivadas, son risas tontas que están denunciando la baja estofa. Afinación a tiempo, atinado toque social para lo futuro. Seductoras son las sonrisas de la infancia. Que no pierda, por lo mismo, su poesía, por la afectación, el abuso y el irreflexivo prurito. El alma se retrata en la risa: su elocuente y cautivador lenguaje recorre misteriosa escala de música y armonías, de dulces prosodias y orquestas psicológicas. Con una amable sonrisa se triunfa de medio mundo; con la risa irónica se ensangrientan aún los blandos corazones.

El poeta Vicente Medina empenó la intelectual batalla por su reina de la fiesta, tan sólo para que le premiase con la arrulladora cascada de perlas argentinas. Y la dijo:

«Yo romperé mi lanza
luchando en el torneo brillante de las letras
y venceré en la lucha, para que tú sonrías...
para que tú lo veas!»

¿Y las lágrimas?. Si la risa es sutil escala para deducir el grado de cultura espiritual, el modo de llorar abre las puertas anímicas: saltan, genios invisibles, la magnanimidad, la afinación, el temple de carácter; o, gnomos repugnantes, el afeminamiento, la falsía, el pelo de la dehesa.

! La finura del alma, búcaro de flores sensitivas, está derramándose en brotes delicados, si el llanto, desde lo íntimo del sér, como de un oculto manantial, desciende silencioso, quedo, en remansos de hondo sentimiento. Quien así llora, se diría es un serafín alado, vaporoso que, con el pañuelo en los ojos, parece más bien en oración. Huye de aquellos alardes groseros, de aquellos resoplidos insonoros, de la grito insincera, de aquellas demostraciones, no de un ángel del dolor, sino del marranillo que va al sacrificio, a la degollina brutal.

¿No os habéis fijado en esas diminutas criaturas que por insignificantes contrariedades mugen, bufan, zapatean, se mesan irascibles el cabello y rompen a llorar extravagantemente? Estos pecadillos veniales arrancan del hogar, se prolongan hasta la escuela, y en uno y otro santuario, reciben ¡ay! absolución amplia. Los mimados, los consentidos se irritan y gimotean feamente por todo. Hágaseles comprender lo antiestético de la cómica escena, porque es urgente que la siembra de belleza germine en el acto más insignificante y se refleje hasta en aquello que la tolerancia social considera baladí, cuando con ligero encogimiento de hombros se perdonan travesuras, salidas de tono e incorrecciones, en mérito a la tierna edad, que cualquier mohín metamorfosea en disculpa, si ya no es en gracia. Póngaseles ejemplos de ajenos infortunios, de torturantes tribulaciones que las personas cultas y de magno corazón ahogan en un sollozo grave,

de veras imponente, a veces desgarrador y silencioso. El pudor de las lágrimas busca la soledad y el mudo recogimiento. No se agríe el carácter por las crueles desgracias, menos por cosas de poca monta. Lloremos y riamos con aristocrática medida para no caer en ridículo. En ocasiones, más reímos, no del chiste, no de la blada agudeza, sino del simiesco gesto del que está enseñándonos las mandíbulas batientes e hipando como un poseso, entre contorsiones estrafalarias.

Y el más augusto dolor está en un tris de vulgarizarse y no ser comprendido a causa de la hilaridad que inconteniblemente despiertan ciertos lloriqueos. Histriónes de la legua que en el teatro ríen y lloran mal, se despenan desde la sublimidad de la patética escena a la cima del descrédito artístico. ¡Cuán sutil, enternecedor y sagrado el llanto del poeta de Asís, de quien el bardo castellano dijo:

«Y tus ojos profundos, de fulgor dulce y santo,
desbordaban, a un tiempo, encendidos en llanto,
perlas de amor y caridad. . . . »

¿Y la transfiguración divina del sonreír en la tela de Monna Lissa, salida como por milagro de las manos de Leonardo Vinci que «al mismo tiempo tienen— según expresó bellamente Zacarías Yleras— esa gracia que en ellas sólo es innata, cuando pintan la risa de la Gioconda, cuando pulsán la dulce lira de plata....?»

Ya se me antoja oír por ahí el vozarrón de algún

crítico afilegranado— que gusta de cisnes, lunarios sentimentales, estanques, góndolas y figulinas de cristal— que, al condenarme, desborda su rabieta así:

—Ocuparse en nimiedades, en repetir lugares comunes, ¿ha visto esto? ¡Y en qué lenguaje tan sencillo e indigno del aprecio del arte! Es insufrible. ¿Qué se nos da que rían y lloren como quieran los mamoncitos y los maduros? Plantee arduos temas de pedagogía, de paidología, de eugeniología (aquí suelta otros primores en *fa*, cual una *letanía*) en buena hora. Cuente flaquezas y maravillas del magisterio para sanción y estímulo.

—Bah! Sobran los sabios para las recónditas materias; abundan las citas científicas y los tecnicismos sorprendentes. En cambio, de estas vagatelas vividas y palpadas, pocos, muy pocos, han tratado. Son los *pequeños grandes* problemas del existir, que diría Campoamor, que se inspiró en cosas minúsculas, elevándolas a la categoría de puntos trascendentales. Tengo la íntima convicción de que, en humilde jerga y todo, estoy componiendo un poema de poesía y resonancia: el niño.

Me obstino— notad mi testarudez— en llamar otro interesantísimo problema el de la educación de la voz. Voces agudas, voces empalagosas, voces desapacibles, voces antipáticas cobren dulzura, sean un canto, cautiven a fuerza de atinada dirección y dominio de la voluntad. Tal vez un día se apliquen al solfeo. Mañana quizá algunos despunten por la oratoria. No les suceda lo que

a Demóstenes, de entonación afeminada y chillona, que provocó la burla de los exigentes áticos. Por fortuna, el que por su voz parecía una damisela— a fuerza de carácter y constantes rectificaciones— alcanzó a ser el primer orador del mundo, émulo del poeta Esquines.

No es borrufalla prepararse a la armonía social con el pulimento de éstas que diría microscópicas asperezas el sabidor profundo y olímpico critiquizante; detalles que marcan el buen tono y la distinción cuando se alisan y presentan tersos. Andar, refr, llorar, conversar, ¿no son actos que llenan, si no toda, gran parte de la vida? Sepamos vivirla armónicamente.

Quedan otras correcciones— relacionadas con los órganos de los sentidos— que aprovecha hacerlas desde los primeros años para prevenir males mayores.

Me llamaba la atención que un inteligente alumno se esmerase tan sólo en sus faenas escolares al dictado, flaqueando lastimosamente en las explicaciones reproducidas en el pizarrón. Sus nítidos cuadernos contenían errores en las copias. Tal vez, al buscar explicación para tal deficiencia, es corto de vista, dije para mi pañosa.

De las últimas bancas, le trasladé a la primera. El cambio fue radical. Efectivamente, era miope. A la distancia en que estuvo al comienzo no podía seguir los trazos del encerado. Este caso me sirvió para amonestarles que cuanto antes remediaran con el oculista los vicios del

órgano visual. Practiqué algunas experiencias: hubo dos miopes más, un présbita, dos casos de astigmatismo y uno de estrabismo. La aplicación de lentes apropiados corrigió a tiempo estos defectos. Comisé libros en letra microscópica, entre ellos un *Quijote* de bolsillo, matadores de la vista, por el esfuerzo que requiere su lectura. Continuamente les recalaba el cuidado de los ojos, anatematizando la luz débil u opaca, el papel satinado y los caracteres en perla y breviaria. Varias veces solicité que los pizarrones fuesen pintados de verde.

. Las sorderas parciales desaparecen fácilmente con el aseo y el ejercicio del órgano. Acostumbrándoles a escribir al dictado, con gradual rapidez, aligeré torpezas acústicas, Oídos poco educados, confundían al principio los términos. Con el ensayo, disminuían las repeticiones de una misma frase. El diapasón de la voz iba bajando paulatinamente. Los más lerdos fueron como unos farrautes.

¡Qué amonestación a un chicuelo que sorprendí introduciéndose en el oído un palito de fósforos! Ni instrumentos indeseñados ni puntiagudos, ni los dedos nada limpios exploren un órgano tan delicado.

El aseo de la boca era exigido con estrictez, para purificación del aliento, antisepsia de la dentadura y conservación del gusto.

Cierto contraído escolar asistió con algodones en

la cara, cubiertos con un pañuelo. Sufría de las muelas. Fue elocuente oportunidad para cerciorarme si tenía limpia la dentadura. Como ejercicio de redacción, compusieron una carta a sus papás recomendándoles la premura de que examinara un dentista la boca de los niños. Las molestias que el desaseo acarrea fueron notadas por ellos al momentó. Comenzaron a usar mondadientes suaves y cuidaban de lavarse la boca por las mañanas, después de las comidas y antes de acostarse, algunos con agua fresca, otros mezclada con alcohol de menta o algún análogo dentífrico.

Es común el defecto de hurgarse con los dedos las cavidades nasales o limpiárselas con pañuelos que se emplearon en otros menesteres, como limpia del polvo del calzado, borrar de la pizarra o sacudida de muebles. Adquieren pólipos, catarro, se les agranda y lastima las fosas, sin apuntar lo inurbano de la acción y el peligro de que se alteren los nervios olfatorios. Se les pega tanto la descortés costumbre, que hasta adultos no dejan las exploraciones nasales. Severa reprimenda a tiempo, es saludable.

Otros vicios hijos de la incultura: toser y escupir sin causa. Tosecillas afectadas, tosecillas irónicas, tosecillas "de aire de importancia", sobre impertinentes, agotan la paciencia de un santo. Léaseles a menudo la urbanidad; que transcriban capítulos pertinentes a los que

tal hacen:

Ni en público ni en privado se expectore en otros lugares que no sean escupideras con fondo antiséptico. Las ligas contra la tuberculosis son rígidas en esta materia. Ninguna persona medianamente educada escupe en su pañuelo, ni menos carraspea en sociedad. Haya en las aulas cartelones preventivos y recipientes adecuados para que los muchachos se habitúen a no escupir en el suelo.

El organismo se hermosea, deterje y conserva perfectamente con la santa virtud del aseó, base de la religión higiénica y rito de las más grandes creencias. El agua lustral, las abluciones y purificaciones parecen elocuentes símbolos. Estrictez llevada al colmo sea el de la limpieza. Recalcar los baños holgaría, si estuviera en la conciencia de todos. Combátase el prejuicio de ciertas gentes ignorantes que creen que la frecuencia de los baños perjudica. El baño es reparador por excelencia; en terapéutica es agente poderoso. Todo un sistema curativo se fundamenta en los baños. El bautismo es el baño de la cuna elevado a sacramento. En algunos pueblos suelen bañar a los cadáveres antes de amortajarlos, como un culto solemne. El paraíso de algunas religiones como el budhismo, cuenta con lagos y ríos de fresca, pura y cristalina agua que convida al baño.

Cabello, manos, uñas no presenten aspecto repug-

nante. Todas las mañanas la revisión del aseo se impone en el aula.

He recalcado la importancia de la gimnasia para el desarrollo del organismo. Con todo, no atrofie la del espíritu. Por incrementar la corpórea, no se descuide del desarrollo de los buenos sentimientos. Que el abuso de la gimnasia, a fuer de la jactancia de atletas y boxeadores, no les convierta en matones. Sea bien empleada la vigorización muscular y no redunde en perjuicio del prójimo, poniendo de moda los desafíos y *trompizas* que tienen funestos resultados. Nobles los campeones, surjan para la patria y la raza y no para opresión del compañero enclenque, del condiscípulo tímido.

La gimnasia de las niñas no raye en grosería. Hasta en las partidas de basket-ball y otros juegos análogos haya moderación.

La hermosura femenina es patrimonio, no sólo del hogar, sino nacional. Todo lo que la conserve sea bendecido. Por esto, los afeites inconvenientes, los corsés que no son anatómicos, el calzado de fino y alto tacón inverosímil, las pesadas peinetas de plomo, los collares apretados y que envenenan el delicado cutis son temibles adversarios que la gentileza y patriotismo necesitan proscribirlos. No se repita el antiguo soneto de Argensola que confiesa a D. Juan «que aquel blanco y carmín de doña Elvira no tiene de ella más, si bien se mira, que el

haberla costado su dinero» La engañosa imitación podía ser un asombro: pero siempre *la verdad de esa mentira* irrita como todas las farsas. La natural y sonrosada tez de la sana y buena moza está triunfalmente sobre las más artísticas *simulaciones mistificadoras*.

En las *Escuelas Nuevas* que el talento educador del Dr. Cecil Reddie creó en 1889 en Abbotsholme (Inglaterra) y en las que se donominan «Bedales School» debidas al insigne pedagogo J. H. Badley— cuya fundación data de 1896— se observan los siguientes principios que en 1911 el Dr. Lietz propuso en el primer Congreso Internacional de Paidología de Bruselas:

«1. *Educación física*.— Vida campesina. Agua, aire y luz en abundancia. Trabajos manuales obligatorios para todos los alumnos: agricultura, carpintería, jardinería, herrería. El equilibrio y la salud del cuerpo considerados como la condición primordial para promover la salud del espíritu.

2. *Educación intelectual*.— No obligar al niño a ser erudito ni memorizador, sino llevarlo por la reflexión y la razón a su propio afianzamiento, de dentro a fuera. Partir del hecho para dar la idea. Practicar métodos científicos: observación, hipótesis, hecho, ley.

3. *Educación moral*.— Vida en familia, haciendo divisiones de pequeños grupos de alumnos y maestros. No autoridad que se ejerce de fuera a dentro, mas liber-

tad moral que se hace una regla para el individuo y la colectividad, de dentro a fuera. La emancipación de la autoridad se consigue por el mérito personal. La libertad moral es otra conquista. Se enseña a tener iniciativas, a poseer el sentimiento de la responsabilidad, a poder ejercitar plenamente el *self government*.

Simplificado y armónico programa que realiza la racional ensoñación de Dewey, quien, al explicar lo que debe ser la legítima escuela, la designaba como «familia ideal».

En amplios locales, circundados de jardines, aire puro y alegría, en contacto con el campo, en consorcio con la naturaleza, se atiende, ante todo, a que los niños, en el concepto cabal, aprendan a ser hombres, o, mejor dicho, a que la educación sea perfectamente humana.

El espíritu de la "Escuela Nueva" es el de un taller, un laboratorio, por decirlo así, de hombres. El niño aprende a servirse por sí mismo: fabrica de preferencia los muebles que les son indispensables, después los de adorno, adereza su personal alimento, barre, lava, monta a caballo, vigila y atiende la crianza y nutrición de las aves, siembra, construye su propia casita, se entrega a diversas faenas agrícolas, maneja el lazo, ensaya las carreras de resistencia, la natación y otros deportes. De día las clases de *sloyd* tienen un encanto irresistible. Todas las noches, asiste a espectáculos apropiados de cine-

nematografía, que les educan.

De esta manera se forma el hombre sano y bello. Contrista el alma mirar entre nosotros a ciertos jóvenes que terminaron atropelladamente una carrera— sólo por el afán de termiarla—; doctores que aunque como una sombra pasaron por la escuela, el colegio y la universidad, no se educaron: no son hombres rectos y buenos. La profesión para ellos es carta blanca extendida por la maldad: explotan al prójimo, intrigan, corrompen, calumnian, se creen candidatos a todo empleo público, esté o no vacante. Por conseguirlo, agotan los más vedados medios. Su egoísmo se pronuncia contra todo y contra todos. Imaginan que el vecino les hace competencia, que el amigo les opaca la luz meridiana, que el compañero les traiciona, que el condiscípulo les ha de arrebatarse el pan de la boca. ¡Tristes *doctorzuelos*, sin rudimentos educativos, sin claridad en la conciencia! En estricta moral, el presidio sería su atmósfera propia y no la de la sociedad, a la que envienenan y estrangulan!

Un nuevo azote de estas democracias amenaza la tranquilidad pública; el tipo del *palanquero*. Aterradados contemplamos la propagación de esta plaga que está causando terrible desquiciamiento social y administrativo. Arquímedes ponderativamente— aun contra las leyes del universo— pedía un punto de apoyo para mover con su palanca el mundo. Los “palanqueros” remueven los mundos del embrollo, del favoritismo, del compa-



drazgo, de las artes vedadas, del embuste, de la falsa acusación, y desconocimiento de méritos, aptitudes y laboriosa preparación, a fin de posponer al funcionario, destruir al maestro modelo y colocarse inmerecida, improvisada e ignominiosamente en su lugar. El palanqueador se cree idóneo para todo: gobernador, periodista, catedrático: su blanco es el ajeno cargo, el sueldo de cualquiera. He aquí que lo que no consiguió el sabio físico siracusano alcanza este porfiado y temible motor de injusticias y escándalos con su máquina infernal preñada de intrigas, en la que la *potencia* de la solicitud del empleo es mayor que la *resistencia* del que sin motivo queda cesante por falta de apoyo y de padrinos. Guerra a éstas deformaciones del organismo social.

¡Que el niño de la actual generación no se sirva mañana de estas vedadas fuerzas! ¡Que los pimpollos de hoy no aspiren a plantas deletéreas por deficiencias de una amplia, aseada y humanal escuela; que no se críen torcidos porque el hortelano, el educador, no les enderezó a tiempo, no remedió sus vicios, no mantuvo tesorero la tersura de su organismo, digno estuche de un alma venusta y virginal! ¡Que sus palancas sean para levantar el bien a la altura de la consideración y estímulo públicos; jamás para aupar la iniquidad y la estulticia!

CAPITULO IV

LA ATENCION

El problema de la atención está estrechamente ligado a todas las leyes de la vida. Profundos observadores han creído ver hasta en la herencia matices de atención: se le graba más al hijo lo que constantemente miró ejecutar a su padre. Las fructificaciones de la esmerada atención se cosechan en recónditos cármenes educativos. Cada cual atiende, de preferencia, a aquello que está en armonía con sus antecedentes, gustos y escala comprensiva, a lo que ha germinado en su interior.

Cuando el octogenario poeta Luis Cordero salía a su quinta de los alrededores de Cuenca, derramaba en el trayecto su entusiasmo ante el arroyuelo que murmuraba a sus pies, ante las florecillas del prado, ante la diaphanidad del cielo. El sirviente que en ocasiones le acompañaba, sólo fijábase en la faz agrícola de los campos y en la posibilidad de las lluvias. Mientras el uno poetizaba, el otro *chacarericizaba*.

Al día siguiente, del en que por primera vez asistí con anteojos a clase, pregunté a mis discípulos:

¿Qué de nuevo notaron ayer?

De treinta, sólo nueve acertaron, de los cuales con más rapidez y precisión el hijo de un oculista.

—Ud. vino con lentes, me dijo. Los de hoy no son los mismos; y describió aquellos con exactitud.

Varias experiencias practiqué, muy sencillas desde luego, en orden a la atención, de las que me valí para temas educativos, como la higiene de los ojos, por la molestia que ocasionan las antiparras, y el mérito de no inadvertir los hechos.

Otro día quité del aula el *Mapa del Ecuador de Vacas Galindo*, y en la clase inmediata le repuse. Inquirí por lo extraordinario que había acontecido la víspera. Un hábil muchacho dibujante acertó al momento.

Atento, en la vida de relación, es sinónimo de cortés y urbano, lo que está probando— desde esta faz la más obvia— la trascendencia social del cultivo de dicha propulsión examinadora que ensancha las regiones de la Psicología y de la Fisiología. Estas dos vitales disciplinas se estrechan tanto que constituyen una afinidad íntima, sobre todo si del estudio de la atención, de la memoria y de los procesos de conciencia se trata.

Organos sanos, bien a condicionados en sus funciones, transmiten con más claridad lo que por ellos pasa al

intelecto, que los que adolecen de alguna inadaptación que indirectamente defrauda a los centros cerebrales, obstandoles en el fenómeno psico-físico del atender.

El pedagogo sabe que los principales capítulos de atención vienen a ser:

- 1° El interés.
- 2° El tiempo.
- 3° La corrección de los vicios atensorios.

Para el problema del interés atencional, combátase de todas maneras el aburrimiento, ya evitando repeticiones secas, estériles, ya cambiando de faena o de tema, ya vitalizando los centros de interés, ya presentando los asuntos con una faz nueva, ya interrogando con habilidad, ya disimulando el mínimo esfuerzo, a fin de que todo aparezca espontáneo y *como de juego*. La sugestión es recurso poderosísimo. Sugestionar es ganarse espíritus atentos. Si es en las bellas artes precepto primordial el de la novedad, en la pedagogía de la atención es la base del aprovechamiento. Lo atractivo seduce. La atención reclama un objeto en movimiento constante.

No es posible dictar reglas para el tiempo. Se le gradúa de acuerdo con las circunstancias y la materia que se toca: abstrusa o amena de suyo. Pero la fatiga se conoce al momento, y es desperdiciar las horas proseguir en la escolar acción. La edad del niño, su estado de robustez, son datos para la prolongación del trabajo. Trein-

ta minutos resultan mucho casi siempre, pues cada *golpe* de atención dura de 5 a 8 sensos.

Los principales vicios contra la atención provienen de la exageración de ésta, lo que algunos técnicos denominan hipertrofia de la atención, o por debilitamiento, y dicen atrofia.

La atención es palpable síntoma de inteligencia; desde el niño de pechos que escucha el repiqueteo de una campanilla o se siente atraído por un punto lumínico, hasta el curioso que todo lo inquiere llevado de su ansia de saber. Es más fácil que atienda un loco que un idiota.

«Parar las orejas», «hacerse agua la boca», «seguir la vista», «brillarle el ojo», se repite por plazas y calles. Estas frases vulgares encierran honda filosofía psicofísica de la atención en su doble fase: abstracta y concreta. Los órganos están prestando armónicos servicios, ora al que se propone oír más, es decir atender, ora al sibarita que gusta el manjar de su viva sensación, ora al que se fija en algo que le provoca, ora al que contempla con más ahinco aquello que más ansía percibir.

La atención de los niños se refleja al exterior en actos que no pasan inadvertidos al maestro que perspicaz observa en el plantel al mínimo pimpollo.

Cuando un educando de las últimas filas desea escuchar mejor lo que se habla en clase, apoya su mano abierta, como una pantalla, detrás de la oreja. Este

ademán auditivo es inconfundible. En los ojos conocemos cuando somos o no atendidos. En efecto, como si relampagueasen los de los atentos, tal refulgencia los vivifican. Las miradas de todos se enfocan como si concudiesen al centro de una circunferencia. Las caras son tantos radios que convergen al punto central.

Hay quienes, anhelando atender con más concentración, de codos sobre las bancas, ponen las manos en las quijadas, como para sostener erguida e inmóvil la cabeza, de frente a la estela atendible.

—¿En dónde tienes la cabeza?, preguntamos familiarmente al distraído. La manoseada frase resulta profunda. Cabeza, esto es, lo capital de la atención: firme cabeza, bien organizada fisiológicamente, sin lesiones cerebrales, atiende a maravilla. El imbécil se alela, cosa muy distinta de la conciencia atensiva.

Sin remontarnos sistemáticamente a las localizaciones cerebrales o a las sustituciones cual quería Wudt, ¿cómo negar que los procesos de la inteligencia dependen fundamental y directamente de la cantidad y condiciones del cerebro, maravilloso laboratorio de los más sutiles estímulos?. Animales inferiores existen a los que se les extrae una parte de la rica masa y no mueren; pero quedan más embrutecidos; a otros se les paraliza localmente sus movimientos. Algunos de ínfima cuantía casi no experimentan variación en su vegetativo demorar. No faltan quienes, despojados del manto de los hemisferios,

sucumben al instante, cual si un rayo les fulminase. Es innegable que la atrofia cerebral es la más precisa causa del cretinismo. Muchos sostienen que la atención está encerrada en los lóbulos frontales.

El cerebro infantil merece que sea vigilado con más sacro fervor que el fuego de las vestales. La inextinguible llama fomenta el calor atencional.

Mosso y Patrizi han demostrado que el cerebro aumenta de volumen durante el proceso atensorio y que se dilatan sus capilares.

Sueño suficiente— por lo regular ocho horas—, descanso en las tareas escolares, variada alimentación, abstención de excitantes, higiene cerebral en orden a prevenir golpes, abusos de fatiga, y de tensión mental, precoces incontinencias y tempranos despuntes de vicios, mantendrán, como el motor de una máquina, incólume la energía cerebral, lista para todas las atenciones y movimientos.

Así como anoté que un pobre chicuelo, debido a fuerte caída, quedó poco menos que loco, asombrado comprobé que otro, gracias a terrible conmoción cerebral por un vigoroso golpe en la cabeza, transformó sus aptitudes intelectuales hasta entonces nada satisfactorias. ¿Qué pasó en el interior del prodigioso artefacto? Excepciones como ésta, si no confirmasen la regla, desconcertarían. Lo cierto es que la claridad de su inteligencia y la intensidad de su atención crecieron después de aquel extraño su-

ceso. Recordé el caso del célebre Federico Nietzsche que, al caer de su cabalgadura, recibió tremendo traumatismo en el cráneo capaz de atontar a un gerifalte, y desde entonces «floreció en su cerebro el jardín maravilloso de sus obras».

Si la atención suspende las inquietudes reales y desgasta más el retesamiento nervioso, procuren los maestros no agotar a los niños. Físicamente quedarían imposibilitados de atender, con el aflojamiento dinámico que les paralizó. Otros no cesan ciertos movimientos cuando atienden a una tarea especial. Diríanse neurosis características. Cuando hablan, escriben, leen, tocan algún instrumento. etc., gastan inútiles contorsiones, que llamaría viciosas, aun cuando las más son inconscientes. Tal pérdida de energía contribuye a consumir pronto la atención. Educada ésta, se ahorra la fatiga de los músculos provocada por los movimientos innecesarios.

Un chico, cada vez que escribía en el pizarrón, maquinalmente entrecerraba los ojos, se mordía el labio inferior e inclinaba la cabeza un poco, ya a un lado ya al opuesto. Otro, al ser interrogado, quedábase pensativo, apretando los dientes y remordiéndolos. Estas contracciones, sobre ser antiestéticas, aplanaban, a la postre su organismo, notándose fluctuaciones en la atención, si bien aumentaba la velocidad del ingreso de la sensación en la conciencia y disminuía el momento de reacción. ¿Des-

bordamiento acaso de los armónicos compases de los centros respiratorios y vaso-motores de la médula sobre las células corticales?

Después de repetidos y pacientes ensayos, conseguí que enmendasen el reflejo encogimiento, dejando constancia, por confesión de ellos mismos, de que se restauraban sus fuerzas.

Los psicólogos han proclamado que atención es claridad, intensidad de sensaciones, estímulo eficaz, fuerza reconcentrada en un solo objeto, admirable funcionamiento perceptivo, apercepción. No falta quienes asimilan las imágenes de la memoria a las sensaciones originales que la impresionaron. Y así es como, si recordamos vivamente a una persona, creemos verla. ¡Cuántas veces la evocación de un ser querido nos da la ilusión de que nuestros ojos le contemplan, de que acude a nuestra presencia, de que le *atendemos*!

El educador tiende a prevenir la fatiga fisiológica y de la conciencia en el niño que está dando pruebas de una firme tarea concentrativa. Cuando expresa «que vuela el tiempo» es señal de que — por la amenidad y placer que ha experimentado en su labor — no ha sentido aburrimiento ni cansancio. ¡Cuántas ocasiones no se oye ni el insistente sonido de la campana que avisa la terminación de las clases!

Desvelos y sutiles exámenes se ha menester para

adquirir la convicción de si los niños despuntan de una de estas maneras: motores, auditivos, visuales, de si su morbosa atención raya en éxtasis, o si flaquea por la suma debilidad del organismo o a causa de lo que Guge ha llamado aposequia debida a graves afecciones nasales que interrumpen el normal ritmo respiratorio.

La práctica nos hará notar que algunos atienden más cuando ven reproducidas las explicaciones en el pizarrón. A otros seduce, hipnotiza la palabra y no pierden una sílaba del discurso. A éstos les atrae el gesto, a aquéllos los ademanes y acción de que se acompaña el verbo. En circunstancias, el profesor se ve obligado a llamar la atención por medio de una palmada, de una reconvención en voz alta o de un golpe recio en el escritorio, pero los que tal hacen no son por lo regular los mejores maestros, sino los que agotaron el deleite espiritual. Toda interrupción del ritmo enfoca la corriente atendida de modo violento: un grito en el aula, un objeto que cae con fragor, una risa estrepitosa, un estruendo que llega de afuera.

En el salón de estudios, donde el rumor de los repasos iba en crescendo, quedóse dormido un muchacho, como arrullado por el leve murmullo. El inspector, a fin de castigarle con el encierro en el mismo local, puso el dedo en los labios para que guardasen silencio y salieran de puntillas, pues quería que el remolonzuelo conti-

nuase dormido sobre su escritorio. La paralización del tenue rumor le despertó de súbito. Así despierta el desfalleciente entendimiento con cualquiera interrupción de la cotidiana labor, con algo que rompa el ritmo de las cosas.

Los niños, bajo la tiranía de los hábitos repreciables, se entregan durante su ocupación escolar a distracciones que se les vuelven ideas fijas, a infantilismos recreativos que, sin llegar a la forma del monoideismo, les perturban y perjudican.

¿Cuántas veces habéis reparado que están trabajando como diminutos obreros, carpinteros - hormigas, sobre los bancos, rayándolos con plumas y otros instrumentos cortantes? Había uno que diariamente se entrenía, en cierta clase, en contar las tapas de los pupitres, los tinteros y los círculos de la decoración de la pared. Otro trazaba líneas horizontales en un papel y las iba encerrando por grupos de número determinado dentro de un paréntesis. Travieso pequeñuelo movía incesantemente la pierna derecha produciendo molesto rechinamiento en el entablado. Puesto coto a esas ideas fijas, la atención se dirigió a casos de provecho.

También importa barruntar las tendencias del alumno, su alborear vocacional. Hay quienes atienden con más ahinco problemas de matemáticas, quienes páginas literarias, quienes temas históricos, quienes, fábulas, etc.

La educación está denunciando, por decirlo así, la materia de preferente consagramiento. La atención infantil debe dirigirse y encauzarse de tal modo que reconcentre su conciencia en todos los actos de la vida. Su espíritu tempranamente sagaz, observador, desarrolle plausibles iniciativas. Con los sentidos escrupulosamente puestos en todos los actos, florece la inventiva y desgranar, como en esmerado jardín, las rosas del fecundo adelanto y la bella iniciación.

¡Cómo pudiéramos grabar, con áureas letras, en la mente de los niños este amistoso consejo: atended aun a las mínimas acciones!. Darse cuenta es vivir. La gloriosa bandera de la racionalidad flamea porque los que atienden la izaron. El instinto es ciego; la atención tiene cien ojos.

Con razón decía Pillsbury: «Después de la palabra, la potencia de la atención llega a ser la característica de la raza humana».

Yo os querría repetir con sinceridad que la atención es la vida consciente. Niños muy queridos: lo reflejo, lo inconsciente no merece la pena de llamarse acto racional. Una máquina se mueve sin darse cuenta: su alma es de acero, sus entrañas están candentes; pero ella no sabe por qué.

Atended a todas las cosas, atended a la lectura; para que obtengáis la recompensa del aprovechamiento.

La lectura, preferentemente, os dignifica, os hace reconocer con detenido examen que en realidad sois hombres. Leer es acto muy difícil. Extraer la substancia de lo leído, lo es más todavía. Los analfabetos van desapareciendo: queda la forma dolorosa del analfabetismo: leer sin comprender. Lo que no comprendáis de primera vez, releed con pausa. El secreto de la lectura es leer sin apresurarse, procurando entrár en el alma de cada trozo. Con razón decían los antiguos, para burlarse de ciertos precipitados lectores, que leían con la yema de los dedos. ¡Cuántos sólo hojean a la carrera y ya se juzgan con derecho para censurar lo que vertiginosamente pasó por sus ojos! «¡Hay que leer con el espíritu atento y pronto a desconfiar de la primera impresión», aconsejó Emillo Faguet. «Me diréis que existen muchos libros que no se pueden leer despacio, ni resistir una lectura demasiado atenta. Claro es que existen: pero esos son, precisamente, los que no se deben leer».

Atended tanto a lo bello como a lo útil, porque mientras más atendáis, más retendréis. Depositar la atención sobre algo, es revivir aquello que agonizaba, es recordarlo. Los grandes hombres han sido muy atentos. ¿Qué son las inmensas distracciones de los sabios sino poderosas abstracciones, potentes grados de atención que les sustrajo del medio ambiente? Montalvo solía pasear pensativo por las calles, sumergido en sus recónditas ideas,

atento a las voces interiores que apagaban las que del exterior le saludaban.

Antonio Flores, el Presidente republicano, estuvo siempre atento a las palpitaciones de la vida nacional. Como permanecía en vela muchas horas, y era, a demás, gran madrugador, leía con atención todo cuanto la prensa publicaba, dándose cuenta prolija del movimiento intelectual del hogar ecuatoriano.

Igualmente atento lector, que no dejaba pasar nada inadvertido, era, en las épocas que desempeñara el Poder, el orador de fama Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, que solía escribir cartas particulares acerca de puntos que su atención estimaba interesantes, aplaudiendo algunos rasgos de los ciudadanos.

Por dos días consecutivos, congregados en los salones del Congreso los representantes de todas las municipalidades y de otras instituciones, estuvieron entregando, con sendos discursos, las páginas áureas y preciosas tarjetas que le ofrecieron al General Eloy Alfaro para el «Libro de Oro» con que le galardonaron por el triunfo del ferrocarril del Sur, que ascendió con su fatigosa locomotora la meseta andina, llegando a la ciudad de Quito. El progresista gobernante estuvo escuchando, con suma atención, las piezas oratorias y a todas dio respuesta en pocas palabras, pero procurando no repetirse ni abundar en los mismos trillados conceptos. Fue prolijo en im-

primir variedad a sus breves frases, atentamente contadas.

Asombro de atención era el General Plaza, dotado, además, de excelente memoria. Contemplaba detenidamente a funcionarios y soldados, y acertaba a diferenciarlos en cualquiera agrupación, por numerosa que fuese. Retenía sus nombres y sus rasgos fisonómicos. Estos prodigios mnemotécnicos eran fruto de su atención esmerada. Por esto, no olvidaba hasta los más fugaces episodios de la vida de sus empleados.

García Moreno, devorando las ciencias exactas, se reconcentraba tanto, que no sabía nada del bullicio circundante, encerrado en su retiro, en el que se hizo cortar el pelo al rape para no asistir a tertulias. Después buscó la concavidad de un peñasco para sus lecturas. En París, en el sotabanco de la calle "Ancienne - Comédie", trabajaba 16 horas diarias. Para no distraerse fumando, regaló a sus amigos las cajas de magníficos cigarros que tanto le gustaban. Los que no han desatendido a una noble idea, en el tráfico del existir, han llegado a la cima. ¿Qué son los especialistas sino profundos sabios atentos a una sola disciplina?

Atended las palpitaciones del corazón universal. Seguid, niños, el *tio - tac* del progreso humano. Oíd su cronómetro incesante.

CAPITULO V

EL GRAN FACTOR DE LA MEMORIA

La enseñanza señala un recto camino por el que ha de marchar el que algo aprende, es decir, retiene. Luego, a cualquier género que pertenezca, presupone un considerable capital de memoria. El maestro reproduce; el discípulo graba en la mente y en el alma el verbo luminoso y divino del que está borrando las tinieblas. La memoria es, pues, recurso fundamental para aprisionar conocimientos y educarse por medio del constante recuerdo. Luego también al aprendizaje, por mínimo que sea, no le es dado prescindir de la memoria. Es la piedra de toque de toda lección útil. Podrá ser comprendida al vuelo, con penetración sutil de filósofo, ¿pero de qué serviría, si no es posible transmitirla a los demás, porque huyó de la memoria?

Conviene, por tanto, borrar los prejuicios que contra este importante estado de conciencia ha difundido cierta exagerada corriente pedagógica enamorada sólo del

juicio. En la vida práctica, estamos viendo surgir con facilidad al que despliega su prodigiosa memoria aunque con un granito menos de talento, porque con ella lo simula y lo ilustra, como las estampas a un libro no de primordial valía.

Sucede— por una recóndita consecuencia psicológica— que rarísimas personas de verdadero talento son pobres del tesoro memorial. Aquello que comprenden y retienen con nítida claridad, lo reproducen con igual brillo. Son como lentes poderosas que sin esfuerzo abarcan en su objetivo los mínimos detalles para fotografiarlos a maravilla.

Se alega, como objeción hércules, los casos de imbecilidad acompañada de sorprendente memoria; pero es preciso considerar que ésta, al fin y al cabo, es maquinal, inconsciente, memoria bruta, por decirlo así, y no organizada. No se trata aquí de memorias anormales sino de la de ideas y comprensional, que refleja lo que atiende.

El ideal del magisterio es armonizar la memoria con la inteligencia, o más bien, poner al servicio de ésta a un factor tan indispensable, a una hermana tan leal. Mas acontece que algunos educadores— en el afán de desterrar todo lo que se les antoja maquinal— poco caso hacen de prestigiar la memoria, sin fijarse que toda reproducción, toda respuesta, todo acto descriptivo, la más simple narración, todo emana de tan inagotable fuente.

Por más que comprendamos el obvio sentido de la pregunta, no contestaremos si nada recordamos. Y he aquí que, en un corazón con el casuista Campoamor, lo más profundo y psicológico parece una perogrullada, del mismo modo que la minucia infantil se convierte en gran problema. ¡Qué no haya otra manera de expresar con sencillez lo que de suyo es trascendental!

Un chicuelo— con vocación irresistible para las matemáticas— comprendía al vuelo las más abstractas demostraciones y las desarrollaba, con lógica robusta, al momento. Al otro día, se empeñaba en repetir lo mismo, su clara razón le ayudaba mucho; pero, por olvido de las fórmulas, tropezaba aquí y allá. Educada su memoria, arrojó economía de tiempo y vacilación en las soluciones. Para proceder con método, fue de las fórmulas más simples a las más complejas, en su ensayo de retentiva.

Si la estadística, al recorrer la vía dolorosa de la especie humana, va recogiendo datos incuestionables, uno de los palmarios es que las más claras inteligencias, los egregios de erudición enciclopédica, los conductores de multitudes, los que han compendiado el poderío espiritual, fueron también seres de inmensa memoria, de pasmos a fuerza evocatriz.

Julio César, a través de sus múltiples campañas se acordaba, no sólo de la fisonomía de sus soldados, sino de lejanas escenas de la guerra civil y de las Galias, con

escrupulosidad que asombra. Napoleón sabía de memoria el nombre de gran número de sus subordinados, de los que ni los generales a cuyas órdenes militaban podían acordarse. Resumía en su mente diversos y complicados asuntos, para irlos dictando a la vez a sus muchos secretarios. Goethe sintetizaba por ensalmo y retiene múltiples y raras clasificaciones científicas. Castellar remedaba al dedillo los discursos que en su niñez oyó a los más célebres oradores políticos. Es proverbial la memoria del tribuno Mejía Lequerica, lumbrera de las Cortes de Cádiz. García Moreno, Juan Montalvo, González Suárez nos desconciertan por el vigor de la memoria. El primero, un sabio que nada olvidaba, ni la inmensa lista de sus concollegas; el segundo, una biblioteca abundante y ambulante; el último, un primor para las citas históricas, con tanta exactitud como si fueran a libro abierto. Nadie desconocerá el memorión del educador Abelardo Moncayo: añoraba anécdotas de su infancia, episodios del Cosmopolita, memorias de su vida política, como si desfilaran en nuestra presencia ¡y esto a los setenta años! Es inmensa la virtud evocadora de Azorín, el mago sabidor de lo pasado.

Entre las funciones de la inteligencia, ninguna quizá más apreciable y de inmediato provecho que la síntesis. ¿Acertará a sintetizar un desmemoriado? El análisis, prolijidad científica que pone a prueba la paciencia, descomposición de innegable utilidad para la marcha del

progreso, tal vez resulta de menos dificultad que la composición y suma, que está suponiendo un prodigioso espíritu reproductor y retensivo. Los talentos sintéticos han sido civilizadores por excelencia. Su memoria, una mina inagotable. Varones insignes hay en la historia que, en la prisión o en el ostracismo, en trances difíciles y hasta al borde de la tumba, sin libros de consulta ni apuntamientos, compusieron, evocaron, transcribieron obras inmortales. Del arsenal de su memoria, biblioteca, archivo y museo, todo junto, sacaron armas para su defensa, riquezas no imaginadas para ilustrar los brotes de su ingenio.

¿Sería realizable el cálculo mental sin la memoria? Que lo digan Philidor, Blackburn, Steinitz, Goetz, Lasker, Capablanca y sus hábiles discípulos ajedrecistas.

La experiencia demuestra que la memoria asciende con la edad, a causa de que el adulto debe servirse, con más tino que el niño, de los auxiliares de la memoria, utilizando con más eficacia la atención, el juicio comprensivo y la asociación de ideas.

Esto pude comprobar en tres cursos distintos, con muchachos de 13, 14 y 15 años, a quienes dicté primero un soneto de Llonca y después fragmentos del poema de Olmedo «La Victoria de Junín». Los chicos se tardaban más, los que ya tenían nociones de métrica mucho menos, y muy poco los jovencitos que entendían perfectamente el estilo poético y las alusiones helénicas.

Tan importantes son la misión educativa de la memoria y la selección de lo que debe perpetuarse, que lo que se imprimió en la infancia, difícilmente se borra, aún cuando parezca olvidado para siempre. Por leyes de regresión, vuelve, se reproduce. Es una inscripción sobre la cual se ha echado tierra y han crecido malezas: de repente, sea que alguien la limpie, sea que las lluvias la laven, aquella piedra descubre los signos primitivos, los surcos que el cincel abrió en ella. Grabemos, en las mentes infantiles, asuntos que les sean necesarios y ennobecedores. Se les recarga de tantas futilidades, de tantos nombres exóticos, de tantas deficiones esotéricas y subdivisiones ociosas, que aquellas diminutas enciclopedias se indigestan pronto: de nada les sirve tanto derroche salomónico. En los exámenes de ciencias naturales en algunas escuelas, y no de antaño, he oído tantos tecnicismos en boca de los niños, tantas clasificaciones estrambóticas, tanta menudencia botánica y zoológica, que me he asustado. No he entendido una sola palabra. Triste y cabizbajo, he querido matricularme en primer grado del más humilde establecimiento. No sé nada de esos estu-
pendos arcanos científicos. ¡Y paso mejor sin preocuparme de ellos! Me volvería loco. Sólo los niños, inconscientemente, pueden resistir el peso de tanta erudición barata y desocupada; toneladas de hojarasca que abrumba.

En vez de la intrincada selva de conocimientos, vale más que el pipiolo aprenda pocas materias, prácticas

y razonadas, que rindan culto sin desmayo a la lengua materna, antes que se hinche hasta reventar de palabrejas extrañas y vacuas. Que el esfuerzo parta del alumno, que trabaje, que asimile, que se perfeccione.

Ciertos omniscios «institutores» en los actos de prueba dicen muy frescos y a gritos: «ya te pelaste», «tú respondiste más mejor que éste», «te armaste a chupar», «ya te contracogí», «zafaste por fin», etc., etc., sembrando en el niño estos vicios de lenguaje, junto con el cúmulo de bagatelas científicas que fatigan la temprana memoria y aburren. No hagamos odioso el aprendizaje. No anhela hidropesía de ciencia la patria, sino la sana savia educadora y la sólida instrucción de sus hijos, capaz de hacer frente al embate de la vida. Que laboren con detención y perseverancia, fructificando sus esfuerzos y dándose cuenta de su paciente sacrificio.

El mejor chico de la clase, de gran memoria y no menos inteligencia, inquieto y distraído, impetuoso para las réplicas y listo para salir de apuros, era un impenitente holgazán que no se empeñaba por nada. Sin tomarse ninguna molestia, sin fatiga alguna, sabía tanto como los demás, y algunas veces les sobrepujaba. Pero, en ocasiones, procedía maquinalmente, abusando sólo de su memoria y dejando ocioso a su intelecto, por la repugnancia que le causaban las sesiones de estudio detenido y concentración larga. Comprendí que este lujo de me-

moria le era perjudicial, porque se iba acostumbrando a la improvisación y superficialidad. Desde entonces, para corregir su negligencia, le destinaba a metódicas lecturas de ideología, a constantes ejercicios de redacción, en los que no entraba la memoria, temas de personal desenvolvimiento y de esmerada reconcentración. Así se fue habituando a fijarse, así combatió su pereza, beneficiando su memoria en juiciosas síntesis.

El caso contrario, hallamos en clase con más frecuencia: niños de escasa memoria que, poniendo muchos desvelos de su parte, no llegan a sobresalir. Quien para castigar estas deficiencias naturales nivela a todos, comete enorme pecado.

¿Cómo medir las facultades? Más que las reglas, el pedagogo acumula hechos de su larga experiencia. Para los debilitados de memoria, el vía crucis es lento. Como la gimnasia física, la intelectual va por grados. Primero trozos cortos y simples, pocos renglones, después, a menas composiciones un poquito más largas, y al fin, desmenuzados los previos y múltiples ejercicios, los asuntos extensos y complicados. No se tire de golpe el elástico, porque se romperá. Una misma lección memorística para todos, es flagrante injusticia.

¿Es igual su sistema de alimentación? ¿Gozan todos de la misma salud? Ninguno se ha enfermado anteriormente? ¿La fiebre, el paludismo no han dejado sus

funestas huellas? ¿No han sufrido traumatismo y fuertes conmociones cerebrales? ¿Cuál es la herencia? ¿Se intoxican por medio del tabaco? ¿Nulñtanse por la pérdida voluntaria de simiente? ¿Cuáles son sus íntimos hábitos?. Severas averiguaciones individuales que preocupan al maestro escrupuloso.

Nada más arduo que calificar la memoria. Se diría que hay tantas clases de memoria cuantos son los alumnos que asisten al plantel. Algunos presentan estos tipos: visuales, auditivos, gustuales, táctiles, olfativos y kinestésicos. Habría que añadir, entre otras, las memorias mixtas, las vocacionales, las especialistas, las profesionales, las que de la emoción emanan, etc.

Sin que los niños se den cuenta, el maestro psicólogo los divide — in mente— en grupos, tomando cuenta de tantas peculiaridades que aceleran o retardan el aprovechamiento en la esfera intelectual y retensiva. Al dictado, se puede calcular perfectamente el tiempo que cada alumno se tarda en retener y el tiempo que conserva fresca la imagen. Se acuden también a las investigaciones de Ebbinghaus, con su célebre método de economía, que saca partido aún de la lección que se olvidó por completo, y que, al repetirla, cuesta menos trabajo cuando se ordenan y analizan los recuerdos. Los ensayos de reconocimiento dan, asimismo, magníficos resultados, lo mismo que los de evocación voluntaria.

Citaré algunas experiencias que he practicado. En clase les he leído diez fábulas cortas y conocidas. Al día siguiente, y después a los cuatro seis, ocho días, he repetido la lectura de otras diez; cinco anteriores y cinco nuevas. He tomado nota de los que han reconocido las primitivas. Los que se acuerdan de ellas, las refieren casi textualmente al ser refrescadas por una segunda lectura; y aun los más rezagados dan cuenta del argumento o las narran a su modo. El mismo procedimiento he seguido presentándoles láminas y dibujos, mezclándolos con otros que no habían visto. Lo mismo con palabras y frases trazadas en el pizarrón y reproducidas gradualmente, intercalándolas con nuevas. Otras veces les he obligado que escriban lo que oyeron rápidamente o lo que apareció en la pizarra. He ido variando estos tests hasta adquirir plena convicción del grado de memoria individual, cuidando de evitar toda perturbación extraña. He ampliado los temas. Una composición que dio mucho que hacer, a causa de su extensión, de las palabras poco conocidas y de la mezcla del ritmo no muy familiar para ellos, no obstante sus nociones de métrica, fue la admirable del Dr. César Borja que empieza: «¡Piedades!»: (¿Hay humanas piedades en el mundo?). Después de diez días, siete alumnos, en un total de treinta, se acordaban de ocho estrofas, es decir, de treinta y dos versos, los demás no llegaban a veinte. Hubo niños que se acordaron sólo del primer alejandrino.

Pero todo lo que se haga es pálido ante los cotidianos problemas que al maestro se le presentan, en orden a la memoria de fijación, a la de reproducción, a la de identificación, a las perversiones de la memoria y a sus enfermedades.

Los niños tienden a inventar aquello que no recuerdan fielmente. Este peligro—, que tiene sus resonancias en el campo científico, artístico y social—debe combatirse sin excepción. Adiós historia, adiós testimonios judiciales, si el mal no es combatido de raíz. La imaginación les traicionó. Se autosugestionan, *haciéndose la ilusión de recordar* precisamente aquello mismo que están inventando.

Cuando acaeció lamentable tragedia fuera del colegio entre dos compañeros que se desafiaron al boxeo en presencia de un grupo de sus amiguitos, y el rápido lance tuvo desenlace fatal: la imprevista muerte de uno de ellos, interrogué, uno por uno, a más de veinte espectadores. Ninguno coincidió en su relato. El uno decía que Víctor G., el vencido, regresó sano y bueno, el otro que cuatro compañeros le llevaron herido, quien refería que descendió a pie a su casa, quien que tomó un coche, éste hablaba de haber recibido un puntapié, aquél aumentaba el número de golpes ¡Un caos!

En otro sumario que se instruyó por un hecho disciplinario punible, las declaraciones de los inspectores, de

algunos profesores y de varios alumnos diferían por sus matices tanto, que no constituían ni semiplena prueba. Son datos para ahondar la ciencia del testimonio. Sea por el prurito de mentir, por la escasez del juicio, por la debilidad de carácter, por la flaqueza de la memoria, por el vuelo imaginativo, por la perversión infantil, lo cierto es que no armonizaban estas deposiciones. El secreto educacional hará hincapié en acostumarles a la severa reproducción de la verdad, para prevenir futuros desquiciamientos, tan funestos como reprobables.

Una memoria bien encarrilada, unida a enérgica voluntad no falseará los testimonios, aunque le vaya en ello la vida. Este punto resulta trascendental para el educador.

Si el declarante adolece de alguna amnesia, parrnesia, desdoblamiento de la personalidad, alucinación, agnoscia, alexia, afasia, agrafia, es un caso nulo para el testimonio y precioso para la reeducación, para el laboratorio; un enfermo que tendrá que considerar la pedagogía y la medicina, y seguramente más ésta que aquélla.

El maestro vigile a los emotivos, que están más predispuestos para cualquier alteración de la memoria.

El hijo de un abogado exageradamente severo con los suyos rendía examen por escrito. Había transcurrido media hora, y el pliego de papel permanecía en blanco delante de su pupitre. De súbito, oye pasos y regresa a ver. Era su adusto padre que se asomaba a la puer-

ta de la clase. Bastó esa intensa impresión para que recordase toda la tesis: la transcribió celeremente.

Frecuentemente observamos que al ser de improviso interrogado un niño olvida al instante toda la lección. Serenado ya, su memoria comienza a trabajar. No habrá maestro que no haya notado esto, particularmente en sabatinas y exámenes. Produjo hilaridad la turbación de un muchacho que tomaba la suma, resta, multiplicación y división por las cuatro partes de la gramática

Si como decía Richet, la memoria es la primera llave del edificio intelectual, si el proceso de su mecanismo, localización y enfermedades ha fatigado a sabios como Binet, Ribot, Sollier, Cornar y una legión que sería cansado catalogar; si teorías como las de Wundt, Herbart, Sergi, Bain son reemplazadas por otras más modernas y espiritualistas como la de Bergson y éstas por otras modernísimas y anatómicas; si la ciencia no dice la última palabra acerca de este problema vital, pero ya los experimentos satisfacen, réstale al educador seguir con atención la estela luminosa, anotando con cuidado todo lo que la diaria faena del aula le suministra en el modesto pero simpático laboratorio de la niñez. Considere que ella es como un disco fonográfico en limpio: grabar música que sublime su alma, que a cada momento, con el encanto de las notas, le recuerde su deber, es la noble y prolijica obra de fijación del maestro. Le corresponde, ade-



más, obtener los mejores frutos de la memoria infantil, graduando el tiempo, a fin de evitar la fatiga y el aburrimiento, y escogiendo el que sigue a las horas del descanso, verbigracia la mañana, después del reparador reposo del sueño. Quince, veinte minutos de asiduo empeño bastarían. Emplear menos, sería desperdiciar la tensión nerviosa; prolongarse, embotarla. Las repeticiones ascendentes son sencillo y eficaz estímulo.

Importante insistencia educativa es la de disciplinar y generalizar a la memoria parcial, para que con sien ojos observe y esté atenta a todas las excitaciones, no sólo a las de mayor interés e inclinación. El pueblo de Quito, por ejemplo, se distingue por su feliz memoria para la música. Los granujillas que van al teatro o que escoltan a las bandas militares tararean y silban cualquier aire marcial, por complicado que parezca. Les basta oírlo pocas veces, tal vez una sola, para que se vulgarice. La memoria parcial, pues, no obedezca únicamente a su gusto, idiosincracia, encauzamiento educativo, medio ambiente, herencia e impresión nerviosa, sino sirva para todas las sollicitaciones de la vida práctica, con la asiduidad y diligencia de una soberana señora que, alerta a los múltiples y heterogéneos menesteres del hogar, pone sus ojos, su corazón y su cerebro, es decir, su conciencia, en cuanto el incesante trabajo de las horas domésticas le está mandando, como un requerimiento de abnegación y premura.

CAPITULO VI

GIMNASIA DEL ENTENDIMIENTO

Merece vibrante catilinaria la impunidad con que se deja tomar cuerpo al sentido común, a este holgazán que no razona ni se prepara, sino que pretende proceder por adivinación, por instinto, ante lo que no entiende. En él se engendran los prejuicios y las opiniones aventuradas que están abofeteando con el descrédito a lo que vale. El sentido común presume ser campechano filósofo, y no ha saludado ni por el forro a esta ciencia del entendimiento; el sentido común dicta su fallo sobre materias que no son de su incumbencia ni están en sus alcances. Años de estudio consumen los críticos para echar su cuarto a espadas acerca de tesis de ciencia y arte. El sentido común, de rondón, profana el santuario y critica porque sí, porque se le antoja, porque cree que así debe de ser, sin reflexión ni previo aprendizaje, sin un noviciado de buen gusto ni un barniz de sabiduría.

Premunidos del sentido común, no permitamos que el niño posea las cosas automáticamente, como una máquina, sin que el cerebro se entregue a operaciones saludables. Que conozca a su yo y a su *alter*, que se dé cuenta cabal del *ego* y del *socius*. Que no imite mecánicamente. La imitación es peculiar a todos y muy señaladamente al niño. Más que imitar a ciegas, le aprovecha que asimile. Todas sus sugerencias sean fruto del claro discernimiento, y no actos triviales del sentido común.

Guerra a este audaz enemigo de la justicia distributiva y de la especialización: guerra, desde los primeros años de la vida.

Aprenda el niño a razonar, a inquirir el por qué de las cosas, a exponer su pensamiento a conciencia. El sentido común es el antifaz de la ignorancia: un Sancho que engorda con el sudor ajeno.

El juicio supone antecedentes que le ilustraron, proceso de raciocinio y educación del criterio, bienhechoras actividades del entendimiento.

Una hora de gimnasia intelectual aprovecha más que cien días entregados al ciego sentido común. En la meditación se vigoriza el juicio

Un niño irrefrenable se precipita: irrumpe a hablar a tontas y a locas. El maestro le aquieta, le obliga a reconcentrarse; le hace notar los errores en que ha incurrido. Después de un momento de silencio, vuelve el

examen. El pensamiento del cachifo impetuoso es ya más ordenado. Detenido a tiempo y hábilmente dirigido, su entendimiento no procede como máquina disparada a todo vapor.

Otro se está de pie sin atreverse a responder. El maestro le cree tonto de capirote. Tal vez una sombra de ojeriza pasa por su mente. Deplora la ineptitud del muchacho. Pero el muchacho no es pobre de talento. Es tardo y tímido. Es un retrasado en las filas. Averigüad las causas. Llegó tarde al curso. Ignora algunas prenociones para enlazar sus conocimientos. Se halla ante caras extrañas y maestros que todavía no le inspiran confianza. Se le antoja ese ambiente, más que pesado, hostil. No es tonto: está corrido. Supone que al hablar se le reirán de su asustado rostro. Se siente cohibido. Dejadle que tome bríos, que se familiarice, que se acostumbre al medio.

Durante los primeros meses del período escolar, la mayoría de los profesores a quienes consulté tuvieron por nada aventajado a un costeñito. Se le caían las palabras de la boca y demostraba desconsoladora negligencia. Procuré no rebajarle tanto las votaciones, como con esperanza de algún remoto aprovechamiento. A solas, le interrogué. Su dialecto chocaba. En público no le hice hablar cuatro meses. Le recomendé mucha atención. Sus respuestas fueron una revelante sorpresa. Había

trascendental diferencia de método. Se aclimató, se robusteció, tomó el rumbo del nuevo sistema.

—¿Qué ha pasado con el chico?, me preguntaban admirados algunos colegas. El cambio es desusado.

—Su talento adormecido, desorientado, despertó. No hay refrán, en este caso, más cierto que aquél de que «cada gallo canta en su muladar», y que se me dispense lo prosaico de la alusión, muy gráfica desde luego.

Recobró su ingénita vivacidad y fue de los primeros.

Si sólo el sentido común me hubiera guiado, le habría tenido como un alumno incapacitado, confundido por ahí entre el montón de medianías.

Nunca, con una reprimenda o evasiva, se apague la curiosidad del niño que pregunta. El niño que inquiera está dando pruebas de que su entendimiento no permanece ocioso. Cuando averigüa, es porque su razón infantil se resiste a admitir, a beneficio de inventario, ciertas cosas que le chocan.

Cuando no es tal despuntar espontáneo, la gimnasia intelectual, que consiste en metódicas y progresivas interrogaciones, en familiares ejemplos, en abundancia de casos análogos, en hábiles inducciones y deducciones, en silogismos sencillos, en comparaciones muy transparentes, despertará su racionalidad adormecida. Al fin, el terreno estéril dará fruto.

La lógica a cada paso. Que se adiestren en la búsqueda de soluciones lógicas.

La vida infantil se asemeja a una interminable serie de lecciones de cosas. No lo olviden los padres de familia ni los maestros. Como se destaca un objeto ante la vista del niño, debe ponerse de relieve su personalidad. Si adquiere ideas propias, si dibuja, aunque sea grotescamente, los contornos de su originalidad, ascenderá muy arriba.

No desesperemos de los retardados ni de los que juzgamos tontos. Con paciencia infinita, a la postre, llegan, si no muy alto, a regular puesto. A veces, de súbito, desarrollan intelectualmente. Su transformación nos asombra. Borremos de la pedagogía diaria los casos desesperados, aun en los anormales.

Es un crimen desanimarles, abrumarles con burlas, sembrar en ellos los cardos del desencanto.

¡Cuántas veces hemos oído palabras descomedidas, groseras, brutales, condenaciones formidables en boca de mal llamados profesores!

—No sea Ud. bruto, comprenda, le gritaba un hosco y antisocial maestro a un muchachito tímido que le miraba aterrado.

—El bruto es Ud., nos daban ganas de fulminarle. No faltan profesores egoístas, almas estrechas que obedecen a otra época y a miras minúsculas, hombres de

anticuada educación, que, por sistema, aplastan a las nuevas generaciones; que nada de lo moderno les parece bien; que dibujan desdeñosa mueca por cualquier brote genial de los que empiezan a vivir. Son peñones colocados en el camino del progreso. Apartadlos, y adelante.

En un grado, no ha mucho, a un alumno distinguido y de gran potencia científica, el examinador le motejó groseramente de empírico. ¡Asombraos de la ironía!

Y efectivamente, la culpa no era del joven, sino del otro que le envolvía en su charla insustancial, le ofuscaba con su hueca palabrería. Por ligeros errores, les sueltan una andanada de recriminaciones, en vez de enmendar el yerro con dulzura y sagacidad. Una eficaz corrección a tiempo deja huella inolvidable. Si los animales se educan gracias a la pericia del domador, no se desespere de amansar a las bestezuelas indómitas, de redimir a los escolares anormales.

¿Reglas para la metamorfosis divina? No es posible. Cada niño ofrece un campo de acción, es un caso único psicológico; cada inteligencia es como un laboratorio, un tubo de ensayo. Pongamos las sales de la paciencia y de la pedagogía amable, para que la reacción misteriosa se produzca. Desmenuzar lo fácil, hasta que se vuelva nimio, y seguir el ascenso, paso a paso, no es un secreto.

Tal lo sabido, lo repetido, pero, por lo mismo, lo fructífero.

Es sabia y familiar sentencia, que los siglos han confirmado, la de que la gota de agua cava la piedra. Las cabezas duras como rocas se ablandarán con la constancia del maestro que está ingeniándose mil métodos para hacerse comprender.

—¿Qué hacemos con Fulano de Tal?, me decía desesperado un compañero, refiriéndose a un niño mofletudo, de inmovilidad de estatua, que vegetaba por ahí como un banco.

—No desesperemos, no desesperemos, le repetía. Acuérdesse que ha de ser notable, con el tiempo, en la sociedad. Esforcémonos primero por que se mueva, por que ría, por que se alegre.

Al año siguiente, un cambio bastante halagüeño. Sin desampararle un punto, llegó a graduarse «aquella momia» de bachiller. Maduró su inteligencia. Está hoy inconocible. Pronto será doctor. Escribe en periódicos, compra libros. Nuestro vaticinio ha de cumplirse, para honra de la patria y consuelo del magisterio.

Muchos casos podría citar que han desfilado por mi vista, sin traer a cuento los de tantos hombres que fueron «reprobados» o quedaron «suspensos» y que después maravillaron al mundo.

El mismo Binet, ha referido que el examinador Martha le profetizó, encolerizado, que «no tendría nunca espíritu filosófico», a causa de minúscula equivocación de nombre al citar a un filósofo griego. ¡Se lució el adi-

vinol No tenga imitadores Martha

¡Ay! del que aplasta un talento en germen por escondido que se le suponga. Regadlo con limpia agua pedagógica, podadlo con la insistente gimnasia intelectual, y florecerá.

Gimnasia intelectual, lecturas metódicas, desarrollo físico gradual, con prolijo cuidado de la salud, contribuyen al acaparamiento del tesoro intelectual. La ciencia, ávida de estudios antropológicos, practica cuidadosas investigaciones biométricas, en el afán de que la homogeneidad de los grupos clasificados, permita armonizar la cultura física, que tanto contribuye para la psíquica.

En el Ecuador, en los últimos años, se favorece en su educación a los niños, procurando que tomen parte en múltiples actos sociales de carácter recreativo y estético, que se asocien en comités o juntas infantiles, que trascienda la agrupación al hogar, para que los padres de familia intervengan en esas reuniones y conozcan el curso de los educandos y la categoría de sus maestros.

Se ha palpado la necesidad de fomentar la extensión cultural secundaria y la de universidades. A los comedores escolares y desayuno a los niños, se añade el pan del alma, la creación de bibliotecas infantiles con material adecuado. También las excursiones colegiales, bien organizadas y encaminadas, son otros tantos alicientes para que el entendimiento trabaje, ante amplios y variados panoramas.

A todo esto, ha de agregarse la consulta del sabio y gran libro que llamaré «Libro de las Circunstancias», que es el que brota de la experiencia, de lo que a diario acontece, de la observación personal, de los eventos, impensados a veces, de los que el maestro de verdad saca partido.

El insigne psicólogo Rafael Barret, anota, al margen de la obras del gran educador Vaz Ferreira, como fruto de su meditada lectura, estos luminosos pensamientos, que transcribo con íntima alegría, porque son sutil análisis del espíritu superabundante del filósofo uruguayo: «Su alma elevada está de par en par abierta a las brisas del infinito. «El sabio, dice combatiendo a James, es el que no vuelve la espalda jamás por ninguna cuestión». Este dialéctico predica la desconfianza de las fórmulas. Ama la vida, que no es un sistema de silogismos. Si ama el conocimiento, ama la ignorancia reflexiva, que es un conocimiento más profundo aún. Por eso, en sus admirables estudios pedagógicos, este catedrático nos dice que la educación del niño consiste sobre todo en hacerle descubrir su ignorancia, en mantenerle en contacto con el inmenso más allá. Si vivimos de lo que ignoramos, nuestra conciencia respira lo invisible. El abismo sin fondo es el que nos sostiene, como a la nave el mar, y la ciencia es un diálogo sublime entre nuestro entendimiento y la sombra. ¡Un diálogo por fin! no el monólogo de los viejos metafísicos, cuya voz moría en la puerta de

sus gabinetes, sino un diálogo, en que las cosas no contestan, como la mitad de un mundo contestó a Colón y un astro entero a Leverrier». Son frases de oro, un poema en miniatura, poema de infinitas extrañezas.

Mr. Juannet ha contado que cuando se descubrieron, en 1835, unos antiquísimos sepulcros de los celtas, se notó debajo de la cabecera de cada muerto, como obligado cumplimiento del rito, un depósito en el que la superstición había colocado, hace 1700 o más años, algunas simientes. Sembradas cuidadosamente, se vio, con pasmo, salir del secular polvo de los muertos, frescos tréboles, lozanos heliotropos y vistosas campanillas, flores brillantes y graciosas que evocan pretéritas edades.

No de otra suerte las inteligencias de algunos niños: son semillas que sepultadas yacen, semillas que desesperamos con la idea de que no han de germinar, granos frescos, muertos en apariencia. Sembradlos con cuidado, derramad todos los días el rocío pedagógico, y cosecharéis sorpresas halagüeñas, cual las narradas por Juannet, como un milagro de la vida latente, del talento embrionario.

CAPITULO VII

LA PATRIA, LA TIERRA Y LA FAMILIA

A medida que la biología avance en su camino, el concepto de Patria irá mostrándose cada vez más depurado, más en conformidad con la vida y la dignidad de la familia humana. Las leyes sociológicas— que jamás prescindien de las fundamentales de la existencia— engranarán el idealismo de la patria en una realidad que consulte el destino moral de los pueblos, tormento de educadores y sabios gobernantes, pese a la literatura disolvente y de ningún fuste que con ligereza ha regado pensamientos que retardan la marcha de las observaciones filogenéticas, psicogenéticas y sociogenéticas del mundo.

Un extraño verbalismo, contradictorio, ilógico, ha desorientado el íntimo sentido de la patria, presentándole como ajeno a las torturas y a los goces de la humanidad, que tienden cada vez a arraigar más hondamente en todos los pueblos, por apartados que se hallen. No

hay resonancia humana que sea extraña a las naciones. La red es tan estrecha, como el haz de nervios en el organismo: el dolor de la víscera más débil e insignificante repercute en el cuerpo internacional. Todo destello de civilización interesa a los pueblos, aunque sea de las antípodas; todo retroceso a la barbarie, les perjudica. De tal manera se ha extendido el principio de cooperación humana.

Cuando las unidades que forman la nación sean más educadas y conscientes de su destino; cuando la biología vivifique sus gastados tejidos; cuando disminuya el proceso degenerativo de las masas tempranamente envejecidas por los vicios, el remozado organismo social verá en la patria la fraternal constructora de *cosmópolis*, el centro de los pacíficos desarrollos, el templo de la ciencia universal, la sintética expresión del trabajo, de la ciencia, de la justicia y el derecho.

Entonces surgirá más alta y humana la significación racional y biológica, ética y sociológica de la patria, la tierra y la familia, quizá dulces voces sinónimas; una sola y bella concreción; tres patrias en una. La patria no sólo es la inolvidable tierra en que nacimos; no sólo la cariñosa familia, ligada por estrechos lazos de simpatía y consanguinidad; no sólo el diario y radiante sol que calienta los hogares, el risueño paisaje que nos circunda, las caras amigas que vimos desde niños, no sólo las ins-

tituciones que nos formaron, las leyes que obedecemos, los maestros, los héroes y los genios que guiaron nuestros pasos y provocaron nuestra admiración desde la infancia; la patria es también, y de modo imperativo y preferente, el hombre en sí mismo considerado y en relación con sus semejantes de los variados climas y razas.

La pedagogía rectificará ciertos tradicionales prejuicios antihumanos, ciertos conceptos equivocados en orden a la restringida y egoísta idea de patria, que desde la cuna aprendimos; como rectificará ciertos nebulosos conceptos que, contra su voluntad e inclinación, formaron carne en el niño, desviándole de los senderos de la vida y de la confraternidad, a causa de que padres de familia o maestros incautos le engañaron de buena fe, ignorantemente, retardando así humanos y seguros rumbos. Patria, libertad, deber, moral, y cien términos más, se le dan, como diario alimento, azucarados en una vaguedad literaria que estraga el criterio e indigesta.

Aprenda el niño a amar material y espiritualmente a su patria, sin el desdén y exclusión de las demás, no con un amor platónico y teorizante, sino eficaz, traducido en obras que la engrandezcan.

Sus primeros rezos de ciudadano en germen sean los del himno nacional; el primer reverente saludo, a su bandera, con el más profundo respeto a las otras.

La tolerancia religiosa ha abierto de par en par las

puertas del progreso: cese la intolerancia patriótica, y el odio se esfumará de las naciones, más que por las mañas de la insincera diplomacia, por la ubérrima siembra pedagógica de un leal internacionalismo.

Cúrese, desde la más tierna edad, no sólo de la prevención y desconfianza contra el extranjero, sino, lo que es más, del morbo de la vanidad nacional y del rencoroso provincialismo, cáncer que mata toda iniciativa, toda idea generosa.

La severa crítica en asuntos seccionales y patrióticos es mirada como la herejía en el ciclo medioévico.

¿Para qué la reforma, si somos los primeros luminosos de la América, en eso de libertad, los primeros en el genio artístico, los primeros en el estímulo y difusión de la escuela, los primeros en el donaire epigramático? Con esta ufana convicción—cálido vientecillo de vanidad—acostumbramos dormirnos sobre el hacinamiento de laureles marchitos.

La obsecación ha sido tan sugestionadora que, sin auténticas y meritorias pruebas biográficas, se ha intentado perpetuar en el bronce a personas que procedieron como la generalidad, a las que sólo algún destello o rasgo plausible alumbró su obscuro vegetar, de ningún modo acreedor a inmortales palmas.

Y hasta en los bienes materiales—paseos públicos, monumentos, museos, bibliotecas liceos, hospitales—

nos figuramos poseer los mejores en su género, de todo el continente.

La estulticia popular y el falso patriotismo— la funesta patriotería— están engordando a la vanidad nacional. Nos sindicán de puntillosos y afeminados, de indolentes y blandos de carácter.

Al que con rudeza nos señala los males, al que descubre las llagas, al verdadero patriota que con áspera franqueza delata nuestra pequeñez, le aborrecemos. Quien no engaña ni adula, quien no acaricia la torpe vanidad, ya no es patriota en los reinos de la quisquilla.

La experiencia, con dolores adquirida, me aconsejó no fiarme del aparente amigo, de aquel de zalamerías «y despampanantes» alabanzas en los labios.

Heine, Schopenhauer que con fines cordiales motejaron, ridiculizaron a Alemania, desbordando sobre ella su pesimismo, fueron tratados como antipatriotas por muchos de los de su generación. La posteridad les ha vindicado con justicia, reflexionando que pusieron sinceridad en su amor, y no se ofuscaron.

Sin duda por esto anualmente, el 17 de febrero, ante la tumba del ciego y paralítico poeta que aconsejaba la unión de Francia y Alemania, van las póstmás ofrendas florales a engalanar el cementerio de Montmatre y a coronar el mármóreo busto. En su testamento decía, sin eufemismos, a sus connacionales:

«Enuncio el deseo de que mis compatriotas, por

más felices que lleguen a ser los destinos de nuestro país, se abstengan de transferir mis cenizas a Alemania; nunca me ha gustado prestar mi persona para payasadas políticas. El gran asunto de mi vida fue trabajar por la amistad cordial de Alemania y Francia y destruir los artificios de los enemigos de la democracia, que explotan la animosidad y los prejuicios internacionales. Creo haber merecido bien de mis compatriotas y de los franceses, y los títulos que tengo a su gratitud, son sin duda el más precioso dón que puede conferir a mi «legataria universal». Con desenfado repitió, como en tremenda visión profética, que con pasmo contempla el siglo, cual la más pavorosa pesadilla de su historia: «Amo a los franceses como amo a todos los hombres, cuando éstos son buenos y juiciosos, porque no soy ni bastante necio, ni bastante malo, para desear que alemanes y franceses, esos dos pueblos elegidos de la civilización, se rompan la cabeza».

El provincialismo conspira contra la paz de la República, ataca su unidad territorial, entraba la acción gubernativa, siembra el odio entre pueblos vecinos. El provincialismo ha dado en la flor de prorrumpir en frases subversivas y separatistas por quítame allá esas pajas. Este egoísmo colectivo no medita que la patria es una y que el florecimiento seccional de la más apartada aldea redunde en el general; que cuando progre-

sa una provincia, a despecho de las prevenciones y suspicacias de sus vecinas, progresa la nación; que cuando surge el hijo de una comarca, honra a la República toda: es gloria no monopolizada quijotesca por determinado viliorrio sino por el país.

¿Por qué bautizar de extranjero, de trashumante, de *arribista* al que teniendo una misma y predilecta madre llega de otra provincia a trabajar por el común engrandecimiento, a dirigirla con honradez? ¿Por qué, alejando miras mezquinas y envidiosas, está oponiéndose el regionalismo a tal o cual obra urgente que beneficiará a toda la República? La inquina lugareña habla así: «Tal ferrocarril sale al mar: será ruinoso para éste o aquél puerto fluvial; tal otro va directamente a unir emporios comerciales: perjudicará a los que no lo son: mejor es que rodee y se meta en vericuetos sin salida. Que se entierren millones en cada kilómetro de línea férrea, pero que se llene el capricho de pasar por el terco poblacho»

Quien de esa guisa considera, es pobre en sus conjeturas, pues no se le ocurre que, enriqueciendo el todo, enriquecerá lógicamente a la parte; que los ferrocarriles perpendiculares necesitan antes una extensa línea recta de base, que vaya de un extremo al otro de la República.

Fomentemos el orgullo nacional, si se aducen pun-

tos de honra y de noble defensa; pero no engordemos a la vanidad, que es triste fanfarronería. No es vergonzoso confesar enfermedades, hacer su etiología y diagnóstico, evidenciar sus pródromos, cuando hay quien les cure radicalmente, evitando funestos pronósticos; no es humillante revelar nuestra debilidad al que está en potencia de infundirnos fortaleza y poderío.

El buen amo, el excelente padre de familia, se da cuenta por ellos mismos de todas las necesidades de la hacienda y de la casa, por insignificante que parezcan. Así el magistrado acucioso: en persona observa los mínimos actos de la querida casona, la patria.

Del diligente García Moreno cuentan que intervenía hasta en los asuntos chicos que otros presuntuosos encargan a los domésticos: presenciaba los sábados el pago del jornal a los peones, cayendo de repente en lo más apartado de la magna carretera; inquiría por el cajón, por la tabla de embalaje de la «sección de especies»; probaba la comida del hospital entrando de súbito a la cocina de esa casa de beneficencia; iba a las escuelas rurales y urbanas a examinar materias infantiles; penetraba de improviso en colegios y universidades a tratar de ciencias superiores; en las más humildes oficinas se cercioraba de la conducta hasta del portero; solía disfrazarse para descubrir el complot político y la opinión del pueblo.

Sólo conociendo la mayoría de las peculiaridades

de la patria, lograremos amarla a conciencia y remediar sus imperfecciones.

Su literatura debe ser familiar para todos, sus versos cantados por el pueblo, sus libros aprendidos por los niños, sus grandes obras premiadas por la patria. Por cada coronación de un bardo, la nación elévese a aplaudir frenética.

—Vayan a visitar las imprentas, la biblioteca nacional, la del Concejo Municipal, les decía a mis alumnos en clase de composición literaria.

Para describirlas, para apreciar su valía, tenían obligadamente que discurrir por esos importantes recintos.

Por modo objetivo, aprendían a reflexionar acerca de la trascendencia de las imprentas y de las bibliotecas nacionales, augustos templos de trabajo, sacros depósitos de ilustración, donde el obrero realiza el pensamiento y el lector se comunica con el talento que lo concibió, talleres fecundos del espíritu que se están compenetrando y completando en la armonía del producto intelectual que, elocuente ante las cajas, vacía su alma, y alineando en los estantes, pasa revista de su acervo científico.

Unas multiplican, en nítidos ejemplares que el plomo perpetuó, las obras de la patria, materialmente las laboran ante el teclado del linotipo, componedor en mano, imprimen con sus poderosas rotativas forma gráfica a los frutos de la inteligencia, realizan, sobre montañas de papel

humedecidas en indeleble tinta, la idea del autor; las otras ordenan, catalogan, religiosamente guardan los libros de la casa propia, esta sangre y carne espiritual cristalizadas en el pensamiento; los preserva del polvo y de la polilla de los siglos; los conservan para la posteridad; forman el archivo para la historia, el arsenal de los conocimientos humanos, la mina de la ciencia, derraman luz entre el pueblo, facilitan la difusión de la lectura.

—Para mañana, el ejercicio de redacción consistirá en la reseña histórica de cualesquiera de nuestros monumentos públicos, del que conozcan mejor, del que más facilidades tengan de contemplarlo y apuntar su significación y origen, les inisubaba a los pequeñuelos de tercer curso.

—Yo conozco Guayaquil, ¿puedo tratar del monumento a Bolívar, a Olmedo, de la estatua de Rocafuerte y Pedro Carbo?, consultaba un chicuelo.

—Perfectamente. La patria es una: hablemos con amor de los monumentos de cualquier provincia; me he referido en general a todos.

Al otro día, el espectáculo cívico era hermoso: quienes leían rasgos de la vida de Espejo y Mejía, cuyos bustos se levantan en la Alameda; quienes, páginas del sacrificio del 2 de Agosto de 1810 y descripción de la lápida conmemorativa; quienes apuntaban nombres de nuestros próceres y detalles de la columna a su memoria;

quienes, relatos de la vida de Bolívar; quienes de Montalvo, a propósito de su estatua de Ambato, etc.

—Se han olvidado algunos más, les decía.

—Enumeraré yo los que faltan, contestaba el más listo.

Valíame de la oportunidad para fijar el concepto de heroísmo, e indicarles que no sólo son héroes los que pelearon con baavura por nuestra independencia, sino también los que bregan por el adelanto del pueblo desde la cátedra, la escuela, la prensa, el taller; los héroes pacíficos del trabajo que procuran la redención económica. Si la espada ha obtenido, en ocasiones, ruidosos triunfos en bien de la humanidad, mayores son los de la ciencia en los laboratorios, los de la educación en las aulas, los de la sabia propaganda en las universidades, los de la industria en las fábricas, los del arte en conservatorios, galerías, museos, estudios, los de la inteligencia en el libro y la revista, en la redacción, en el despacho, en el escritorio; los de la ley regeneradora y prudente, en las cámaras y el ayuntamiento; los de la virtud, en el asilo olvidado y en el hogar humilde.

«Así como sobre la tumba de Hugo— dijo Rodó— pudo inscribirse: —*Aquí yace el último Poeta*, este nombre de *poeta* ha de tomarse en sentido homérico o dantesco; de algo hierofánico, épico, secular, así sobre la tumba del Libertador de Italia yo escribiría:— *Aquí yace el*



último Héroe. Pero entiéndase la acepción que yo doy a tal palabra. Mi concepto del *Héroe* no se identifica con el de hombre superior por su voluntad y su brazo; no porque exprese siempre, dentro de este género, una mayor intensidad y grandeza, sino en razón de una *calidad* distinta. *El Héroe* es para mí el *iluminado* de la acción. Y bellamente explica por qué Bolívar es héroe y San Martín no lo es.

En la turbulenta democracia hispanoamericana se ha abusado del vocablo héroe, prodigándolo a sargentos audaces, capitanes de motín, caudillos oscuros.

Como Garibaldi en Italia, el último héroe en la América fue Alfaro. Ya es hora de sepultar a los demás héroes grotescos de sangrientas revoluciones y hecatombes.

—¿Alguno de Uds. ha presenciado las sesiones del Congreso o Concejo Municipal?, inquiría a mis discípulos.

—Yo fui dos veces en vacaciones a la barra de las Cámaras, responde un chiquitín.

—¿Y Uds? ¿Y los demás? Los que no han ido, asistan estas vacaciones a las Cámaras Legislativas, donde están los representantes de la soberanía nacional, y al Municipio, en el que actúan los ediles, representantes también del pueblo. A principio del curso, les preguntaré las impresiones que hubieren recibido al oírles hablar, formular mociones, discutir proyectos de ley.

En seguida les explico los artículos de la Constitución relacionados con el Poder Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

Si desde la más temprana juventud nos familiarizamos con los actos cívicos, conscientemente amaremos a la patria y nuestro amor será práctico, nacerá en nosotros el espíritu público que tanta falta nos hace. No pasen inadvertidas las fiestas gloriosas, las fechas de histórica recordación.

Asistí a una escena que me conmovió, ejecutada por los alumnos de la Escuela Espejo el 4 de junio, en que la patria dedica un recuerdo a la muerte de Sucre. Guaguitos, desde cuatro años en adelante, alineados desfilan por las calles precedidos de artística corona. Cada uno lleva fresco ramito de flores. Silenciosos atraviesan las carreras Loja y García Moreno. Llegan al imponente recinto en donde está depositada la preciosa urna con los restos del Vencedor en Pichincha. A sus pies colocan la corona. La alocución del director, sencilla y sentida, les explica el significado y trascendencia de la ceremonia.

Después, cada cual va arrojando su ramito sobre el sacro túmulo. Los bebés se penetran de la gravedad del acto. Sus caritas, antes risueñas, están tristes. Algunos lloran. En correcta formación salen de la capilla. Profesores y profesoras que les escoltan van silenciosos. Como el orden es perfecto, su intervención huelga. Por eso no in-

Intervienen y satisfechos caminan a los costados de esa feliz infancia que bajo tan buenos auspicios se educa. Como muchacho les seguí por las calles, para darme, con íntima complacencia, cabal cuenta del acto de principio a fin, envidiando la sana dirección.

—Lo que va de tiempo a tiempo, me decía. En el mío, desconocíanse por completo ceremonias parecidas a ésta, tan tiernas y encantadoramente sublimes.

Todo esto es *hacer Patria* individualmente, desde los comienzos de la vida, para después poner conocimientos, energías y experiencia al servicio de la colectividad, con santo espíritu público.

A iniciativa de una distinguida vocal de la Sociedad Bolivariana del Ecuador la visita a la cripta del Mariscal de Ayacucho se ha generalizado. Van con ofrendas florales los más selectos colegios y escuelas de niños a la visita semanal.

* * *

La tierra es nuestra grande y cosmopolita patria. Es, además, el granero y la base de la economía política. El planeta que habitamos constituye para la humanidad lo que la casa para la familia. Esta conoce los últimos rincones del hogar, y el hombre apenas sabe de una mínima parte del suelo que le sustenta. Si viaja, descuida muchas veces de admirar y apreciar la tierra,

deslumbrado por las obras del hombre, sin meditar que casi todas provienen de aquella arca inagotable.

No le interesa mucho la geografía, aprendizaje utilísimo, no sólo por la conexión con otras importantes disciplinas como la historia, la higiene, la literatura, sino también porque representa la vida del hombre vinculada al clima, a la región, a lo que produce, a su alimento, a su riqueza, a su bienestar y comercio.

Por esto, en las escuelas modernas los niños empiezan por esbozar el plano del edificio que les alberga, después el de la manzana en que está situado, el de la urbe, departamento, nación y continente. Se ensayan en varios croquis, levantan cartas, aprenden a orientarse. En las excursiones escolares, trazan el derrotero, palpan la topografía y le es fácil convencerse que del seno de la tierra— seno prolífico, maravilloso,— de este laboratorio gigantesco, el hombre extrae tesoros infinitos a fuerza de sudores y constancia.

Saber distribuir con gratitud los bienes que a quien trabaja y persevera brinda la tierra, es acto, no sólo de justicia, sino de lógica consecuencia, con las luchas por la vida. Dura es la tierra cuando el quilo no la riega y la equidad no la divide, cuando el trabajo no la subyuga con la energía de un cíclope.

—¿Ha sembrado Ud. algo?, preguntábale a un niño.

—Violetas y pensamientos en los maceteros de ca-

sa, me responde.

—Flores, el encanto, la poesía de aquí abajo, muy bien.

—¿Ha plantado algún arbolito?

—No, señor.

—Les pondero la fiesta del árbol, tan pomposa en otras naciones; el ir anualmente, en procesión cívica, todas las escuelas y colegios, precedidos por el Jefe del Estado, a plantar un árbol en el campo. No es menos suntuosa la fiesta del trabajo que universalmente se ha convenido sea el 1° de Mayo, mes de flores, de renuevos y de esperanzas.

Por algo se han comparado los árboles a los niños: son el porvenir en expectativa, la fecundidad del suelo, la gala de la naturaleza, los bellos brotes de la patria. Sembrar un árbol es abrigar la seguridad de una herencia.

El autor arroja al mundo la semilla que germinó en su alma; el libro; la madre desgarrá sus entrañas, y nace el niño; la tierra concibe su hijo: el árbol. El, de la cuna al sepulcro, es el fiel amigo del mortal. La mejor recompensa helénica: un gajo de laurel de las sagradas selvas del Pindo.

Quien con sus propias manos no ha enderezado en el suelo el arbusto cuya simiente sepultó, nada ha creado ni es capaz de una obra beneficente. Herir a un arbusto es un crimen; es un infanticidio. Dejemos que dé

sus frutos y, secular, se incline a tierra.

¡Cuán tristes los hogares sin flores, qué desolado el campo sin árboles! El desierto no los tiene. Por esto huye el hombre de la abrasada llanura donde el simún de muerte sopla.

La ciudad moderna no puede prescindir de ellos; son su mejor adorno, su barrera protectora: purifican la atmósfera, sirven de pararrayos para la higiene, secan los pantanos, atraen las lluvias.

¡Cuán intensa alegría he experimentado al dar a los niños como tema de sus composiciones la importancia del árbol! Que ellos por sí mismos experimenten el goce indecible de cuidar el desarrollo de un arbusto. Les he sugerido cariño por medio de la lectura de escogidos poemas al árbol, como el de Walt Whitman en el admirable «Canto del Hacha», las nutridas páginas de Nin Frías en su obra «El Arbol», los robustos versos de Verhaeren y Beaudouin, los hondos conceptos de Luis Guillot. ¡Con qué fruición recitaba el geórgico y laureado himno de Racomonde, de bellas estrofas como éstas!

«¡Oh, niño, cuida
Del árbol joven como tú: que un huerto,
Un arbusto, una hoja desprendida,
Un brote, una simiente,
El polvo de un pistilo son la fuente
De la felicidad y de la vida.

¡Amálo!... que esa planta que hoy encierra
En gérmenes aún dones cpimos,
Fuerte ya, como el roble de la sierra,
Te brindará el esfuerzo de la tierra.
Y la gloria del sol hecha racimos».

Olmedo cantó al árbol: su musa soñaba por las selvas silenciosas, floridos vergeles y bosques de tamarindos, donde, «en trono piramidal y alta corona, la piña ostenta el cetro de Pomona»; Montalvo solía estudiar bajo un frondoso árbol y en Paris iba a contemplar las palmas que le recordaban su tierra. Alfaro premió la plantación de árboles, en especial eucaliptos y cauchos. Mera se abismó en las descripciones de la selva oriental. Eudófilo Alvarez suspiraba por su canelo. César Borja rimó los primores del árbol de las inmediaciones del resonante Esmeraldas y añoró, en las vegas del Tiaone, su amada finca rural, de «plácidas sombras protegida».

«Esa fue la heredad,— hoy de otros dueños
próvida tierra y deliciosa estancia—
donde fueron felices nuestros padres
y fue alegre el hogar con nuestra infancia.
¡Nada queda de entonces!... Aquí estuvo
la casa blanca de rojizo alero,
y el jardín, y la huerta, y la llanura,
y poblado de alondras el cantero.
Aquí estuvo el redil donde dormía

la vacada olorosa y plañidera,
que llegaba en las tardes, paso a paso,
del lejano confín de la pradera.
Aquí estuvo el bosque misterioso,
que con miedo veíamos y encanto,
donde a la luz crepuscular solían
cantar las aves religioso canto»

En los miríficos sonetos que el fecundo bardo castellano Narciso Alonso Cortés publicara con el dictado de «Árbol añoso» ,Juan Ramón Jiménez, el melancólico y dulce, a guisa de prólogo, dice que la poesía es "árbol joven y eterno, castillo de belleza" Y Antonio Machado en rítmicos versos aconseja al mismo poeta, lo que llegará a ser lema de una vida ideal:

«que en tu árbol viejo suene el canto adolescente,
del ruiseñor eterno la dulce melodía».

Perennial inspiración la del árbol: de él se desprenden parábolas sublimes. Cuando Heine interrogaba al misterio si le tocaría, cual fatigado viajero, reposar bajo los laureles y palmas del Mediodía o los tilos del Rhin, imprecando a la suerte, inmortalizaba el canto del árbol funerario. La posteridad ha grabado sobre su tumba esa sentida leyenda.

Con su afecto para el árbol, el niño comprenderá las dádivas de la tierra, luchará por beneficiarla, a fin de que el temible enemigo: el hambre, sea vencido y deje

de ser madrastra la que un día nos recibirá en sus brazos.
Obligatorias nociones de agricultura difúndanse en la escuela, como temprana familiarización del hombre con la naturaleza.

Popular es en otras naciones el siguiente credo del labrador, del que doy una parte, que recuerda el fervoroso que compuso el Dr Baquerizo Moreno y que sintetiza noble programa administrativo, como que es el credo de la democracia:

»Creo en el surco de la tierra y en la nube del cielo; en los bueyes de labranza y en el humo azul de la cabaña del monte.

Creo en los albos vellones del algodón en flor; en la risa de plata de la fuente, en el acero del hacha; en la orquesta del bosque y en el viento que peina el maizal.

Creo en los hondos socavones de las minas, en las agonías lentas y dolorosas de nuestros hermanos, en las simas oscuras, en la impiedad de la pica y en la piedad de la azada.

Creo en la santidad del agua de nuestros sudores, en la dulzura del colmenar, en el río que corre y en el fruto maduro.

Creo en las gracias y la fuerza de nuestros brazos, en la recompensa a nuestras fatigas, en nuestra rendición final».

* * *

Patria chica, y más dulce todavía, el hogar. Es el árbol venerando a cuya sombra florecen virtudes, afectos y ternuras. La educación en familia, como la más simpática y fundamental escuela, posee encantos irremplazables, refina los sentimientos, aplaca las ancestrales inclinaciones, borda, con hilo de amor, nuestro corazón.

El hombre sin familia, como un hogar sin lumbre, es frío y digno de lástima: paria social, anda errante de aquí para allá, huérfano de bondades y cariños; pasa como una sombra por el mundo sin dejar rastro de sí: por luminosa que sea su vida, es una estela fugitiva.

El ósculo maternal es indeleble: su inefable frescor deja como saturadas las almas de un suave perfume: es la huella educadora que milifica todos los dolores y amarguras, porque es la huella de la piedad y del sacrificio, del amor sincero y del desinterés absoluto.

Difícil es que el niño considere como un padre a su maestro y como su numerosa familia a la escuela, si en el hogar no sabe de adulos y ternezas, de consejos y cuidados; si la trascendental influencia de la madre no caló hondo en su pecho, si la atinada dirección del padre, mezcla de mansedumbre y de severidad, no le trazó recto camino. En el hogar se echan los fundamentos educadores, el primer riego sentimental y volitivo. Cuando faltan, apenas alcanza a suplir la escuela, ya que las

primeras emóciones son imborrables.

Entre los chinos no existen lo que naciones que se creen civilizadas llaman casa de beneficencia, porque la familia es la única que practica el bien, la que cuida de los suyos en la ancianidad y en la dolencia: es asilo y hospital venerandos. Allí la familia se perpetúa y el culto a los antepasados es cual sublime religión. No se conoce el celibato, menos el infanticidio. El matrimonio es ceremonia indisoluble y puramente familiar, apoyada en virtudes y ajena a la conveniencia ruin o al vil interés. Por la ejemplar institución de la familia, la criminalidad es muy escasa. En provincias de veinticinco millones de habitantes se dan casos de una docena de ejecuciones al año, no obstante de que se castiga con pena de muerte al que por tres veces reincide en el robo. El principio de comunidad y solidaridad es ideal por su rigurosa observancia. A este respecto, son muy curiosas y ejemplares las escenas que nos ha referido el General Tcheng - Ki - Tong, como un bello reflejo de la China contemporánea.

Ningún acto social de afecto a la familia debería pasar inadvertido para el niño, al que se le inculca que ella es símbolo de la patria, espejo de la civilización nacional, un Estado en pequeño. La familia en paz y progreso marchan paralelos con el florecimiento nacional.

Los primeros destellos de la escritura del niño sean

cartas a sus padres, a quienes han de dirigirse como a confesores, guías y amigos.

El cariño mal entendido de algunos padres de familia pone cortapisas a la eficacia educadora. Sentimentalismos enfermizos y mimos tontos, son funestos para el porvenir de la infancia.

—¡Le han castigado a mi hijito!, gritaba indignada una madre, derribando con un sólo gesto el edificio de la disciplina escolar y de la sanción purificadora.

Otra se oponía a que un inteligente muchacho becado viajara al lugar de su destino.

—¡Cómo se ha de ausentar mi lucero!, exclamaba entre lloriqueos y almibaradas exageraciones

No son posibles la formación de la individualidad y el gobierno propio con tan ridículas ternuras.

—A mi amorcito le contemplo en todo, por más que digan que se cría consentido, se ufanaba de ello una señora de cortos alcances.

Este amor ciego, falso y perjudicial, dio por corolario un sér voluntarioso, holgazán y díscolo, anulador de los vigorosos esfuerzos de la escuela, de sus sanos efectos.

Quando se eleve el nivel moral e intelectual de la mujer; cuando el hogar sea un santuario donde se adore al dios orden; cuando el amor conyugal sea mantenido, con sagacidad y altruísmo, por sobre el maternal; cuando los padres solícitos cuidando del niño en las albores de la

vida reciban de éste mayores cuidados en el ocaso, en esa otra infancia, la vejez, entonces la familia será sólida garantía de cultura que impulse la de las naciones.

La ley de la evolución dibuja ya consoladoras sonrisas: esperamos en el influjo de esta doble maestra: la madre y la escuela.

El esfuerzo propio permite ascender por los ásperos escalones de la vida. Por esto, la clase media que lucha con los cardos de la tierra llega a vencer a los orfebres entre blandas plumas arrullados. Domar las dificultades es como iniciar al niño en la escuela de la genial María Montessori que ilustra este pensamiento axiomático: «Todo niño es un hombre». Así le va «entrenando» en los duros ejercicios con los que mañana le ha de encarar la realidad. Verdad desnuda ha de palpar, para que aprenda a valerse por sí mismo, sin que por esto me atreva a negar las ventajas de la cooperación. Tal lo demuestra también la estadounidense «Escuela Platoon». Así lo ha predicado el activo educador belga doctor Decroly. Todos los maestros, cuando a pechos toman la suerte del niño, le enseñan disciplinadamente arduos y estrechos caminos que conducen a la radiosa consecución de una estrella. *Per áspera ad astra.*

CAPITULO VIII

LA LIBERTAD Y LA RAZA

¿Qué es la libertad? La pregunta es más tentadora que el enigma de la esfinge. La mágica palabra anda de boca en boca, ya dulcemente musitada, ya en vocerío atronador. Sugestiona a las multitudes y perturba a las conciencias. Todos la invocan, pocos la practican: casi nadie, en definitiva, sabe en qué consiste. Es bandera de combate a cuya sombra la iniquidad ha plantado sus cuarteles; es pantalla que encubre siniestras maquinaciones. En campamentos encontrados, en bandos opuestos, resuenan los himnos a la libertad: se la profana al entonarlos hasta en el tétrico reino de la esclavitud, para disfrazar la miseria y la muerte.

No cometeré la ligereza de buscar una definición, más o menos rimbombante, para que los pequeñuelos se estén por ahí enfrascando en metafísicas y filosofías ininteligibles que fatigan la mente de tantos graves exa

minadores del libre albedrío.

No sólo en circunstancias como ésta— en las que la sencillez está volviendo pueriles las trascendentales investigaciones— sino quizá en todas las de la vida, no debería definirse a la libertad, sino más bien demostrarla con hechos.

Ingenua explicación previa, por medio de ejemplos tangibles, si es posible caseros, de las garantías individuales apuntadas en la Carta Fundamental, sería base del procedimiento para el ciudadano en ciernes, a fin de qué, desde hora muy temprana, comience a darse cuenta del gobierno y su persona, del que corresponde al Estado y a las colectividades.

En seguida, más y más casos prácticos que vayan solidificando, por decirlo así, la conciencia cívica. Pero el niño, en tan difícil y espinoso asunto, no confunda la libertad con el abuso, con la indisciplina, con lo que en otro terreno se llama libertinaje. Endemia de pueblos levantiscos es la indisciplina. Desde la cuna, en los actos más insignificantes, el desorden se pone tristemente en evidencia. Somos impuntuales en todo. No se nos ha disciplinado con severidad, y nos revelamos contra lo más sagrado. Desde niños, presenciemos la rebelión en el aula y en el cuartel, en el recinto de la ley y en la mansión doméstica. La turbulencia nos arrastra como un huracán. Nos hemos dejado sugestionar del funesto *pre-concepto* de que obedecer es deshonesto, es antiliberal.

Se han atrevido a propagar con ufanía la especie absurda de que llegar tarde es de buen tono.

Si la historia nacional nos está avergonzando con sus golpes de indiciplina tan comunes en la América, de la misma historia, estudiándola con sutil serenidad, con sincero amor, se entresacará el proceso de libertad, con clarísimo criterio escogido. La causa de nuestra independencia es fuente de puras enseñanzas.

—¿Tienes perfecto dominio de tu vida?, inquiero a un imberbe estudiante de instrucción moral y cívica.

—Sí, señor, me responde con energía. Mi vida es inqviolable.

—¿Qué te sucedería si te atacasen o conspirasen contra tu vida?

—Que serían castigados por el gobierno.

Y el chicuelo añade con íntima convicción, apretando los puños: «Además, yo me defendería con todas mis fuerzas»

Me sonrió con simpatía y complacencia, alentando al diminuto disertador.

—¿Puedes, dueño de tu vida, disponerla a tu sabor o cegar sus fuentes?

—Eso sería un crimen, contestóme resuelto, una cobardía: sería un suicidio. Sagrado deber el de fructificar mi vida, dar buena cuenta de ella, ser útil a mí mismo, a mi patria y a mis semejantes, según nos dijo

nuéstro querido profesor.

—Aplica lo que has expresado acerca de tu vida, a la nación soberana. Crimen de traición atentar contra su hegemonía, que es la razón de su existir.

A otros niños, estimulados por la precocidad y perspicacia de su compañerito, se les ocurren preguntas, arduas en medio de su infantilismo, sobre el derecho de defensa, sobre la monomanía del suicidio y su valor aparente, sobre el instinto de conservación, sobre los vicios que corroen la vida, como otros tantos suicidios. Piden se les aclare el arrebato de Ricaurte en San Mateo, que dió un puntapié a la vida, en frase de Montalvo, Les leo el brillante pasaje en «Héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana». Repite la lectura el más formal. Y empieza el sublime pasaje: «¿Qué palidez mortal invade el rostro de Bolívar? En mudo asombro echa la vista a la colina del frente, su alma se muestra en sus ojos con angustia inmensa. El perder la vida nada es; mas con su muerte los españoles remacharán la esclavitud de América. Una columna enemiga halló el modo de trepar la floresta en cuya cima están depositados los elementos de guerra, las santas municiones, prendas de la libertad de un mundo: ellas perdidas, ya no habrá resistir; le envolverá el enemigo, y él morirá con el último soldado....»

A medida que la admirable lectura continúa, los niños quedan como en éxtasis ante la magnanimidad del

héroe y la elocuencia del narrador. e les explica entonces la magnificencia del sacrificio de Ricaurte por la patria, su excelso renunciamiento en circunstancias tan aflictivas y trascendentales para la libertad americana, el desasimiento heroico, propio de las grandes almas. La emoción se sublima cuando llegan a estas líneas de Montalvo: «Quedan en favor de Escévola los más de veinte siglos que acrisolan su fama y refinan su gloria; y en el de Ricaurte la trompa del porvenir, que sonará estupenda, si el Nuevo Mundo da algún día un Tito Livio»

Cien pupilas refu'gen al calor del hondo patriotismo, que se produce en lágrimas cuando el Maestro añade, por boca esta vez de un niño conmovidamente interpretador de la impresión de sus condiscípulos: «Sorprendido, asombrado, aterrado, manda Boves tocar a retirada, y el campo queda por los libres. ¡Qué acciones! ¡qué guerra!»

Les ofrezca continuar la lección cívica con el sublime sacrificio de Abdón Calderón en el Pichincha, de aquel niño sobrehumano: «Niño es, y sabe ya en donde está, y tiene la cabeza y el pecho llenos de la batalla», dice el Cosmopolita.

La Constitución de la República proporciona facilidades para otras preguntas al parecer nimias, pero educadoras en el fondo.

—Cuando se suscita ligera distracción en clase, ¿puedo acusarte de causante de la bulla?, le digo al más



atento y silencioso.

Se sorprende, se asusta. Al fin estalla.

—No, señor, porque estoy siempre formal, y no es jactancia.

—Tú, bien; pero ¿acusaré a algún otro?

El niño vacila. Se nota que reflexiona. Después de un momento de silencio, murmura: «¿Y si resulta inocente?»

Su discurrir es como una luz que destellara en toda la clase.

—Perfectamente, agrego satisfecho. Tus compañeros, sin excepción, tendrán el mismo derecho de que se les presuma inocentes, mientras no llegue a probarse lo contrario. Lo que sucede en clase, acontece también en la sociedad, que es una clase más grande y más alborotadora. Todos gozan de buena reputación ante los demás, según la ley, en tanto que con acciones punibles y claramente demostradas no la pierdan.

Para que la plática sea más obvia y provechosa, con abundancia de «tangibilidades» simples, se le induce al niño a que conozca lo que es la voluntad, este espontáneo determinamiento de consentir o resistir; el derecho, la disciplina, el carácter, fundamentos de la libertad. También se le ponen por delante sus obstáculos; las pasiones, la ignorancia, la necesidad, la miseria y sus agentes de fuerza mayor. Que no ignoren tampoco la responsabilidad humana, el mérito y el demérito.

—¿Quién de vosotros tiene un trompo?, pregunto a los chicos, reanudando mi sencillo diálogo.

—Yo, señor, yo y yo, me contestan los alegres niños

—¿Por qué os pertenecen estos juguetes?

—Los hemos comprado, gritan por ahí. Nos regaló nuestro papá, dicen algunos.

—¿Osará alguien quitároslos?

—No, señor, porque son de nuestra propiedad.

—Y si llegase a demostraros que alguna peonza no os pertenece?

Entonces habría que restituir a su dueño lo que legítimamente no nos corresponde.

—Vamos a ver: supongamos que necesite aquel trompo para entretener a muchos niños que están enfermos y tristes y es menester distraerles. ¿Qué me cumpliría hacer?

—Comprarle o dar por el trompo algún objeto equivalente, si es la voluntad del dueño efectuar el cambio, o insinuarle que prefiera la alegría y salud de los demás a la suya.

—Muy bien. De igual modo, una casa, un terreno, un jardín puede expropiarnos el gobierno, aun cuando no lo queramos, dándonos su justo valor; si es más útil para el público abrir una calle en el lugar que ocupó nuestro palacio, extender una línea férrea en el terreno que nos pertenecía, o realizar una obra que beneficie a todos. No tenemos derecho a ser egoístas: aspirar únicamente a nuestro bienestar exclusivo, privándolo a la mayo-



ría, es mezquino sentimiento.

Este cuasi baladé interrogatorio sirva de humilde modelo para explicar a los niños la libertad personal, la de la conciencia, demostrada exteriormente, la libertad de trasladarse de un lugar a otro, viajar dentro y fuera de la República, previo pasaporte en caso de revolución intestina, guerra internacional o alguna otra prohibición o anuncio reglamentario; la de cambiar de domicilio, observando las prescripciones de policía; el pleno derecho de nuestro dominio individual, sin que sea permitido el reclutamiento, la detención arbitraria, el aprisionamiento sin un motivo legalmente justificado. Se le hace comprender cómo los bienes que poseen sus padres pueden trasladarlos donde les plazca, emplearlos en cualquier trabajo e industria, sin que su actividad pueda ser impulsada por la fuerza. No existen constitucionalmente trabajos forzados. Sólo a quienes la ley sentenció como a criminales se les violenta a laborar ahí donde son rígidas las observancias penitenciarias. Que no ignoren, desde la infancia, que las leyes protegen a todos, porque la magestad de ellas no reconoce fueros ni privilegios. Esta es la democracia positiva: ante la ley, todos somos iguales. La aristocracia del talento y de la virtud es alta prerrogativa bajo otros niveles; pero no cuando la ley oficia. Cualquiera, por infeliz que sea, puede implorar esa protección republicana. También es libre para ejercer el derecho de

petición garantizado por la carta política. Es libre de idéntico modo para reunirse y formar asociaciones, si los fines son legales. Infúndaseles el santo acatamiento al hogar: la casa de uno es inviolable, lo mismo que sus cartas y telegramas. Es un delito profanar con indiscretos ojos la correspondencia. Hágasele saber al que más tarde será ciudadano la importante función del sufragio, la libertad que le ampara para votar por el que desee. Si es honrado con la promoción a un cargo público, nadie podrá urgirle a que acepte tal empleo; pero es voz de patriotismo prestar sus luces y aptitudes a la nación, sacrificarse por sus compatriotas. ¡Sembrar altruismo! Siempre será más noble que predicar el egoísmo. El desprendimiento es doctrina que purifica los espíritus.

—¿Dime en qué estás pensando?, pregunto a un niño que con la mano en la mejilla se agacha por ahí en actitud tan melancólica que está vecino al llanto.

—En mi mamá que se fue hoy al campo, murmura suspirando.

—¿Podré impedirte que pienses en ella?

—De ninguna manera. Es el ser más querido para mí, responde casi con lágrimas.

—¿Qué deduces de esto? Quiero que reflexiones con el talento que te distingue.

—Que el amor a nuestra madre debe ser nuestro constante pensamiento.

—¡Pero si yo te vedara que pienses en ella!

—¡Ah! El pensamiento es libre, agrega ufano.

Te has lucido. Piensa siempre en tu querida madre y serás feliz. Me has dicho que el pensamiento es libre: es la pura verdad; pero cuando más tarde lo manifiestes de viva voz o por escrito, cuidarás de no herir a nadie, de que tus pensamientos sean corteses y verdaderos, que a nadie calumnien, que lo que expreses sea con fundamento, sin prejuizar nunca. Cuando no sepas una cosa, interroga con fanqueza a los que la han estudiado mejor que tú, a fin de no aventurar un erróneo concepto acerca de ella. La crítica es obra de madurez y de estudio, que requiere detenida preparación. No dañes la honra de nadie, porque cometes un homicidio moral. Recuerda lo que en solemne hora dijo el maestro Juan Montalvo, acerca de la obra de los buenos:

«Obra de grandes, obra de buenos es elevar, acrisolar, comunicar nobleza a los con quienes tratan como superiores. El flujo por envilecer acredita corazón depravado, alma baja. Si los hombres tuviéramos roce con los seres divinos, su contacto nos sirviera de purificación: inteligencia, virtud, crece y más crece, en nosotros, a medida que vamos cultivando las relaciones celestiales. Nadie se tenga en algo sino en cuanto se juzga capaz de enseñar y mejorar a los que tienen que hacer con él: si pervierte, es inferior a ese a quien corrompe; el desme-

joramiento de los que nos oyen y escuchan, los que reciben el peso de nuestras acciones, es pérdida para nosotros, si pícaros y corrompidos tienen algo que perder. ¿Qué galardón es éste de apocar, deprimir a nuestros semejantes? Si nos seduce la fama de ser tenidos por más fuertes, labremos esa pura y brillante que nace de las buenas, grandes obras: para la fama, negra fama, también la tienen los ladrones: éstos son superiores a quienes roban y matan: La fama de los tiranos ésta es: la de los tiranuelos, todavía más ruin. Filósofos, poetas, grandes hombres nos subyugan, nos pueden, ¿y a látigos?, pregunto yo. Nos hacen confesar nuestra inferioridad, nos obligan a jurarles admiración con este torniquete encantado que tan profundas y delicadas sensaciones causa en nosotros; esto es la inteligencia revestida de sabiduría o empapada en poesía.

Me detengo a ponderarles los bienes de la prensa seria e ilustrada y los inmensos males de la que de ligero procede, con el denuesto y la vil suposición por único programa, con la envidia por consejera y por propulsor el odio. Pensar, al fin y al cabo, es juzgar, desde que es expresar un concepto respecto de cualquiera persona o cosa. La prensa que piensa no con el cerebro sino con la negra bilis, que siente no con el corazón sino con las garras; la prensa mercantilista y sin conciencia, juzga como le da la gana, critiquiza sin meditación ni solidez,

festina todo, siembra indignas suposiciones en el terreno más limpio y abonado, corrompe en vez de atender a su educador ministerio. Son inauditos e infinitos los desastres que causa el inicuo pensamiento que así entiende la libertad de la prensa. El terronal, explosivo descubierto por el Dr. Waltoff, de Moscovia, domiciliado en Brooklyn, no ocasionaría mayores daños en manos de un loco o un perverso, siendo como es de potencia diez mil veces mayor que la dinamita.

¿Quién de vosotros sabe lo que es el petróleo?, continúo dialogando familiar y amablemente, a propósito de un tema de actualidad.

—Es una especie de betún o nafta, responde el más listo. El Ecuador posee algunos yacimientos que van a ser explotados, según me cuenta mi papá, que es senador.

—Magnífico. El petróleo es etimológicamente aceite de piedra o lo que con más propiedad llaman los alemanes «aceite de la tierra». ¿Quién me contesta como se forma en la naturaleza?

—Son minas, señor, dicen a un tiempo varias vocecitas.

—Este precioso mineral se forma, según la teoría de Harperath, por dos elementos químicos: hidrógeno y carbono. Es de origen cósmico y está constituido por elementos de nuestro sistema solar. ¿Cuál me dice sus aplicaciones en la industria?

—Son múltiples, según leí en una revista, contesta el hijo del senador: luz, movimiento, calor, medicina, medio de conservación de los cuerpos organizados de la flora y de la fauna, preservativo contra la putrefacción. No recuerdo qué servicios más presta.

—Muy bien. Figuraos que la prensa es como el petróleo, y no os riáis.

Hay sonrisas entre los chicos y general movimiento de curiosidad. Eso os explicaré mañana. Los niños solicitan que sea pronto, «ahora mismo».

—Os decía que no de otra suerte la prensa: su origen es luminoso, su importancia cósmica: es una riqueza para el mortal. aclara a las multitudes, mueve a la sociedad, alimenta el calor de la idea, purifica al pueblo; pero si es como el petróleo que bien empleado tanta utilidad nos proporciona, como el petróleo también, mal dirigida, asfixia, incendia, destruye, mata. El símil no os parecerá poético; pero es sobradamente comprensible.

Hablar con valor y franqueza cuando las pruebas abundan, combatir la hipocresía y el dolo; pero poner en todo ello un granito de piedad y de cultura; ¡qué misión tan civilizadora la de la prensa! Su libertad, torcidamente entendida, es funesta, como lo hemos palpado en el desborde ruborizador de la prensa de tantos pueblos chicos hispanoamericanos, que inunda y ahoga

mérito y honra. Dejar al mundo, entre rasguños y den-
ladas de inconfesado despecho, el único patrimonio de la
charla insustancial que rebaja en vez de guindar muy
arriba la fama, charla mareante que amontona insultos
y odiosos vocablos como si fuesen Chimborazos de basu-
ra, ¡triste legado y más triste ocupación la del miseran-
do periodista que así está emporcando el solio augusto
de la prensa! Y todo, ¿por qué? Acaso por la po-
breza, por el aguijón de la miseria por el ansia del oro
que se esfuma.

El hombre pobre se siente ligado física y moral-
mente: no es libre. Pasto de las enfermedades, por la
escasa alimentación y la ausencia de comodidad higiéni-
ca, su cuerpo débil y mal nutrido no es libre de accio-
nar como los organismos sanos y robustos. No piensa
con libertad su mente, de fisiológico empobrecimiento.
Su humilde condición social no le da campo de levantar
su frente con desenfado. No acierta a pensar libremen-
te, porque teme ofender a los de arriba que le pisotea-
rán. Se ve atado con cadenas más férreas que las del
esclavo. El favor que implora le imposibilita erguirse.

La dolorosa sujeción de la miseria le obliga a vi-
vir temblando por el desagrado del amo, por la fluctua-
ción del empleo, por el enojo del casero, por el desamor
de la familia.

Para no ser blanco de las deplorables consecuen-
cias de la esclavitud económica y de la tiranía empleo-

maníaca, es imperativo categórico asegurar la vida independiente por medio del aprendizaje de algún oficio, de algún arte, de algún ramo de la ciencia con que empeñar el rudo combate y conseguir el sustento. El espíritu de trabajo y el cúmulo de conocimientos habilitan para crearse una existencia libre. ¡Qué amargas torturas contra la delicadeza personal, urgidos por la necesidad que, en frase popular, tiene cara de hereje! Por esto sentenció con mucha razón el economista George que la miseria es un crimen. En ciertas republiquetas, en las que la única renta codiciable es la que emana del empleo oficial, se ha vuelto frase común llamar «esclavos de levita» a los que, sin iniciativa ni laboriosidad, salidos del cargo, cesantes, nada saben ni pueden valerse a sí mismos. Entre los funcionarios públicos de tal guisa se hallará siempre ese proletariado de levitón. Su odisea de hambre y de humillaciones comovería a las piedras. Cartas suplicatorias, trasgos, intrigas, abyecciones, apocamiento al vecino, calumnja al amigo por pescar un destinillo. Estos záganos sociales, ilotas de la multitud y la holgazanería, no pueden titularse hombres libres. Fueron mal dirigidos: fracasó su educación, como más tarde fracasa su dignidad e independencia.

Si al niño se le destina a una carrera académica o artística, es imprescindible que se dedique conjuntamente a un oficio o labor manual, a fin de escudarse contra la suerte veleidosa... Si mañana le deja a la vera de la

desgracia y al margen del presupuesto, no mendigue ni tenga de que avergonzarse. Registra la historia edificantes casos de presidentes suramericanos que al descender de su Olimpo y siéndoles adversa la fortuna, trabajaron honradamente como tipógrafos. Monarcas europeos no han desdeñado el aprendizaje de modestísimos oficios en las horas de ocio y en los días de tribulación imprevista.

«Libertad es sinónimo de *no necesidad*», dice Nieto Serrano. Pero como no existe la no necesidad pura, no se concibe igualmente la libertad absoluta. Como todo lo caduco y humano, la libertad gira entre limitaciones, dentro de espacios cerrados por leyes matemáticas, físicas, morales y sociales. Si hay restricciones para el individuo, la hay para la sociedad y para la nación. Síntesis de lo expresado sería el límite que la Constitución de 1906 por. ejem. fijaba en su Art. 5.º: «La República del Ecuador es una, libre, indivisible e independiente; pero no puede celebrar ningún pacto que se oponga a su independencia, o que afecte de algún modo a su soberanía». Ese *pero* constitucional nos da la filosofía de las individualidades y de las asociaciones en la esfera de la libertad.

* * *

Cuidar al niño es defender la raza. Infancia robusta y educada a la manera helénica, arroja el opimo fruto de una fuerte nacionalidad, vigiladora de la

raza. Amarla es tan noble sentimiento como el de la Patria. Si es verdad que no hay razas puras, pues todas se han renovado y rejuvenecido por la transfusión de la sangre de cien pueblos y el sedimento educador de cien generaciones, lo cierto es que la historia, la lengua, el influjo social, la tradición, el conjunto de rasgos étnicos y psicológicos marcan, en una porción de la humanidad, aquel sello, aquella idiosincracia que están diferenciándoles de las demás: esta es la raza. Estimulennos el vigor y valsa de las otras razas: imitemos lo bueno de ellas y no entremos en comparaciones, con sentimiento de mezquindad, con ánimo hostil. La que se ha convenido en denominar raza latina— o más estrictamente raza hispanoamericana, a la que pertenecemos en el Continente Colombino— se hermosea con bellísimas virtudes, ágiles, graciosas, que se recomiendan sobre todo por su espiritualidad en las distintas partes del planeta. Raza soñadora, raza sutil y precoz, fácilmente asimilable, llena de inventiva y generosas iniciativas, egregia por sus magnas empresas, enarbola, como su estandarte de guerra, el escudo de Don Quijote, en el centro del cual, en letras de oro, está fulgurando este lema: el ideal, el amor a la eutimia intelectual, el espíritu de sacrificio, el anhelo del bien. Enristra la combatida y aporreada lanza del inmortal manchego para salir, con sublime vesania, por los fueros de la justicia; vibra cada vez que de enderezar la moral entorta-

dura, de socorrer al desvalido, de acudir a la noble lid se le insinúa. Entonces al escuálido y risible Rocinante le nacen alas y se transforma en inquieto Pegaso. Pero también nuestra raza adolece de enormes defectos, hijos tal vez de la sangre que corre por sus venas: se diría que añora el fatalismo e indolencia arábigos, la terquedad visigoda, la superstición latina, el fanatismo hispano, la codiciosa mezquindad del judío, la charla y el rencor africanos, junto con la tradicional falsa púnica. Le sobra malicia y le escasea el proceder ingenuo.

Otras razas menos viejas nos están sirviendo de norma para mejorarnos. Carecemos de la sobriedad de éstas, del equilibrio y habilidad en el gobierno propio, de la disciplina de aquéllas, de la perseverancia de las de más allá, de la prolijidad analítica y testarudez de esotras. Nos faltan más acción, más sinceridad, más tolerancia, más carácter, más sentido práctico. Esto no quiere significar que sea motejado su alto y poético distintivo soñador, que construye aladinescos palacios en el aire. ¡Es tan dulce soñar, en medio de los paroxismos de la tierra! Pero la utilidad reclama su tantico, aunque sea tamaño como un grano de mostaza.

—¿De dónde eres niño?, preguntaba en el examen de ingreso a un alegre muchacho de grandes ojos de ensueño que acudía a matricularse.

—Ecuatoriano, señor.

—¿Y dónde está situado el Ecuador?

—En la América del Sur.

—¿Quiénes conquistaron el Nuevo Mundo en la parte que comprende el Ecuador y las naciones afines?

—Los españoles

—¿Qué lengua hablan?

—La castellana, señor, es la lengua oficial.

—Y nosotros, ¿qué idioma hablamos?

—También el castellano.

—¿Cuál es la razón de esto?

El postulante me explica con lucidez la causa, recordando un capítulo de historia nacional y el por qué se denominan nuestros antepasados los Benalcázar y Pizarro. Me empeño en avivar en él la llama del amor a la raza. Me detengo a ponderar los sufrimientos titánicos, las luchas indomables, en lo general, de los hijos de la Iberia cuando la conquista de estas vírgenes tierras, en las que se diría que el aborigen penate, el genio rebelde, propio de su naturaleza exuberante, se resistía a ser hollado por extranjera planta.

La empresa más grande se cubre a veces con un velo que la opaca ante los ojos de la historia, el velo del abuso inherente a la condición humana; pero la luz de las hazañas refulge con tal intensidad, que deja inadvertidas las sombras y encubrimientos. El atrevido empeño colonizador proyectó algunas manchas en su escudo: la audacia,

la ferocidad, la injusticia con el indio, la codicia desmedida, la opresión sistemática, la intransigencia, la ignorancia de estos conquistadores, la inveracundia de aquéllos, las rivalidades entre conmlitones, la astucia y la perfidia de unos tantos. Pero estos crímenes y errores que, como glosó el poeta, más fueron del tiempo que de España, se esfuman, se desvanecen ante las virtudes de la indomable raza batalladora, ante el afán educador y artístico, ante el sacrificio de preclaros varones que lanzan un empujón a la vida entre desconocidas e inhospitalarias selvas, ante el celo que por defender al indio desplegaron algunos seráficos corazones, ante el simbolismo de la quema de las naves de Cortés, que mira de frente al peligro; ante el rasgo audaz de Pizarro y el puñado de compañeros, que dieron un paso adelante, sin que la hostil y desconocida naturaleza les arredrara; ante la bizarría del poeta soldado Ercilla, digno de su *Araucana*. Raza que tales prodigios realiza, es acreedora a broncínea epopeya, brote del numen de algún Homero del Nuevo Mundo.

No la degenera el vicio en su brazo más fuerte: la juventud. La escuela extinga las deletéreas fuentes del alcohol, la morfina y sus derivados que enervan la raza y por ende la nacionalidad. Regenérese con la implantación de gimnasios públicos y de lecciones al aire libre; pero gimnasios al modo griego, en los cuales no se propenda sólo al atletismo brutal, sino también al vigorizamiento

del intelecto y de la conciencia, con premios para la agilidad corpórea y la ligereza de la mente; nobles estímulos para la constancia, talento, carácter, lealtad, rectitud moral, lo mismo que para el desarrollo físico. Si sólo se atiende sistemáticamente a éste, se corre el peligro del endurecimiento—temprana esclerosis que perjudica al organismo—y a la eclipse de la inteligencia, subyugada, por decirlo así, por la lujuriente materia que se enseñorea del colosal atleta. Las escuelas al aire libre vivifican al niño.

El jardín es semillero de educación para el progenitor de la raza. Una planta acariciada por la suave mano del niño, una flor que brotó por sus solcitos cuidados, es un poema de orden, de amor y de belleza. Educa los sentidos, da vuelo a su imaginación, aguista su inteligencia y su brazo, ora preparando la semilla, ora ensayando las herramientas, ora iniciándose recreativamente en una hermosa industria; acumula aire puro y perfumado, obra milagros el jardín escolar.

La familia hispanoamericana ha convenido en celebrar, año tras año, el día del trabajo: conmemora asimismo, con entusiasmo, la fiesta de la raza, que se ha acordado sea el 12 de Octubre, que recuerda la victoria del inmortal sueño de Colón, de esta sobrehumana odisea que arranca lágrimas y gritos de júbilo al medir su excelsa trascendencia, su audacia sublime, pasmo de las gentes. La raza se magnifica al cantar anualmente la oda triun-

fal a Colón, que los niños deben, como el himno de la raza, entonar en las escuelas y los pueblos en la plaza pública, ante el altar del Nuevo Mundo: el monumento a su descubridor. En todas las plazas mayores de la América Hispana se alzan los trofeos a la libertad: yérganse también en las capitales la figura de Colón, erogada por los párvulos, como elocuente emblema de la raza.

Si ella es importante factor social, arráiguense firmemente sus vínculos por medio de la estrecha comunidad entre los padres de familia y la escuela. Convendría fundar salas de reunión, a fin de que maestros y educandos, parientes y amigos, en perfecta armonía, se familiaricen con las pacíficas auras escolares y cooperen eficazmente al prestigio y mejoramiento de los planteles de educación. Que la escuela no permanezca distanciada del hogar; que florezca en la urbe el taller manual y en el campo el agrícola; que se multipliquen las escuelas al aire libre en plena confianza con la naturaleza, y la raza será prolífica como una Hécuba eterna]. Para todo esto, no abundemos en falsos maestros: sepamos crearlos verdaderos, con el prestigio, con el estímulo, con la colaboración social y económica.

Pongamos fe en el maestro y el niño, jamás la raza vendrá a menos, si el sabio mentor le educa como para la eterna lozanía de la gracia griega.

CAPITULO IX

LA LENGUA VERNACULA

La enseñanza de la lengua vernácula es grave tema de sociología y problema tan capital para la vida de la nación, que al Estado le corresponde patrocinarla en su Carta Política. Algunos países cosmopolitas, por el temor de ser absorbidos, han prohibido que se hiciera la menor demostración oficial en otro idioma que no fuese el vernáculo. Útilísimo el conocimiento de las lenguas extranjeras, si empezamos por dominar la propia. Como si se duplicara la personalidad por cada idioma que se posee, el hombre queda triunfalmente habilitado para las luchas más acerbas. Pero de aquí no se desprende el desprecio por el de casa, cimiento para los demás aprendizajes. Choca contemplar a tantas empresas nacionalizadas, a tantas industrias protegidas por las leyes patrias, que hacen caso omiso de la lengua nacional, y anuncios, tarifas, instrucciones, publican en la que de afuera intenta imponerse, con peligro de la hegemonía del país. No es intransigencia, sino celo nacional, vigilar más este punto. De la impre-

ta nacional han salido publicaciones en inglés — temas ferroviarios —, lo que es poner uno como sello oficial, en lo que no se debiera dar ascendiente

El indio que aprende el castellano se civiliza pronto. El progreso arranca del idioma. Difundirlo desde la cuna es acto de racional patriotismo. Considéresele como inextinguible fuego vestal de las escuelas. Para conservarlo, se requiere la cooperación de todos los profesores, además del de gramática, sabio psicólogo que previamente está atendiendo al desenvolvimiento del lenguaje interior del niño, a lo que la ciencia ha llamado endofasia, para que le sea más aprovechable la transmisión del exterior.

A grito herido, pidiendo están ciertas asignaturas que sean immanentes y atendidas por todos, como la lengua vernácula, la moral y la higiene.

Dentro del medio ambiente — para mayor eficacia — todo lo que despierta la atención del niño, todo lo que le rodea, aun cuando parezca redundancia, tienda a este objetivo fundamental, porque fundamento y fin, principio y término, efecto y causa, representan esas disciplinas dominadoras.

En el hogar, los padres de familia sean constantes propulsores, maestros infatigables para aplicación tan provechosa. Imiten lo que hicieron los de Montaigne y Pascal: para consolidar el estudio de la lengua francesa, le puso el primero a su hijo un ayo que le hablase en latín.

desde que abrió los ojos. De este desvelo en llevarle a las fuentes etimológicas, dimanar los claros y célebres *Ensayos*. El segundo, solía encerrar al autor de los "Pensamientos", a fin de que no se ocupase en otra cosa que en el idioma y la gramática. De esas privaciones se destacó, junto con la lengua, la pasmosa arquitectura geométrica.

El hombre, sociable por naturaleza, (ya que la misantropía es indicio de locura) se comunica con los demás por medio de esta materia sonora y palpitante, facunda y evolucionadora que es el lenguaje. De entre todos, el más obvio y preciso, el hablado, porque penetra con más vigor en el alma, con la exactitud de los caracteres y fonemas que representa. Ojos, risas, gestos, golpes, ademanes, gritos, interpretarán nuestros pensamientos, si a veces patéticamente, nunca con afluencia, y otras incompleta, vaga y de cóptica manera, por elocuentes que sean aquellas miradas, preciso aquél accionar y enérgicas esas gesticulaciones. Serían viejas películas de cinematógrafo que se esfuman en seguida, desesperadas de su deslumbradora mudéz. A materiales sin vitalidad, el idioma articulado les infunde su espíritu. En él están compenetradas, arraigadas, formando, por decirlo así, su corazón, la patria, la sociedad y la raza. Tardarán de ser amigos dos pueblos, dos personas, no obstante su vecindad, si les separa el foso del idioma. Subsistirá vigorosa la nacionalidad, allí donde el niño conserve pura la lengua de sus mayores. Los pueblos

han sentido toda la angustia y el peso humillante de la planta extranjera, han perdido su hegemonía, porque no han cuidado su idioma, fuente de unión, manantial de libertad, océano de convivencia social. Admirable y eterno símbolo de la confusión de lenguas en la bíblica torre de Babel: desbarajuste, revolución, fracaso en las empresas, en desatendiendo la vernácula. Los digregados judíos, mezcla de tantas sangres y nacionalidades, aventados por diferentes atmósferas sociales, conservan como perennial recuerdo, como lazo indisoluble de su añorada y dispersa patria, la lengua y la religión de sus antepasados. Desaparecidas, ¿qué restaría de la simiente semita diseminada de un confín a otro del planeta?

Puesto que el niño, al salir de la escuela y encararse de lleno con el fantasma del mundo, ha de llevar algún patrimonio educativo, algunas armas de seguridad y defensa, adárguese, cuando menos, con el escudo de la lengua vernácula, apercíbbase para la peregrinación con las proviciones del vocabulario nacional. Muchos truncan su carrera escolar primaria; unos pocos avanzan por la enseñanza secundaria; quédanse otros, fatigados, en la sección inferior apenas, sin avituallarse para el combate del mañana. ¿Con qué preparación se aventurarán por los campos enemigos? Consolador les sería que perfeccionasen su lengua materna que, en último caso, es materia de primordial urbanidad, de rudimentaria cortesía,

de acercamiento y acicalamiento sociables. Grosería de bulto pronunciar mal las dicciones y escribirlas peor. La buena prosodia y esmerada ortografía son como el ropaje inconfundible del hombre culto. Al rústico se le fotografía a leguas con sólo oírle conversar un minuto.

—Papacito, el hombre que te vino a visitar es chagra, ¿no es verdad?, decíale con firme convicción el aprendiz de gramática, al ver penetrar a [la sala a un sujeto alto, gordo, tostado por el sol, de franco rostro y regular presencia.

—¿En qué le has conocido? ¡Ah! ya adivino: en el poncho.

—No, papá. ¿No recuerdas que vino con levita, sombrero de paja y zapatos de charol?

—¡Pues no acierto! Le notarías muy atento, muy cariñoso. Es bien parecido, sus ojos son azules e inteligentes. Nada demuestra al campesino. Además, es persona de estimables prendas.

—Poco importa— Adiviné el pelo de la dehesa en que al abrazar a Ud. le dijo: «Me alegro que le *hayga* visto», agregando que era *síncero*.

La observación infantil encierra un mundo de enseñanzas.

Por desgracia, nuestra ingénita despreocupación no lamenta el descuido en el hablar de aquéllos mismos que están obligados a distinguirse en el manejo del lengua-

je. No sólo multitud de maestros rurales lo estropean miserablemente, sino, lo que es más, varios de los urbanos. Y no sólo quienes atienden a las primeras letras, sino, asombraos, profesores de universidades y colegios traen al redopelo la gramática, porque la consideran cosa secundarísima ante la majestad de la ciencia, como sino fuera ésta de las más difíciles ciencias. Corrientes literarias de novelería e improvisación preconizan que es desdorado demorarse en ahondamientos gramaticales. De aquí que andan libros y periódicos escritos de bárbaro modo, tan malo como el dialecto de ciertos catedráticos. Suele oírseles en los exámenes arrastrar las *erres*, trocar en *ese* la *ere* antes de la *i* y la *te* (*arismética*), volver pedestre la *ll o*, en ciertos casos, especialmente en algunas provincias, convertirla en *ye*. No es pedir peras al olmo hallar médicos y abogados que no saben pizca de ortografía. Cierta profesorcillo de gramática, que no es ave de verano, me expresó que no le gustaba el «Quijote». Conocí un cónsul ecuatoriano que, sin haber perdido la chaveta, remitía sus oficios al ministerio en una jerga agravada por las montruosidades ortográficas. Como otras tantas puñaladas de pícaro, deslizábanse los burbarismos de bulto por la traidora mano de la pobreza de vocabulario y la impropiedad del lenguaje que nos juegan su mala pasada. Galicismos son epidemia mortífera. Así se propaga, en un periquete, un género de cultura inculta y caen de su burro unos doctores indoctos que alzaron el

gallo. Gramática, santa Gramática, ¿por qué no sois el pan nuestro de cada día, en estas inclementes tierras que tanto se os prostituye y menosprecia?. Toda polémica gramatical debería interesarnos, como noble declaración de principios y reconocimiento de los derechos nacionales del habla humana. Menguado quien los niegue.

La mayor severidad se ha menester para no andarse por las ramas en lo del idioma, a fin de que el niño no eche en saco roto la más insignificante corrección de lenguaje. Su perfeccionamiento es materia de todos los instantes, sin que temamos predicar en desierto o machacar en hierro frío.

—Vayan Uds. a la plaza del mercado, les he repetido a mis alumnos de literatura, y observen la manera de hablar del pueblo, sus giros, sus metáforas, sus frases hechas, el vigor que imprimen a las expresiones. Allí palpita la lengua, este pintoresco elemento vivo, constantemente remozado y lleno de matices; este órgano de mil notas, sonoro y de complicadísimo mecanismo.

Con pleno conocimiento de cómo parlan mozos de cordel, verduleras, fregonas y demás gente de servicio, han efectuado enmendaduras y análisis inolvidables. Más que por nuestras reglas gramaticales, han aprendido la lengua por la lengua misma. En último caso, enriqueciéndola y apoderándose prácticamente de su índole, de suyo y suavemente se ha despendido la gramática, como

jógico resultado. En resumidas cuentas, la gramática no ha formado el idioma del niño, sino que el niño paulatinamente ha compuesto su gramática.

—Ayer oí a dos mujeres que compraban fruta esto: «no todo el monte es orégano», decíame un chico, consultando su cuaderno.

—Significaba que no toda la fruta era buena: habría podrida probablemente, pues la expresión que has oído se refiere en general a que no todo es bondad o placer como se cree.

Cada cual pedía la explicación de un modismo, poniéndome en calzas prietas.

—¿Qué es «meterse en camisa de once varas»? Y ¿qué «tomar las de Villadiego»? Y ¿qué «hacer de tripas corazón»? ¿quedarse a la luna de Paita (Valencia), papar moscas, tomar el tole, poner los puntos sobre las fes?

Llovían los modismos; que era un contento. La chiquillería no andaba a la cuarta pregunta en lo de la curiosidad. Cualquiera, con menos paciencia, ante este chaparrón, habría abierto el paraguas e ídose con la música a otra parte.

Las clases más divertidas y de fresca recordación han sido aquéllas en que la turba estudiantil leía catálogos graciosísimos, formados por ella misma en las plazas, calles y entre galimatías de sus domésticos. Remedaban con naturalidad su dialecto y se daban pisto al trocar en

agudas las segundas personas de singular de los verbos defectillo tan generalizado. Se diría que tocaban el cielo con las manqs cuando subrayaban el *querís, tomá, vení, cogé*, etc., etc.

Era de aplaudirse el acierto con que procedían, sin tomar el rábano por las hojas, ni andarse con pic de plomo.

—El albañil de casa pedía al peón el *balaustre* por el palustre, anota un chiquitín, corrido como una mona.

—El carpintero que arregló el entablado renegaba de su viejo *birabarquin*, agrega otro.

—Pero si eso está muy bien dicho, le observo serio y con cara de pocos amigos.

—No, señor, me levanta el gallo. * Lo propio, *berbiquí*, y no *birabarquin*.

Notaba que el de más allá estaba en brasas por romper a hablar. Tragó saliva y dijo:

La cocinera repite *chogllo* por choclo, *mólog* por puré y salpicón en vez de refresco.

—A ver tú, ¿qué has observado?, interrogo al de las cucamonas y travesuras.

—Que la costurera dice *auja* por aguja y al rezar suspira *aura* y *en lora* por ahora y en la hora de nuestra muerte amén, ganguca con regocijada entonación irónica.

Conviene hacer resaltar la diferencia entre las in-

correcciones del lenguaje y la necesidad de los neologismos, verdadera riqueza de las lenguas, lo mismo que el conocimiento íntimo de los provincialismos y americanismos, valiosas locuciones que han entrado al acervo léxico. Las lenguas son capitales en giro, que crecen y se multiplican: subidos intereses son los neologismos y americanismos. Ingentes servicios prestará el laborioso y meditado Diccionario Hispano — Americano de Mariano Ponceda, el de Americanismos de A. Malaret, el Libro Raro de G. Picón-Fébres, etc, por la riqueza de voces criollas.

—En Guayaquil llaman palta al aguacate, salta por ahí un bullicioso.

—No sólo en Guayaquil, sino en el Perú, Chile y en otros países americanos. En Venezuela algunos le denominan *cura*, y a su médula, almendra o pepa *jurapo*. A nuestro ají dicen *chile* en América Central, *chicás* en Mérida y pimiento americano en algunas ciudades de España. A la choclotanda quiteña, humita en otras partes, a la raspadura dicen *chancaca* en el Perú, *panela* en Cuba, Colombia y otras naciones. *Papelón*, en algunas a la misma meladura ya cujada en cónicos moldes. A la jícara decimos *pilohe*, *mate*, *totuma*.

Cada cual iba agrandado su lista con anotaciones infantiles, muy curiosas algunas, fruto del trabajo personal. Sin esfuerzo ni aburrimiento, han enriquecido su vocabulario y lo han fijado correctamente, porque las rectifica-

ciones y comentarios a tiempo son indelebles.

Cierto precoz estudiante ha consignado una rara anotación en su cuaderno:

«He tratado a dos familias de gringos amigos de casa. La una debe de ser de la ciudad; la otra del campo» Me quedo a buenas noches al principio; discurro después acerca de lo que acontece a los extranjeros, — sobre todo a los de idiomas que no son afines a las lenguas romances, como el inglés, — a los que resulta difícil el aprendizaje de la castellana, que requiere constante desvelar hasta conocer su índole.

—Ya están cuatro años, me responde. Y estrechándome de cerca agrega: «Llegaron al país en una misma época; pero la una familia habla muy bien el español, la otra muy mal».

—Se habrá la una dedicado más, será más inteligente, digo, multiplicando las conjeturas.

A todo recibo redarguciones triunfales, que demuestran claro raciocinio. Casi vencido, se me ocurre preguntarles:

—¿A qué punto del Ecuador habrán llegado cuando recientemente vinieron de su tierra?

Las respuestas del listo muchacho me inducen a encontrar la clave.

Amigas y compañeras de viaje ambas familias norteamericanas, la una vino directamente a radicarse en la

capital y trabó amistad, desde el primer momento, con personas distinguidas y paisanos que hablaban más que regular el castellano; la otra, por asuntos comerciales, se vio obligada a quedarse en un poblacho de la costa ecuatoriana. A primera vista, nada parece indicarles esto. Pero hago resaltar la influencia del medio ambiente, y el problema se despeja con claridad meridiana. Ninguna sabía media palabra en español; pero en tanto que la más afortunada oyó hablarlo bien a las personas decentes; la otra, enrolada por necesidad con trabajadores y gente montuna, aprendió disparates, que se les pegaron tanto, que fue difícil enmendarlos, porque es más obvio aprender lo abstruso y de primera mano que corregir defectos, pues el que malés mañas ha, tarde o nunca las perderá.

—De veras, me dice el chicuelo, ahora caigo en la cuenta: la una parece familia de montañeses que me imagino bozales esmeraldeños; la otra, tiene un dejo quiteño, al pelo y capaz de llenarle el ojo.

Han surtido magnífico efecto los ejercicios de conversación. Me intereso porque el niño narre en el aula lo que ha visto afuera, lo que ha oído, los paseos que ha hecho, lo que ha escuchado leer, lo que le contaron sus compañeros, empeñándome en que repita a su modo el argumento de alguna poesía, un capítulo de Cervantes, una leyenda interesante que acrezca el repertorio de locuciones. Bajo la metódica dirección del maestro, todos los a-

maneramientos van pulverizándose por ensalmo, hasta que la conversación fluye cada vez más tersa y espontánea. Quienes se detenían, contando las palabras como si no se les ocurriese el término apropiado, buscan ahora frases similares y veces sinónimas; quienes sembraban el relato de repeticiones y muletillas, tienen a prevención vocablos nuevos y abundantes; que evitan el descoyuntamiento de las oraciones y la monotonía; quienes pronunciaban cantadito y con ritmo de letanía, modulan hoy la voz y renuevan sus inflecciones; quienes se envolvían en obscuridad laberíntica, ensayan la construcción natural y analizan el hipérbaton. Así, burla burlando, ellos mismos se encargan de corregirse. A la postre, doble mérito: afianzamiento de la atención y borradura del error, que cada cual puntualiza en el compañero.

—Tú a cada rato repites *ahí entonces* y *ahí entonces*, le sopla el compañero.

—Y tú nos desesperabas con el comodín de *y después* y *después eso, eso, y la cosa* para arriba y la cosa para abajo, censuraba un diminuto parlanchín.

Dos años que, para quietud de mi atribulado espíritu, pasé las vacaciones de navidad en una hacienda no muy apartada de Quito. El tren, después de media hora, nos dejaba en un hermoso paraje circundado de verdor, desde el heráldico sinoble de algunos sembríos hasta el verdinegro de la masa de árboles que recortan la coli-

na de esmeralda. A lo lejos, como un negro fantasma, se erguía el tanque. Allá llegaba jadenate la locomotora, cual un monstruo sediento. Paseos a los pueblos inmediatos, excursiones a caballo, encuentros al ferrocarril que pasaba raudo con su penacho de humo como un plumón gigante; vagar por las enormes dehesas en las que la vaca enterraba su partido casco cual en mullida alfombra; retozo a pleno sol, anciosos de la soñada dicha que nos revelara el «trébol de cuatro hojitas», amena charla en torno de la soflama de hojarasca de eucaliptos, nos dejaban rendidos por la noche. No volvíamos a salir ni en las de luna. Reuníanse en el salón muchos chicos de la crecida parentela del dueño de la rica alquería. Cuando los juegos de prendas se agotaron, opté, para curar la monotonía, por distribuir premios al que mejor refiriese un cuento. Algunas señoritas amablemente entraron en el concurso. Sentábase al medio de la reunión el niño, como si tratase de rendir examen. Al comienzo, las risas y pullas interrumpían el relato. Después, la curiosidad y el interés le aquietaba. La familiar escuelita circundaba muy atenta al familiar Herodoto en ciernes. Diríase que le devoraban con los ojos. Sacaban a relucir pintorescas mezcolanzas de cuentos de Calleja con los de Grimm y Perrault, recortes donairosos de lo que oyeron a la servidumbre, zurcido de viejas, inventos y gracejos de propia cosecha. La velada era deliciosa. Sentábase revivir

con su cálido perfume el ensñado jardín de la infancia, el recuerdo de mejores días y nos hacíamos la ilusión de volver a ser inocentes y soñadores, despreocupados y buenos como aquellas angelicales criaturas que despertaban los castillos en el aire de la bella durmiente del bosque, los encantados palacios de Aladino y las tétricas taonas guarida de trasgos y duendes. Resurgía el emocionante entretejer de Scheherezada, tela de precisas feligranas orientales, interminable como la de Penélope. ¡Cómo narraban! La jeringoza infantil fue puliéndose en noches posteriores. Rara ocasión incurrían en lo mismo que se había corregido: El anhelo de obtener moneda una reluciente, les transformaba en regulares hablistas en infantiles y adorables sustentadores de un purismo ingenuo.

Alternaban niños con niñas en lo de exhibirse en berlina, derrochando en sus comienzos barbarismos y ristra de frases vulgares. El lenguaje se modificó, salió de pobreza. Era de círese cómo iba en crescendo el murmullo de los reparos colectivos. Refamos todos. Aquel sonreír de cielo ya no tornará. Los parientes no cabían de contento. El sueño huía aun en las más frías noches, cuando el viento rugía afuera y la lluvia repiqueteaba en los cristales de la galería. Tronchábase una que otra rama del vergel. Un gato maullaba allá en un rincón, magnetizando las ascuas de sus ojos. De la lejanía iban llegando apagados mugidos como queja que se disolviese en



el infinito. Del pesebre salían roncós ruidos de cosas y chapoteos. Todo quedaba ahogado en el general regocijo de las pueriles y embriagadoras narraciones. De pronto, algún chusco rompía el deleitable ritmo con un grito medroso: «¡Ya viene el padre encantado! ¡El coco!»

Renovaron el repertorio de cuentos con los de la «Colección Araluce» que les regalé: viajes de Gulliver a Lilibut y Brobdingnag, historietas de Guillermo Tell, leyendas de los peregrinos de Chaucer, fábulas de Esopo, entretenimientos de Hans Andersen, páginas diminutas de Homero y otras obras maestras al alcance de la inteligencia de los niños, arregladas con escrúpulo, en orden a la nimia sencillez, claridad y belleza cautivadoras.

Utilísima tarea es también la lectura en voz alta, que atienda a la recóndita psicología del autor y a las variantes de la puntuación— que me parecen como las aspiraciones musicales— que está indicando la evolución lenta del idioma. Compárense las publicaciones antiguas con las actuales, y se verá que muchos signos de puntuación datan apenas del siglo XVI.

Da grima oír leer a la mayoría de las gentes. Lo más sublime y sutil metamorfoséase en ridículo y pesado con la desmayada lectura, embarazosa, mecánica, sin talento. La buena lectura es base de toda declamación. Implica el conocimiento de las cláusulas y de sus proporciones principales y accesorias, de la manera cómo están

construídas y coordinadas entre sí, en armonía con el orden lógico del discurso, y sujetas a la claridad y unidad que deben imperar en ellas siempre.

Un capítulo del «Quijote», analizado y leído con este criterio, aprovecha más que extenso libro de complicadas reglas. Me ha sucedido detenerme hasta dos meses en la primera cláusula de la mágica obra: «En un lugar de la Mancha, etc.» y obtener más aplicaciones y resultados de ella que de tantos largos y engorrosos textos. Hasta para las prenaciones métricas me ha servido. Empezaba la primera y sugestiva página: la leía sin ninguna cadencia musical, después con más lentitud, una tercera y cuarta vez con más pausa, que iba englobando la ideología y el análisis, hasta entrar en el sentido íntimo, en el valor de los giros, en la naturaleza de los modismos, en el alcance de los refranes, en la escondida vena irónica y regocijada. ¡Qué enseñanzas, qué moral sintética las de aquellas sentenciosas frases populares! Leído de este modo el prodigioso capítulo del «Quijote», valga por una biblioteca entera, auténtica— y no la formada por aquel rico de la fábula de Iriarte— despachada a la carrera.

Alternaban las lecturas en prosa y verso. Cuando les tocó el turno del eternal poema de Olmedo *La Victoria de Junín — Canto a Bolívar*, después de repetir más de dos veces la lectura de las dos primeras estrofas, el

cambio concertado semejaba al de una decoración teatral. El mamarracho mal vestido iba reemplazando su astrosa indumentaria con un ropaje limpio y elegante. Entonces resaltaban los cadenciosos matices, la aliteraciones elocuentes, el ritmo seductor, las atítesis persuasivas, las epifonemas rotundas, el vigor y énfasis de los versos de acero. La melódica lectura se engrainaba con las flores de la armonía imitativa y el modular dulce y artístico. La sombra había tomado cuerpo: la pesadilla era una hermosa realidad.

Como corolario de estas interpretaciones de clase, lentas y comprensivas, variadas y armónicas, les aconsejaba que todos los días leyesen en sus casas, siquiera veinte minutos, a fin de que oyéndose a ellos mismos, afinaran la voz y educaran el oído. La costumbre es tan provechosa como la de las clásicas audiciones musicales para educar el gusto. Igualmente es de suma utilidad el atinado manejo del diccionario, sobre todo para desvirtuar las dudas etimológicas y ortográficas; pero no con el miedo reverencial del que se ha referido Alfonso Daudet al recordar una conversación con Tourgueneff.

—No dejen pasar una sola palabra sin que sea comprendida por Uds. Si vacilan en su escritura, consulten el léxico. Nada hagan mecánicamente, les repetía con vehemencia.

Para infundirles amor a la lectura y a la lengua

nacional, les glosaba, extendía y desmenuzaba el comentario de aquel bello pasaje del intenso Eugenio D' Ors (Xenius) acerca del niño y la biblioteca, brote de su florilegio de aromáticas y educadoras anécdotas. Deslumbrado el infante ante un libro nuevo, que le atrae moral e intelectualmente, exterioriza su admiración, su asombro, su pasmo, tal vez su temor, quizá su pavora, su éxtasis, casi siempre su curiosidad, porque ese vistoso libro nuevo, de pastas relucientes, le inquieta, le atrae, le desconcierta. De aquel libro, que el acaso depositó en sus manos, que inconscientemente compró al pasar por una librería, se desprenden consecuencias decisivas, actos definitivos: la vocación se acentúa, cambia de rumbo la vida, el incierto camino se despeja, conoce con claridad la rúa que le convenía, escucha cómo una amigable voz misteriosa.

Ese libro cariñoso y desconocido encierra por ventura el tesoro de nuestra lengua. Acaso es una antología sabiamente seleccionada. Tal vez ahí están los pontífices del idioma, desde el siglo llamado de oro con Cervantes, Quevedo y Mendoza, hasta las jerarquías del actual, con Galdós, Martínez Ruiz, Ricardo León, González Blanco y tantas celebridades contemporáneas, de la lírica de afiligranado primor y de raudo discurrir en transparente prosa. Quizá sea una colección americana y aice allí su alba y magestuosa cúspide, como la del Chimborazo, el nítido maestro Montalvo que, al decir de un pensador

moderno, llegó a poseer la conciencia del lenguaje castellano. O sin duda, junto a él, en regia guardia de honor, estén sobresaliendo un Bello, un Cuervo, un Baralt, un Palma, un Isaza, los Caro, los Restrepo, los Calcaño, los Obligado, los Amunátegui, un Rodríguez, un Tobar, un Cevallos, un Vásquez, un Argüello, un Sánchez, un Carrasquilla, un Casasús, un Tejera, un Batres Jáuregui, un Membreño, un Gavidia, un Medrano, un Ciro Bayo, un Aristides Rojas, un Gagini, un Berro, un Taborga, un Flamenco, un F. A. de Icaza, un José de Armas, un Picón - Fébres y cien más que han limpiado, impreso, conseguido fijación y cubierto de resplandor a la melíflua lengua que como un himno onomatopéyico resuena en varios continentes. Sería de desconfiar del joven que no exterioriza su entusiasmo, su deseo de averiguar algo ante el flamante libro.

Si éste fija con caracteres indelebles el idioma, el mal traducido lo asesina. Evitemos las versiones descuidadas y aquel género de literatura que por exagerar el color local habla en jeringoza y plaga de extravagancias su abigarrado lenguaje.

No sólo para el niño, para todos, obedece el lenguaje a un proceso imitativo, a una gradual relación de sonidos, a una asociación de fonemas, a un acto ilativo de las palabras con lo que nos rodea, a un vital factor del juicio, a un vehículo de generalizaciones. El lenguaje es

la más alta función pedagógica. He aquí que el papel de la madre sea decisivo. Ella le balbuce con amor los primeros calificativos, le musita los primeros tiernos mimos, le murmura palabras dulces que el cariño le dicta; ella le prodiga los primeros consejos y le enseña el nombre de las cosas que antes nunca vio; ella construye el lenguaje de la infancia, arroja los primeros granos. Haga sus siembras con semillas frescas y puras, esta afectuosa maestra, esta sublime sembradora. Acostumbre que sus hijas le dirijan cartas. Tienen doble importancia: fijar su lenguaje y abrirles su confianza.

Conjuntamente con la lectura, sea en la escuela más atendida la redacción de cartas. Sencillas son y, por lo mismo, íntimamente psicológicas. Género más difícil, mientras más trillado y abundante, requiere por lo mismo apartarlo de la vulgaridad, sin que por esto se desvirtúe su espontáneo filón inagotable..

Fuí amigo de cierto célebre general de la República que ha dejado trazadas, con hechos públicos, algunas páginas de la historia ecuatoriana. Me refería, sin eufemismos, que allá en la montaña, en su aduar natal, no tuvo más luz, aunque mortecina, que la escuela.

—En ella, a duras penas, aprendí a leer y escribir, me decía, suspirando al añorar a su rudo y viejo maestro.

Guardábamós silencio un largo espacio. Parecía él

meditar en un pasado nebuloso; yo me inclinaba con respeto ante esa cabeza tostada por el sol, en la que destellaban algunos rayos de plata.

—Como fui de carácter impetuoso, dos veces me expulsaron de ella, prosiguió el jefe, saliendo de su meditación. Después no he tenido más escuela que la vida con todas sus campañas. ¡Leer y escribir! He aquí mi único tesoro, que derroché sin saber lo que desperdiciaba!

En ocasiones, con un poco de gramática y otro poquillo de aritmética, en el peor de los casos, se podrá bregar, con el fuerte carácter por piloto, en el agitado piélagos de la ciudadanía, como el famoso general de mis recuerdos, que ocupó distinguidos puestos y fue candidato para la primera magistratura nacional, presentada por respetables intelectos. La incesante lucha de su largo existir pulió su selvática lengua vernácula, cuyas prístinas asperezas desbastó la escuela.

Pero para tal pulir, y por lo mismo para el esforzado triunfo, ¡cuánto carácter! Sin el esfuerzo propio, no se llega al vencimiento. Muchos que contaron con magníficas armas se dejaron derrotar, porque les faltó la principal: la voluntad firme.

CAPITULO X

LA TOLERANCIA

El fin de la educación, como fruto de árbol frondoso y útil al viajero, de árbol que enraice en lo profundo, tiende a ser muy sólido y muy humano. El viajero, a su sombra, siéntase a descansar de la jornada terrena y repara sus fuerzas con la madura fruta que le brindan sus ramas. Pronto el niño, quizá precozmente impelido por la dura suerte, entrará en la vida, complicada y acerba. Es menester, por lo mismo, que acentúe, como una fina silueta, sus relieves personales. Deje palpar su auto—educación, que está probando que supo asimilar con provecho, que no le pasaron inadvertidos detalles que la observación propia enriquece y fructifica, que el yo distribuye, como discreto tipógrafo, en el cajetín conveniente.

La era del *magister dixit* va entrando en el ocaso, por fortuna. Nadie osa— vano intento en la mayo-

ría de los casos— presionarnos con sus ideas. Aquellos prejuicios que, como huracanes epidémicos, han arrastrado odios y errores de padres a hijos, se extinguen, ya no rugen. Son voces que claman en el desierto. En cierto sentir muy humano— en especial cuando vocaciones se vislumbran— tampoco prevalece el tiránico *pater impositus*. Por dignidad de la conciencia moderna, la manera de suministrar conocimientos es hoy más franca y espontánea: no se guardan ya bajo siete llaves los secretos de la ciencia. En muchas disciplinas la enseñanza es meramente sintética y expositiva: se exhiben todas las teorías y sistemas, se dan a conocer las opiniones favorables y desfavorables, se muestran los varios caminos, se insinúa la bondad y rectitud de algunos; pero no se marca con «úkase» brutal la huella que debe seguirse. ¡Oh, bienes de la tolerancia que contribuyen al florecimiento de las almas! Ellas se orientan, más por la bondad que por el rigor, terco y unifasético.

En la nación, en la sociedad y en la familia, la intolerancia como que fuese extinguiendo, con el racional frescor de la armonía, sus llamas infernales: de ahí nacieron otras guerras interminables y sangrientas, rencores hereditarios por generacioniones de generaciones, letales prejuicios que con brusca y férrea mano borraron el primordial amor al prójimo, la ingénita caridad, el respeto a la convicción ajena.

Tomar a pechos una idea, difundirla con entusias-

mo. sostenerla con sinceridad, valor y fe lumínica es cosa muy distinta de cerrarse a la banda, sin soportar siquiera el planteamiento de la contraria, con mente roma y ánimo hostil, monopolizador de una sola causa. Pobre de recursos espirituales quien intentando está reducir a polvo al que no piensa igual, al que no duda.

En el ansia de inquirir la verdad, brillará más ésta si abundan la discusión serena, el razonamiento comedido. Nobles armas son que merecen acatarse, ya vengan de las antípodas, ya se sustenten por cualquier mentalidad, ya se manejen por las razas inferiores, ya procedan del más encontrado campamento.

La paz doméstica se oxigena por la tolerancia. Si florece en las familias, perfume también las colectividades, para que el odio no las envenene ni el egoísmo las asfixie.

La escuela debe ser santuario para todos los peregrinos, vengan de Jerusalén o de la Meca, para todos los viajeros del saber que arriban de las más opuestas playas; seguro navío para tripulantes cosmopolitas. En la Grecia libre se sustentaron con adorable tolerancia, las hipótesis más disparatadas. Los satíricos y cómicos, salpicaban de donaires los campos de la religión, de la política, de la celebridad intelectual, sin que nadie protestara ni se amoscara. La gran ágora era tribuna abierta a todas las ideas.

—¿Puedo adivinar lo que pasa dentro de su con-

ciencia, querido niño?, pregunto al más audaz rapazuelo muy lector y estudioso.

—Me queda mirando con curiosidad, como si buscara el objeto de la interrogación extraña. Calla. Se pone de pie, pero cerrados permanecen sus labios. Repito mi idea con más vigor, reforzándola un poco.

—No hay poder humano que lo pueda, me dice, volviéndose una grana. Nadie columbrará lo que siente mi alma.

—¿Qué siente?

—Es menester que los revele.

—¿Tendrán derecho a reírse de la revelación que haga Ud., por disparatada que sea?

—No, señor, porque soy acreedor a que se me respete, así como yo respeto a los demás.

De esta manera se han sustentado en clase ideas atrevidas, en ocasiones contradictorias, sin que la burla y el enojo las violenten. Los niños leen con tranquilidad y en voz alta sus combinaciones en prosa y verso, sus ensayos, sus cartas, esbozos geniales, mamarrachos susceptibles de reforma, sin que nadie les mortifique. No se corren, no ahogan su dictado interior, original, hasta sublime a veces, en medio de un matorral de ripios o una selva de barbarismos. La consideración mutua se ha arraigado tanto, que no se rieron de un pobre chicuelo que adolecía de un defecto de conformación, se entraba y repetía las sílabas, vocalizando lastimosamente. Le

hice leer en voz alta, insistí en que recitase, trabajamos juntos con empeño para vencer las dificultades del frenillo, y ni el gago se avergonzó, ni sus compañeros le motejaron. Entonces una revelación iluminó mi alma y vi con claridad que la tolerancia es amor, alianza entre los hombres, flor humanal, caridad y fe en todos.

El menosprecio por el pensar ajeno engendra intransigentes, el egoísmo los desarrolla, la ira los engorda. Es tan pigmeo el orgullo humano, que no se atreve a reconocer sus faltas, a confesar sus errores. «No digáis que me he equivocado», le grita el inconfeso amor propio.

América está llamada a ser tierra de libertad y de tolerancia. Las luchas sangrientas por estrechas ideologías son un absurdo ya en muchos pueblos.

—No conocemos la revolución religiosa aquí, me escribía un pensador uruguayo. Hace muchos años que no podemos siquiera explicarnos la posibilidad de que exista en otros países.

La misma idea me manifestaba, a correo seguido, un publicista argentino.

América está enarbolando el faro de la tolerancia. (No he querido decir lábaro ni bandera, porque supone círculo determinado, abanderizamiento). Allí donde se reúnen hombres de todas las razas y de todas las religiones y se ponen a trabajar sin descanso, en armónico gobierno; allí está abierta, como un gran corazón palpitante, rítmico, uniforme, la rosa de la tolerancia que

es aroma tonal, isocronía e inteligencia. Estados Unidos, Argentina, México, Brasil, emporios de inmigrantes que han comulgado en la religión de la concordia, presagian su progreso con la tolerancia. Cuando falta en política, brotan, se multiplican, como plantas venenosas, las guerras intestinas: cuando falta en privado, la riña del hogar emponzoña la atmósfera y disgrega a la familia.

Enrique José Varona, al ponderar la obra ejemplarizadora y evolucionista de Emerson, emite estos conceptos acerca del florecimiento de la democracia americana, democracia, es decir, tolerancia, popularización de ideas: «La plena igualdad civil armonizando todos los antagonismos individuales, la identidad de funciones políticas desembarazando el camino a las más varias capacidades, las diversas esferas del Estado girando con amplitud extrema en sus órbitas respectivas, la Constitución, paladión sacratísimo de la vida nacional, venerada en todos los corazones, defendida por todos los ciudadanos, consagrada e inmortalizada por el respeto público, la voluntad, la suprema voluntad de un pueblo libre impulsando hasta en sus menores detalles la máquina complicada de tantos gobiernos regionales aunados para formar el gobierno central de la República; y todo esto frente a los residuos aun visibles de la vieja organización feudal de los estados europeos, de las pretensiones siempre vivaces de los antiguos privilegios, de la separación y pugna

-de las clases sociales, de la multiplicación y embarazo de todas las ruedas gubernativas, de la centralización capital en provecho de una parte del país o de un grupo de individuos, del capricho, los intereses o las ideas de unos pocos, árbitros del porvenir de la nación. ¡Qué hemos de extrañar, pues, si a los ojos de la vetusta Europa el espectáculo nunca imaginado de esta espléndida fundación, obra toda de la libertad, se presentaba como algo radicalmente instable, cuando no de todo punto fuera de las leyes comunes a las sociedades capaces de realizar armónicamente sus destinos! Viendo coexistir en paz todas las confesiones y respetada la propaganda de todos los sistemas; mirando con extrañeza los ensayos, de nadie contradichos, por llevar a la práctica las más singulares teorías; observando el nuevo espectáculo de una accesión constante de elementos heterogéneos, de hombres venidos de todos los países, y no para trastornar, sino para consolidar el orden de cosas existente; contemplando, en fin, por vez primera, al hombre en pleno uso de su actividad, sin cortapisas artificiales, sin impulsiones extrañas, en toda la integridad de su independencia, en medio de sus coasociados y frente a la organización pública, y que lograba realizar por este medio la más perfecta obra de cooperación de que ha tenido ejemplo el mundo, y aliar en la esfera política los dos principios tenidos por opuestos del orden más inquebrantable y de la libertad

más entera; los más de los pensadores del viejo continente, sumisos a la rutina y atentos a sus prejuicios, hallaron tan desmentidas sus doctrinas, sintieron confundirse de tal modo sus nociones, que acabaron por no darse cuenta de lo mismo que estaban viendo».

—Si mi condiscípulo no es de la religión que yo profeso, ¿puedo reunirme con él o tengo derecho a exigirle que identifique con la mía su conciencia?, me pregunta el más desarrollado de los alumnos de moral, que en la calle ha oído a una mujer cubierta de negro de pies a cabeza, inclusive la cara, aconsejar a un granuja vendedor de periódicos que huya de las malas compañías, «sobre todo de los herejes y masones».

Busco entre el auditorio a su competidor en conocimientos, franca y lealmente, y de ningún modo con estrecho prurito de rivalidad.

—Conteste Ud. por mí, para apreciar su raciocinio, le ordeno con una sonrisa.

—Muy bien, dice, con presteza.

Se yergue con garbo, pasea su dulce mirar por la clase, ilumina su rostro dejando ver sus blancos dientecllos de su boca regocijada, y rompe a discutir. Su actitud capta simpatía. Tratan de aplaudirle a las primeras frases. Les insinúa que le dejen concluir para pesar sus razones. Habla con profunda convicción. Los chicos no le pierden sílaba. Su epílogo o corolario amable es éste:

—Su conciencia es libre. Nadie puede entrar a violar su tabernáculo, canta la melodiosa infantil voz. Si su conciencia se manifiesta en actos exteriores, cuidaremos, con respeto y tino, de que sean morales, de que no perjudiquen a los demás ni alteren la armonía de la clase.

Le baten palmas con cariño. Su émulo le estrecha con calor la mano.

—¿Alguien piensa de otro modo?

Silencio sepulcral.

—No tengan temor, sean francos. Expongan su parecer. ¿Quién difiere de lo que acaba de oír?

—Yo, señor, observa un grandullón, pues a mis padres les he oído decir lo contrario; pero acato la opinión de mi compañero.

—Bravo, bravo, le aprueban algunos, que no ignoren el aferramiento de su familia.

Entonces les explico, de amable y preciso modo, que lo que sus padres le han dicho quizá puede discutirse con sobra de argumentos. Termino por leerles una página parlamentaria del Dr. Felicísimo López, relacionada con su vida pública. El capítulo me entristece hondamente; pero me esfuerzo por no empañar la general alegría. Mis recuerdos se atumultúan, pugnan por salir precipitadamente, para no martirizarme más.

Al llegar a este punto, una nube de melancolía quiere, pese a mi resistencia, empañar mis ojos con el llan-

to. Concluyo la clase un cuarto de hora antes.

—Estos pocos minutos de recreo por el triunfo de la tolerancia, digo a los queridos alumnos.

Salen ufanos. Se oye cuán entusiastas discuten, con cuánto calor charlan en el patio.

Quédome solo en el aula. Medito y me conmuevo. ¡Cuán felices los que ahora se educan! Vendrán mañana nuevos sistemas, flamantes teorías, extraordinarios métodos, rápidos procedimientos; ¿pero cómo olvidar el soplo humano de hogaño? Un sombrío cuadro retrospectivo desplégase entonces a mi vista. ¡Cómo me eduqué yo! ¡Cómo se educaron los de mi generación! Sacrificios, dolores, desprecios, indiferencia, en séquito angustiador, como una teoría de fantasmas, desfilan ensangrentando mi alma. En medio de tantas sombras y angustias, sólo la tenue claridad de un alba apunta: la sabia pedagogía de un sabio holandés, al que en otros lugares y siempre que vino al caso, me he referido con gratitud y cariño. El noble anciano, Juan Stappers, modeló algunas almas, dejando en ellas las rectas líneas de la disciplina y laboriosidad. Su figura, magestuosa y dulce a la vez, se encumbra como la de un filósofo amable, sugeridor de ideas y de acciones. Los demás... ¡ay! los demás ¡cuán tercos e intolerantes fueron! De ningún modo me refiero a la instrucción primaria,

Recuerdo que cuando mozo en clase ocurríanseme du-

das infantiles, dificultades quizá risibles. Ponfame de pie, todo tímido y avergonzado, a preguntar con respeto, con humildad a mi maestro, el padre profesor de filosofía escolástica, autor de un texto que, abultado y reluciente, pleno estaba de todo, menos de ideas y fecundas sugerencias. Encolerizábase éste. Llamadas subían a su rostro. Mostraba en un rictus de indignación sus dientes postizos. Con risa, más que sardónica, latebrosa, me soltaba las lindezas más abochornadoras, de tal modo que ante mis compañeros quedaba peor que un trapo sucio. Esto les agujoneaba la burla inclemente. Era el blanco de burlas y sátiras hasta de mis mejores amigos. A otros, quizá más afortunados, no sabría decirlo; a otros que preguntaban les hacía arrodillar en las frías piedras sillares. Así nos ahuyentábamos. Nuestra curiosidad descendía como plomo a los talones. ¿Qué ánimo para inquirir nada desde entonces? Así también aprendíamos a reírnos del ajeno pensar, por palmario que fuese.

—Ved al *sacha - volteriano*. Siéntate, sinvergüenza, chichero, gritaba con furia el profesor de filosofía escolástica. Pálidos nos acoquinábamos, inclinando con resignación la cabeza. Algunos, más impresionables, diríanse que se hacían un ovillo. El ansia de investigación, como licor acidulado, fermentaba, descomponiéndose en rabia y despecho.

Sospecharíanse de exageraciones estos tristes cua-

drós; pero hay más desgracias a que aludir. Quitaban con grosería las cubiertas de los libros, porque iban forrados de periódicos liberales. ¿Biblioteca? Ni en pintura.

En una dichosa ocasión me comisaron las inocentes fábulas de Samaniego e Iriarte, mis inolvidables premios de la escuela. Deben existir esos despojos en el montón de libros del plantel que no eran ¡ay! para nosotros los infelices estudiantes. Estigmas la pobreza y la obscuridad de cuna. Para los estudiantes ricos o de tradicional aboíengo, los privilegios y las concesiones, que ellos pagaban magníficamente.

No se me ha borrado el susto que experimenté un infortunado mes de mayo. Vi la expulsión en puertas. Me formaron causa, castigándome severamente, porque me sorprendieron en salón leyendo una noche «María» por Jorge Isaacs, novela sentimental e inofensiva. Nada de amores, nada de idilios. Todo ello un crimen acreedor a punición tremenda. Sofocado el temprano despertar del alma, las inclinaciones tomaban siniestros vericuetos.

Testigos son mis coetáneos, mis condiscípulos, quienes, puesta la mano sobre el pecho, confirmarán estas verdades aflictivas. No hago citas personales; pero ellos saben muy bien a quienes me he querido referir. Un escrúpulo de santa tolerancia me detiene la diestra para escribir sus nombres. Y no se crea que el tiempo evocado, está muy lejano. Es de ayer no más, pues fresca ju-

ventud retoza entre mis contemporáneos. Son tal vez relatos ruborosos, y enternecedores para la época actual. Con todo, ecuánime, sereno, con madurez de intelecto, no odio a los que tan mal me trataron. Al fin fueron mis maestros. Amos se creían ellos, pues su poder era omnímodo. Nadie osaba hacerles competencia. El Estado les sostenía y rentaba. Habían monopolizado la educación y la amasaban a su sabor. Pingües contratos por luengos años les garantizaban. Si eran semidioses, ¿cómo exigir una mirada de ternura para los pigmeos mortales? Quizá no tuvieron la culpa. El poderío y la impunidad les marcó. ¿Quién se aventuraba a criticarles? Tal vez procedieron de buena fe, obedeciendo a una tradición de rigorismo y a un plan determinado de estudios, a una razón política. Al recordarles, me conmuevo por los jugosos años desperdiciados, por mi frescor marchito, por mi retardada orientación, por las muertas horas transcurridas, por los días que, echado fuera de la clase, pasé en el frío corredor, a causa de no irrecuar tribunales de penitencia. Con todo, miro al pasado sin rencor— más bien con cálido cariño que se esfuma a la distancia— pues un imperativo categórico de mi conciencia me musita: «fueron tus maestros; perdónales». De volverlos a ver, les abrazaría con piedad; lloraría, ocultando en sus pechos mi cabeza.

Ímido me criaron, no satisficieron mi sana cu-

riosidad, no regaron en la tierra virginal sugestivas sifmientes. Mucho me hicieron padecer. Pisotearon mis inclinaciones. Burla fue el estímulo. Permitieron que me martirizasen mis colegas más fornidos. Hincarnos de rodillas era el más vulgar de los castigos. Hasta de hinojos nos forzaban que pasásemos el amargo alimento en el refectorio general. Todavía me duele el corazón con estas retrospectivas imágenes; me duele— sin ejemplar metáfora— físicamente esta víscera elástica que tanto se ha desgastado desde los primeros años. Quizá con ese rigor provocaron la protesta, aferraron mi porfía al trabajo y retemplaron mi carácter. ¡Benditos sean!

—El parque de la Independencia, ¿es el mejor de la América del Sur?, me pregunta un muchacho.

Otro se pone de pie y dice:

—En la calle oí comparar a Montalvo con Castellar.

Explico a los alumnos que el vicio de alterar la justicia distributiva por cartas de más o de menos conspira contra la virtud de la tolerancia equitativa. Ceguerras del patriotismo no permiten censuras contra nuestros defectos. De modo análogo se empecinan en creer que todo lo que poseemos es superior en el mundo, inclusive el Chimborazo. Es preciso serenamente pesar los propios valores, sin hipérboles perjudiciales. El que viaja, comprende que en otras partes hay maravillas. En nuestra patria las hay igualmente, pero no se las han de

situar en plano tan elevado que se pretenda presentarlos como los mejores del mundo. Esto es candidez cívica.

Ni a título de propaganda «turística» hay que exagerar, de tal modo, que se desfiguren las cosas de tanto agrandarlas. Es pecado contra la verdad tolerante, pero no adulteradora de los hechos.

Tampoco es prudente trazar comparaciones que a la postre hieren. De Montalvo he amontonado alabanzas. No por esto se le ha de equiparar con el insigne gaditano Emilio Castelar, que en la tribuna era sorprendente.

Montalvo no fue orador. Tenía dificultad de producirse a viva voz. Su palabra «era lenta y monótona»; dijo Núñez de Arce, según lo recuerdan prolijos biógrafos montalvinos.....

La tolerancia no significa ni desvalorización del mérito ni flojedad para no sostener con calor las convicciones. La educación transige, sin que por esto, cuando el convencimiento domina, cedamos en lo que es justo, lógico y fruto de nuestra fe inamovible. Tolerar no es, de ninguna manera, *transfugar*. Aquí viene radiosa la máxima del célebre estadista Lord Felipe Chesterfield en las sabias cartas dedicadas a la educación de su hijo: *suávis in modo, fórtiter in re*. Traducido libremente al lenguaje pintoresco popular, diríase: «Lo político no quita lo valiente». Las buenas maneras jamás se oponen. Ceder en el asunto principal, con suavidad expuesto; pe-

rò con energía defendido, fuera corbardía.

En el siglo XX, en verdad, debería suprimirse este capítulo. ¡Hablar todavía de tolerancia! ¡Qué rubor! Pero, aunque estamos en la magna América, no son de antaño suplicios repetidos a lo Juan Calas, por obra y gracia de la intolerancia. No hemos levantado aún, como en la antigüedad sabia, suntuoso altar al dios ignoto, en prueba de elocuente respeto al credo ajeno. Mártires registra la historia de estas democracias; mártires de la propagación y afianzamiento de sus ideas. Sobre todo en política, todavía están abiertos abismos que distancian a familias y conterráneos, de preferencia en lugares chicos. Las dentelladas de la intransigencia han sido furibundas.

Inestimables bienes cosecharán los que en las escuelas planteen la humana religión de la tolerancia, a fin de que aprendan los niños a conocer los méritos del adversario, la valía del contrincante, la seriedad del extraño dictamen.

El mundo, merced a los admirables progresos de la ciencia, cristalizados, por ejemplo, en la aviación y las ondas hertzianas, va salvando distancias y trata de estrecharse en un abrazo cordial y tolerante. De diferentes latitudes llegan los aviones transportando viajeros cosmopolitas con mil ideas y doctrinas. Noticias y fraternos saludos envían los aficionados a captar ondas cortas y largas y recorrer los diales en busca de nuevas estaciones. Poderosos equipos emisores difunden la palabra hu-

mana y el lenguaje de la música. La clásica y la autóctona se mezclan. Los países se relacionan y propagan su arte. Todos son signos de alianza que ponen a un lado la intransigencia, causante de tantas guerras.

¿Qué importa una creencia más? Nadie está en posesión de la verdad. Loco será quién trate de monopolizarla o pretenda que la de su gusto es la única, la exclusiva, la no falsificada. Ya las almas no se dejan imponer credos. Cada cual los estudia, los asimila, los escoge, sin la pedantería de juzgar que los suyos son los imperativos y exclusivos y que los otros— los contrarios, los divergentes, los negativos — nada valen.

Mañana el llamado *rey de la creación*— enfática o burlescamente— hallará en las sorpresas del cinematógrafo, en los prodigios de la televisión, en los avances de la fotografía, en cien fuerzas desconocidas hasta hoy, nuevos motivos para tolerar y amarse.

Hay tendencia hoy día al acercamiento. Sociedades literarias y deportivas florecen tanto en las escuelas como en los colegios. El *scoutismo* ha humanizado a las naturalezas tercas. Los misántropos comulgan francamente con sus compañeros en el culto de la unión y mutua armonía. El espíritu juvenil es más generoso.

La facilidad de la lectura, con las bibliotecas ambulantes y el abaratamiento de los libros, ha ensanchado el estrecho pensamiento humano en los pueblos diminutos,

en los que era un crimen extender el nido y dar amplitud a los remos.

Ojalá, con santa avidez, con hambre espiritual, se consulten diariamente las obras de Smiles, Marden y Trini, «El Deber» de Julio Simón, los «Ensayos» de Montaigne, la «Historia de las Religiones» de Max Muller, y el origen y desarrollo de las mismas por dicho autor; los «Estudios» de Giner, la «Lucha de razas» de Gumplowicz; «Las instituciones primitivas» de Sumner-Maine; los intensos libros del Dr. Gregorio Marañón; "Las ruinas de Palmira" del Conde de Volney; los "Estudios" de Lord Macaulay, que tanto recomendaron críticos de la talla de Taine y Menéndez Pelayo, «Las Vidas Paralelas» de Plutarco, «El espíritu de las leyes» de Montesquieu, «Liberalismo y Jacobinismo» de Rodó, a fin de que estas dilatadas páginas, sabidas al dedillo por los maestros, sean como una caricia de tolerancia entre los discípulos.

CAPITULO XI

EL FACTOR EDUCATIVO HISTORICO.— QUIEBRAS DE LA PEDAGOGIA ESCRITA

Mucho se escribe sobre pedagogía, tema fecundo que corre parejas, por su abundancia y actualidad, con la inacabable biblioteca sobre la guerra europea. Diaria comidilla de educadores citar a tal paidólogo y a fulano especialista en eugénica. Si estos modernos conocimientos son utilísimos, si nada desaprovecha el educador vocacional, es desconcertante la teoría, al compararla con la práctica, en asuntos pedagógicos.

Parte de lo bien meditado— como un teorema que no se desarrollase— escrito se queda cual mera fórmula. En el campo de la escuela y practicando con los niños se palpa cuán impotente e ineficaz es la simple literatura pedagógica, si prescindió de la aplicación inmediata, y sobre todo, si generalizó con pujos dogmáticos. Cada pequeño es un tubito de ensayo, terreno de cultivo, por-

taobjeto para el microscopio, problema por resolverse, punto de observación detenida. Sin exageración pudiera afirmarse que se necesitan de tantos tratados de pedagogía cuantos son los educandos. Y aún así no se satisface el anhelo, sobre todo, si topamos con casos complejos. El método tal—, llámese *cíclico, concéntrico, activo, socrático*—, bueno para aquel niño, resultó contraproducente para éste. Convengo— y es indispensable—que el maestro tenga muchas ideas, un océano de ideas, sobre pedagogía, que se prepare de "memoria", pero, si no practica, ha echado en saco roto los consejos que aprendió en letras de molde. La experiencia es el mejor texto de pedagogía; una experiencia sutil, infatigable, penetradora del arcano de la infancia.

En el profesor de verdad, su pedagogía está en continuo devenir, como un manantial que no se agota y que cada vez renueva sus límpidos chorros.

En el caso del tartamudo a que me he referido, aprendí más enseñándole a leer que en muchos pomposos textos de lectura, en los que no estaba ni siquiera esbozado mi conflicto pedagógico, porque el libro era para los más, no para los menos.

Tengo por otro factor de plasmante convicción a la historia, q' es acción y filosofía, esto es, vida y certeza. Los más grandes educadores han enseñado por medio de la parábola, es decir, de un capítulo de la vida humana: al hombre se

le ha persuadido con hechos realizados persiguial en especie. Desde época remota, Esopo sabe deducir inolvidables lecciones con sus episodios humanales.

La historia patria, la historia americana, sagazmente comprendidas, arrojan caudales de convencimiento pedagógico. El amor a la instrucción pública profesado por Rocafuerte, el carácter inquebrantable y dinamismo de García Moreno, la sagacidad y desvelo por el estudio de Antonio Flores, el ideal y desprendimiento de Cordero, el afecto por los niños y la temperancia doméstica de Alfaro, todas estas virtudes, diluídas en anécdotas convenientes y amenas, son otras tantas piedras fundamentales para el edificio moral. ¡Qué de aplicaciones de los rasgos salientes de Miranda, Bolívar, Sucre, San Martín, Calderón, de aquellas generaciones viriles que amasaron con su sangre el eucarístico pan de la hegemonía republicana! ¡Cuán hermosos rasgos en las biografías de Sarmiento, Alberdi, Franklin, Rodríguez, Saco, Varela, Hostos, Justo Sierra! Los forjadores de patrias como Martí, Belgrano, Morazán, Rivadavia, Artigas, Hidalgo, Juárez, Alberdi, Sarmiento, Lavalle y Urquiza son educadores.

Mas como no sería buen mecánico el que hubiera visto en pintura las máquinas, ni buen abogado el que supiese únicamente de memoria el Código Civil, no aprovecharían las páginas de la historia sin revivirlas con deducción sabia y sabio corolario. La adaptación, el a-

natómico examen, la acotación prolija, el destejer del escolio marginal, el minucioso desmonte del aparato, el *desarme* de un alma, la síntesis de mil, hacen al pedagogo, esto es, guía, conductor de la niñez. ¿Cómo llevarle a obscuras, apagada la antorcha de la experimentación psicológica? ¿Cómo dirigirle sin conocer el camino intrincado de las conciencias? Mientras más trillado, menos peligroso de perderse a través del largo sendero.

Una faz de la educación—pesen a la recóndita sabiduría y al arte modernista— se apoya en la insistencia, en el recuento, en la recalcadura diaria de innumerables lugares comunes. Asombro produciría entre los idólatras de la novedad y los futuristas de la forma, entre los ávidos de lo flamante, por desusado y estrambótico que sea, que me atreva a hablar, con algún cariño, de los lugares comunes, tan odiados y tan envilecidos por la calumnia. Es preciso aquilatar la filosofía del lugar común, deponiendo nuestro orgullo para desentrañar su importancia casera. Convengamos en que la vida, como un bastísimo campo, está sembrada de lugares comunes. Cuando éstos, florecidos en ideales, en conversaciones, en acontecimientos públicos y privados, llegan a la médula popular, el índice de la cultura nacional es muy apreciable. Las grandes ideas, dejando de ser utopías, toman carne cuando son lugares comunes, familiarmente frecuentados por todos. La reproducción de análogos he-

chos históricos ¿será formal demostración de la abundancia de los lugares comunes y de su eficacia plebeya? Raspando el barniz, busquemos con fina perspicacia la materia prima: se hallará que lo que nos pareció nuevo es muy sobado y antiguo en substancia. ¿Desconocíais la vieja obra? Limpiad la pátina que os engañaba; partidifusos comprobaréis que sólo la apariencia, la modalidad ostentaban sus brillantes disfraces.

Fundamentos inmovibles están echándose, piedra sobre piedra, desde épocas prehistóricas en el edificio social, sin que la materia constructiva haya variado. Sed buenos, escribía Confucio, recopilando obras morales anteriores a su época; del bien y del mal hablaba Zoroastro, la moral promulgaba el legendario Moisés, intrínsecamente, los mismos preceptos repetía Jesús con amable sonrisa. Dominad vuestros apetitos predicaban los viejos legisladores de Esparta. Igual recomienda, más tarde, en los áureos versos atribuidos a Pitágoras. No difieren tampoco los consejos de Sócrates. Sed buenos, han repetido y repetían las madres modelos en la anterior y en esta centuria y repetirán por los siglos de los siglos. ¡Ojalá este lugar común, resonando hasta el infinito, fuera aprendido de memoria y observado por la humanidad!

Insistir, recalcar, volver sobre el mismo tema, tomar de nuevo los comienzos, ofrecer el consabido alimento en distintas vajillas, la misma esencia con diversos ali-

ños ¿no es uno de los sistemas nutritivos de la pedagogía? Y en medio de esta redundancia sabrosamente condimentada, de esta porfía que se creyera monótona y matadora ¡cuánta variedad que se supondría paradójal y loca!

—Hace una trintena de años que, tras de repetir en buenas cuentas lo mismo, estoy lidiando con niños de primeras letras en la embrujada misión de enseñar y creará usted que todavía no me precio de saber ciencia pedagógica, paidológica, eugénica o qué sé yo, me decía un viejo maestro jubilado, fundador de varios colegios y escuelas, y que, no obstante el peso de su edad, aún trabajaba.

Como le expresara mi asombro, y como atribuyera a modestia su confesión desconcertante, añadió:

—No crea. Le aseguro con franqueza y pena a la vez. A cada momento, se me presenta un caso nuevo e inesperado, que no leí en los amarillentos libros. Los niños son figuras de ajedrez que en rara ocasión repiten la jugada. Alguna pericia tengo en el trato de los pequeños; conozco sus líneas generales; me he familiarizado con muchos caracteres; pero no por esto puedo llamarme pedagogo. Tal vez a los cincuenta años de cotidiana observación.....

—Habrá leído mucho, abundante preceptiva pedagógica, le musito, sin acertar a salir del conflicto.

—He leído un libro de millares de páginas: el alma

del niño. Hay un pintor de niños que ha consagrado su existencia a copiar sus plácidas fisonomías; sin embargo, ninguna cara salida del primoroso pincel de Juan Geoffroy se parece a la otra. Antes que leerlos, mejor es conocerlos.

Callado permanezco acatando sus palabras.

En seguida, se acerca con paso firme a su biblioteca, abre una moderna revista argentina, y agrega:

—Oiga Ud. esta breve crítica contra los representantes de una pedagogía aparatosa y petulante, que no practica, sino que dogmatiza: "Quiso hacerse de la pedagogía una ciencia infusa. Sus cultores se tuvieron por los poseídos de un secreto y de una misión providenciales. Se trataba de un almacenamiento de nociones rígidas, es decir, de un seudo cientifismo que es precisamente la negación de la ciencia, más completa que la fresca ignorancia.— Fue una semilla de pedantería y de inflación de espíritu y de estilo, de cultura libresca, y de perturbación de criterio.— Así, por ese camino, la enseñanza era una acción verbal y no una sugestión íntima y a lo mejor el apostolado que la pedagogía incubaba, concluía en los labios y en la puerta del aula, recobrando su imperio; fuera de ella, las mismas pasiones que la educación ha de frenar por definición, y el ejemplo del maestro era la antítesis de la noble énfasis de la lección oral".

A mis aprobaciones, mudas pero elocuentes, añade:

—Convénzase que no abundan los maestros.



...fan ser unos santos laicos. Pocos predicán con el ejemplo. Condenan el alcohol y hay tantos que no se privan de él. Prohiben el tabaco, y se atreven a fumar en presencia de los niños. Hablan de puntualidad, y llegan tarde a la clase o faltan cuando quieren. Endiosan el carácter, y son flojos en la disciplina y aduladores de la superioridad. Decantan dignidad, y a cada paso en su vida pública y privada cometen indignidades. Se figuran pozos de ciencia y salidos de su uniatralidad de su ramo especialista, ignoran la mayoría de las cosas. Alaban el trabajo, y no dan muestras de laboriosidad. Fuera del plantel, en nada se conoce que actúan como profesores. Otros negocios y pasatiempos consumen las horas, pues su única aspiración, no es el estudio, sino la renta, como base para otra soldada mayor

Me entristece el maestro con sus verdades, magnas como templos. En su cabeza alborea la experiencia. En sus ojos brilla la luz de la curiosidad. Sus labios se pliegan, no sé sicon amargura o con benevolencia.

Regreso al hogar, presa de inquietudes y melancolías. Para fortalecerme y tranquilizarme recorro a la historia. En esa fuente de aguas cristalinas bebo, y bebo con sed desesperada:

Entonces a mi imaginación acude la figura culminante de Agrícola o Husonan y me dice: "si hay algo con nombre contradictorio es la escuela. Los griegos la lla-

maron *schola*— esto es, ocio; los latinos, *ludus literarius*— juego literario; pero nada más lejos del ocio que la escuela; nada más penoso ni más opuesto al placer. Más correcto es el nombre que recibió de Aristófanes: *phrontizerión*— esto es, lugar de guarda”. Pestalozzi me murmura sus privaciones y me demuestra que “las cosas deben aprenderse haciéndolas”, como pensaba Comenius. Froebel revive sus prodigios del Kindergarten que “Enseña en el juego a trabajar, a construir, a inventar, a referir y hablar correctamente, y, lo que es mejor que todo eso, a amarse unos a otros, a ser bondadosos con los demás, a prestarse mutuo auxilio”. Sigo recorriendo vidas educadoras por el ejemplo y la acción, que constituyen otros tantos testimonios palpitantes e inolvidables para la niñez. Es la pedagogía en movimiento.

La reacción se opera en mi espíritu. El optimismo se radiodifunde en mi ser como por el milagro científico de las ondas. Continúo confiando en la escuela, en su porvenir nacional y en la misión del maestro que nutre y vigoriza pueblos. Bien está que investigue nuevos métodos, sistemas, descubrimientos pedagógicos, ensueños y realidades; pero todo con espíritu sano, de humilde obrero y no de fantaseador y petulante que, por vicio «exhibicionista», en cada esquina planta una cátedra y sube a ella a bañarse de vanidad, con el prurito de imaginar que es el único que sabe de problemas educativos y que

ha resuelto el de la piedra filosofal.

Si la pedagogía escrita— no pocas veces apreciable esfuerzo y búsqueda confortante— ha tenido ruidosas quiebras, ha triunfado también otras, en alas de la sincera propaganda, lo que prueba que nada es terminante, exclusivo, absoluto. En el palenque de la relatividad caben muchos contendores y ojalá todos fuesen caballeros y de guante blanco.

Mas, no obstante la noble lucha y el plausible empeño teórico, la práctica obtiene quizá mayores victorias.

El buen éxito estaría en el abrazo de lo teórico y lo práctico, desechando humillos de vanagloria y actitudes de pedantería.

Secreto de aciertos, sin resonancia pero satisfactorios al espíritu, es el estudio de la mentalidad nacional, antes que el de la europea, o de las antípodas, o de otras razas. Hay que ver nuestros « complejos de inferioridad o de superioridad », como hoy se dice, y atenernos a las mezclas raciales, a nuestras necesidades y realidades, al arreglo de la propia casa, sin imitar la ornamentación de la ajena.

CAPITULO XII

La hermosura de la verdad.— Desarrollo artístico
La Escuela arquitectónica.— La pintura
El Canto.— La Música.— La Poesía.

El observador sutil, a manera del ojo del experto joyero, va descubriendo, como las gemas preciosas, entre las falsas de relumbrón, el espíritu vocacional del niño en el mínimo detalle. Procurar el desarrollo de sus facultades, noble psicología que está ejerciendo el maestro, cual el hábil lapidario que labra sus finas piedras Así pule sus inclinaciones

Por pálidos que sean sus destellos, cualesquiera que sean las direcciones que aquéllas apunten, vayan coloreadas y enderezadas por las auroras y caminos de la belleza. El arte, es decir la suprema perfección de las cosas, encierra suma bondad. Hacer las cosas bien, aun las más insignificantes, pone de relieve un temperamento, acentúa una afición plausible. El esplendor del orden, aun en lo más pequeño, educa los sentimientos y a fina el carácter. Son delgadas espirales que

forman la columna salomónica social, esbelta, desafiadora, maciza.

Todo debe formar un armónico ramillete de flores vistosas y acabadas, mejorador de los gustos, de las inclinaciones, de los sentidos y de la índole infantil; todo, desde el edificio de la escuela hasta el gobierno personal escrupuloso.

En la moderna industria productora de economía humana, los tractores desarrollan gran fuerza, así el deleite interior, dinamismo de las almas. Quién no le ame y se recree con sus santas consolaciones que iluminan nuestro alcázar recóndito, es un sér espermible, por oropelos que ostente.

Arte, es afán por la verdad, sacrosanta comunión con la naturaleza. La mentira repugna, porque no es bella. El falso arte, esto es, el mentiroso, llámase artificio. El claror de las conciencias honradas, los soles de las concepciones genuinas, deslumbran por su hermosura real y duradera.

El niño verídico transparenta sus puros sentimientos. En literatura, como alta representación de la dignidad humana, la sinceridad es prenda nobilísima, cautivadora, que atrae a los lectores con el imán de la simpatía. Galileo no pudo acallar el grito de verdad que resonaba en su pecho: pese a su obligada retractación, confesando estuvo a voz en uello que la tie-

rra se movía.

Si los que se forman para la lucha no se blindan con la verdad, ¿qué nimbo de martirio les sublimará? Las verdades triunfan en la hora de la revisión y recuento de valores morales. Si el mentecato es repugnante como un reptil que rastrea y no camina derecho ¿cuánto más quiénes, al iniciarse como mentores y modelos en la vida, osan dibujar su pérvida mueca contra lo veraz? Simulación no es arte legítimo. El que falsifica peca contra la realidad de la esencia: es el impostor de la historia y el payaso de la naturaleza.

—¿Ha hecho la composición Ud.?, pregunto a un rubio niño de semblante de Adonis, culto y decente.

—No, señor, me responde con apagada voz que se diría confundirse con el rubor que enciende sus mejillas.

—¿Por qué no la ha trabajado, cuando de tanto tiempo disponía?

—Pues, francamente, porque no pude. No entendí la manera de desarrollarla, replica con categórica convicción que no deja lugar a duda.

¿Cómo fulminar reprensión rígida para él? Su gesto altivo y terminante me causa buena impresión: veo en este niño un apasionado por la verdad y un firme carácter, leal y cortés. No castigemos al que confiesa la evidencia. La verdad no sea corolario de mor-

tificaciones. No aterroricemos al que está a punto de rendir parias a lo auténtico.

En cambio, ¡qué mala impresión producen quienes andan con subterfugios, con rodeos, excusándose de aquí para allá, inventando pretextos y atenuaciones, solapados y misteriosos!

—Fulano de Tal, tenga la amabilidad de leer su ejercicio de redacción, ordeno a un chicuelo que me inspira poca confianza por su aire mojigato y su mirada indecisa que nunca ve de frente.

Se pone de pie con lentitud, vacila un poco, y como si se le cayesen las palabras de la boca, dice:

—Lo tengo en el salón de estudios, señor.

—Vaya pronto a traerlo, le urjo.

Regresa jadeante, asustado, fingiendo extrañeza y contrariedad.

—¿Qué le pasa?, le pregunto con burlona sonrisa que desbarata todas sus farsas.

—Que lo he dejado en casa, junto con el cuaderno de dibujo, señor.

—Estoy seguro de que no me habla la verdad, le observo. Prefiera Ud. la muerte antes que la mentira. Acto repugnante es el engaño. ¿Ve cómo ha provocado usted la hilaridad de sus compañeros? Si se ríen es porque no le creen franco. Me puede usted sorprender con alguna estratagema; esto es muy fácil; pe-

ro hacerse la ilusión de que usted se engaña a sí mismo, es muy triste, es bajeza, fealdad moral.

Les hablo del culto a la verdad, como uno de los actos más bellos de la vida. Puede conducirnos al sacrificio ; pero es tan bello, tan consolador el martirio que emana del bien ! Proceded, niño, siempre de acuerdo con la dignidad humana.

En guarda de ella, acostumbro no castigar. Palabras descomedidas, golpes, encierros nunca he empleado en mi vida de profesor. Desplegando suma consideración, conseguí que me respetasen. Es necesario respetar para que nos acaten y veneren. Mis estímulos son morales y se fundan en el amor propio, en el interés personal, en la espontaneidad, en que comprendan la inmensa eficacia del honor y del deber. Así ha arraigado el pundonor como una planta dispuesta a producir las mejores flores, los más dulces frutos.

En los primeros años de profesorado, acostumbraba retener a los ociosos o desatentos hasta las seis de la noche para que en el salón escribiesen sus composiciones o refrescasen sus lecciones bajo la vigilancia del bedel. Mas pronto comprobé que la punición era contraproducente: se familiarizaban los niños con la mentira: el castigo frecuente eclipsaba su dignidad y altivez.

De reprensiones colectivas no me servía jamás:

son injustas y profanan la religión de la verdad. Brotan de ahí los encubrimientos y el justificarse los unos a los otros.

—¿Quién es el culpable? Avisen, declaren ligero, para que la sanción no caiga sobre todos y paguen justos por pecadores, suelo oír a algunos maestros de éstos que la fortuna o la política improvisa.

Por no delatarse— acción que repugna y que instintivamente los niños rechazan— recurren a los subterfugios. He aquí que la antipedagogía ha echado las fundamentales ocasiones para la mentira, ha coadyuvado, sin pensarlo, para vedados procedimientos. ¡Funesto séquito de la mentira!

Si de ella vivimos rodeados en el mundo, si es una convención que ya no ruboriza y una moneda que ya no quiere ser feble, hagamos lo posible, como una de las victorias más bellas, porque la niñez, desechándola con valor, cobre el hábito de la conformidad de las cosas con lo que son en sí, real y substancialmente. Cimentar la pasión por la verdad como fin educativo, es constituir sólida base social, formar al ciudadano, reflorcer la justicia y rendir tributo a la poesía que ama la realidad de los hechos, porque irradian belleza, la suprema, que es lo que en sí mismo son los seres.

Para esta consecución trascendental, tengamos es-

cuclas de verdad, física y moralmente consideradas. La escuela resplandezca como una joya arquitectónica, como el mejor edificio de la ciudad, grandioso y curfímico. En el pórtico del Partenón resonaban palabras de sabiduría y enseñanza en la Grecia inmortal. Por los embalsamados jardines de Academo discurriendo estaba la filosofía. Lugares amenos inspiran ideas bellas, como concebidas desde los despejados horizontes que dominan el florentino Campanile que Giotto el magnífico trazó con su talento. En Suiza, la escuela es un palacio: se le descubre de todas partes, como la mejor arquitectura del Cantón, orgullosa y esbelta. En Guatemala, se llaman templos de Minerva otras tantas copias de los que en la Acrópolis lucían y que esa República ha consagrado a la instrucción popular. Decía Ruskín: "Arquitectura es un arte que deben aprender todos los hombres, porque todos están interesados en él, y es tan sencillo, que no puede disculparse el no conocer sus reglas elementales, como no puede disculparse el ignorar las de la gramática, las de la escritura, que son ciencias mucho más difíciles. Con mucho menos dificultad que para aprender a jugar medianamente el ajedrez, al *golf* o al *whist*, y con mucho menos de la que encuentra un niño de la escuela para ganar el premio inferior del año, aprenderiais todos, los principios primordiales o esenciales de la construcción de una catedral gótica, y creo que disfolmente encontraréis el estudio menos divertido". ¡Cómo aplicara estas palabras

a la construcción de escuelas y a la arquitectura escolar que urge nos preocupe a todos!

Aulas desmanteladas, húmedas, oscuras ¿contribuirán a la salud, al desarrollo físico y a la formación del gusto estético?. Ni un cuadro artístico, ni una venusta decoración mural, ni un jarrón, ni una planta, ni rinceo-neras ni consolas, nada que eduque la vista. Lo tétrico, lo destartalado, lo obscuro, lo deforme, lo vacío a cada paso. ¡ Cuán tristes imágenes para la mortificante, la espantable recordación! ¡ Qué desagradables impresiones que se graban desde la infancia! Es ley fisiológica que llegamos a identificarnos con lo que amamos, que nos asimilamos y compenetrarnos tanto, que pasamos a ser un *alter ego*. Viajeros que han puesto su curiosidad y un poquillo de literatura al errar por comarcas italianas, se han fijado que muchos niños parecen la reproducción del niño Jesús de las imágenes sacras de los artistas de esa nación bella, eterna flor de encanto. El fenómeno se explica por la intensa devoción que las madres profesan a las madonas que en brazos llevan a tan divina criatura. Por esto, Emma F. A. Drake aconseja a las madres, en un libro curioso destinado a las recién casadas: "Contemplad hermosos cuadros, estudiad modelos perfectos de escultura, evitad hasta donde sea posible poner la vista en objetos imperfectos y desagradables: que vuestras lecturas tiendan al mismo fin, y tendréis por recompensa hijos her-

mosos y robustos. Si es verdad—y sabemos que lo es— que los que se dedican a la cría de perros pueden conseguir a voluntad perros con ciertas manchas y colores determinados ¿por qué no ha de haber la misma facilidad dentro de la familia humana?. Recordad la historia de los corderos de Jacob, como ejemplo en el reino animal.

Tratándose de los niños, no olvidéis que se conducen por imitación y que aun algunas enfermedades adquieren por simpatía, copiando contorsiones y rasgos convulsivos, gestos, parálisis y movimientos nerviosos.

Un angelito despeinado, de rostro desapacible y mugriento, el cabello en desorden, las uñas de luto, disfraldos y sucios los vestidos, es de aspecto repugnante, por atractivos que encierre la inocente infancia. El aseo esplenda en su faz alegre y bella, símbolo de los mejores días de candor. Hágasele comprender las ventajas de la higiene, fuente de vida y hermosura, en la más tangible de las expresiones. Los niños griegos, fervorosos de la gimnasia, eran bellos como dioses. Cuando Sófoles danzaba en público parecía una figura divina!

—Sírvales de modelo la corrección de la letra, la rectitud de los renglones y la limpieza con que escribe en el pizarrón aquel esbelto muchacho, les repetía cada vez que le tocaba el turno desarrollar frases y analizar oraciones en presencia de todos. El que se esmera en el pormenor, es primoroso en el conjunto.

Los alumnos contemplaban en silencio la elegancia en el vestir, la distinción de modales y la pulcritud en todo de aquél a quien ponía por modelo. Y no le suponáis niño rico: era, sí, hijo de padres muy bien educados.

Al revisar los cuadernos y libros, cualquier línea torcida, cualquier enmendadura, la menor mancha, el imperceptible desaliño, el roto forro, la mínima raspadura, la inscripción inconducente, el arrugamiento y la mutilación de las páginas, eran otras tantas revelaciones para mí, que me trasladaba al hogar y a la vida del individuo. El niño cuidadoso de su persona, bien traído y de excelente compostura, lo es en sus útiles de estudio y en la conservación del menaje escolar. Y estas minuciosidades que quizá pasen inadvertidas, son anuncios de lo que más tarde será el ciudadano, destellos de su personalidad, promesas de tersos o de maculados procederes.

—¿Por qué me trae su matrícula y certificado así? Obtenga una copia en papel sellado nuevo y conserve mejor estos documentos que constituyen sus hojas de servicio, ordenaba con severidad a un mozuelo que me ponía por delante mugrientos papeles, comidos a trechos por el desgaste que las plegaduras había causado en ellos, remendados en parte con fajitas de papel y emborronados de tinta aquí y allá.

Era seguro: el mal alumno tenía también sus certificados en pésimo estado; el buen estudiante los conser-

vaba con esmero, envueltos con precaución o en un sobre protector.

Textos mal presentados, por ciencia que encierran, son antipedagógicos. El libro destinado a los niños fulgure por su elegancia, por la tersura de su impresión, sea nítidamente editado, con ilustraciones artísticas y bellos caracteres, para que ellos, que le manosean a diario, no se cansen y hostiguen, sino que le amen. Los ojos del alumno, ávidos de suyo, están frecuentemente sobre él: por lo mismo, que lo que contemplan resulte distinguido, estético, educador, no sólo en el fondo, sino en la forma, que es su íntimo complemento.

Da grima el cúmulo de textos misérrimos, de pobrísima factura, impresos como para las fieras miradas de los hotentotes; textos que se importan como mercancía barata, cual destinada a los jíbaros.

El maestro tienda a ser un artista. Por el culto de la belleza, la disciplina se impone, la ciencia reina y la poesía desata sus armónicos raudales. Grande es la virtud: agrada porque está despidiendo aroma de belleza, efluvios de serenidad.

Estatuas, cuadros, hermosos monumentos, lecturas de arte, poemas de dulce levedad y delicadeza, pulen el espíritu más que las redundantes homilias, los pesados sermones morales y la cátedra de rancias severidades éticas.

Inaplazable, imperativa la enseñanza de dibujo, música y canto.

El dibujo— base para la pintura— es indispensable puerta de muchos conocimientos. Dibujo lineal, dibujo decorativo, dibujo de la forma humana son fundamentos para el hogar, la ciencia, el arte y la vida práctica.

El que pinta se pone en contacto íntimo con la naturaleza, la observa con religiosa delectación, la imita, dulcifica su temperamento, adquiere fondo de honradez y de verdad, enriquece su memoria, aguza su inventiva, ensaya e intensifica su percepción visual, entra en el alma de las cosas, ejercita labor paciente, enorme, variada, brillante, con profundo sentido del colorido, con aquilino visaje.

Encantadora tarea la de Willian Hunt que pintó niños, flores y frutas, ensalmando su alma con las emanaciones de la tranquila belleza. Imitadle, maestros y discípulos, reproduciendo alguna vez esos prodigios de la vida. En ella entraron, recorriendo con ojo genial la escala zoológica, tantos grandes devotos de la naturaleza que se llaman Rubbens, Rembrandt, Snyders, Tintoretto, Tiziano, Lewis, Landseer.

El pintor vive familiarizado con la gracia, sabe distinguir lo feo de lo hermoso, y por ende, el bien del mal. Su comunión espiritual le torna bondadoso, con infinita piedad por los seres, porque en todos se fijó, con afición hondamente contemplativa, para buscar su lado, su aspecto bello, y reproducirlo.

Los que trataron a los reputados pintores contemporáneos Salas, Manosalvas, Pinto, Cevallos habrían podido darse cuenta de la amabilidad de esas almas delicadas y de reposo, que se diría bañadas de paz.

La caricatura es ejercicio que transparenta el alma. Los caricaturistas son psicólogos, gráficos en la sátira, críticos sutiles.

Preceptistas entusiastas, enamorados de la armonía de la voz humana, afirman, impelidos por la emoción artística, que no deberíamos avergonzarnos de no saber leer, sino de no saber cantar. El que no canta no leerá bien, pues la lectura es un canto variado y pleno de énfasis.

Así ponderan la educación de la voz por medio del solfeo, la afinación de las cuerdas vocales, el atractivo del timbre.

El Dr. Bonnier se lamenta del descuido que existe acerca de este punto y de que no se den conocimientos rudimentarios acerca de la anatomía y fisiología de la garganta. Su larga campaña de más de veinte años de trabajos científicos ha tendido a perfeccionar las sonoridades laríngeas y ennoblecer el arte lírico francés.

He observado que en el Ecuador muy pocas son las buenas voces. En el conservatorio se considera como un acontecimiento una cantante. ¿A qué obedece el fenómeno? A la altura en que vivimos, dicen algunos. Pero es lo cierto que por cada diez mil personas hay una

dotada aquí de apreciable voz. Y no caen en la cuenta que obedece a la deficiencia lastimosa, al descuido del cultivo de la voz en las escuelas, al desconocimiento de la anatomía y fisiología que, al igual que en pintura y escultura, es indispensable en el canto. Hace pocos años que se ha introducido el solfeo en el conservatorio; pero en las escuelas no se lo conoce. Hay planteles que prescinden en lo absoluto de la música y canto.

Además de la dirección de un médico sabio, se requiere la de un profesional en canto, que sepa escoger el género del alumno y lo estimule con la similitud de sus órgano vocales.

—«Todo el mundo ha comprendido que un bajo debía ser más propio para enseñar con buenos y frecuentes ejemplos, como se obtiene tal efecto natural en esta clase de voces. Todos los instrumentistas sienten que por la misma razón, no se toma un profesor de clarinete para enseñar el oboe, se debería naturalmente escoger un tenor para instruir tenores», dice Stephen de la Madelaine en su «Fisiología del canto».

La práctica tanto de la respiración torácica como de la diafragmática abdominal, es necesario que sea graduada por un inteligente en fonación, emisión y articulación. Cuidese de que los niños exterioricen su voz, a fin de que la juzguen por ellos mismos

—«La primera cualidad de una voz es alcanzar, es

decir, llegar donde debe llegar, repite Pedro Bonnier en su prolijo estudio sobre ella. Enviar la voz, hacerla resonar a una distancia dada, es más fácil que hacerla resonar en sí mismo, en el pecho, en la garganta, en la cabeza, en la careta, etc. Basta en realidad pensar en ello y escucharse. Cuando la voz alcanza, nos parece ligera, de un manejo fácil y de mayor libertad; encontramos con más facilidad toda su extensión y todos sus tonos.

A cada paso topamos con remedos de oradores y de maestros sin pizca de voz, que nos angustian por su ronquera en las cámaras, en la cátedra, en los exámenes. A la falta de ensayo, añádase el abuso del tabaco y el alcohol, y tendrá un tormento en la vida de relación: ruidos desapacibles, zumbidos, *runruneo* de moscardones antes que charla y argentina voz, que captive.

El que no canta no alcanzará a interpretar, en la plenitud del ritmo, la mágica armonía de la palabra, la musicalidad de la lectura, uno de los goces más nobles del salterio interior, amigable murmullo y lira de variadas cuerdas.

Casi todos los idiomas cultos, desde que admiten el acento prosódico, son modalidades del canto: básicos, en ellos, los fonemas que deleitan el oído, las cadencias y aspiraciones que recorren la gama sutil y maravillosa. El griego clásico resonaba como un himno: onomatopeyas, espíritus suaves y fuertes le volvían una orquesta. Las sílabas largas y breves, los pies métricos,



la diversa inflexión declinable que economiza monosílabos, la libertad del hipérbaton del latín, refuerzan sus sonoridades y dulzuras de violonchelo y flauta. Un discurso de Cicerón, un exámetro de Virgilio, los dáctilos de Ovidio y los adónicos de Horacio recrean el sentido. Angustia, encocora una voz chillona y una lengua áspera.

—Levante Ud. la voz, vocalice; module bien, afinese, salpique de matices su lectura, observe las pausas, decía a un chico de gangueo empalagoso, insistente como la gota de agua, monótono y desabrido hasta la desesperación.

Otros silbos y gritos agudos crisan los nervios, como el estridente quejido de la lima.

Tanto oír leer con dulzura, ideológica elevación y atenuación fonemal a los demás, tanto recitar a pulmón lleno, tanto ensayar las inflexiones y escucharse a sí mismo, devastó su vozarrón antipático un jayán retardado que cursaba clases ínfimas.

Nada cautiva más que una voz suave y armónica, de timbre claro, meliflua.

Las niñas, sobre todo, deberían llevar un rruiseñor en su garganta. El más agudo y mortificante entonamiento es susceptible de educación y atildadura. En los Estados Unidos, por atinada prescripción escolar, todos se dedican al canto. Labriegos, gente ilustrada, niños y viejos, saben entonar, cuando menos, sus himnos religio-

sos. Los estudiantes alemanes, en sus excursiones, en sus paseos campestres, van alegres cantando aires nacionales escolares. En Italia, el canto corre parejas con la melódica música. Las tonadas napolitanas abundan.

Preceptores desabridos, pedagogos librescos, gente de alma bronca e insonora, vegetan obsesionados con el prurito de suprimir el ligero aspecto artístico de las escuelas a título de que es vana teatralería, frivolidad inútil. Ni recitaciones apropiadas, ni diálogos infantiles, ni juguetes cómicos, ni cuadros vivos, ni canto, ni declamación quieren tolerar aquellos graves señores, que anhelan que la seriedad impere y destierre a lo pureil. No sospechan ¡ay! que para el arte y la alegría se reservan las mejores horas de la niñez, allí donde las almas finas y donairoas están velando por el pulimento de los tiernos corazones. Secar los espíritus jugosos con una destemplada rigidez, con un austero desaliño, marchitarlos tempranamente, metamorfosearlos en filósofos diminutos no es racional ni poético. La belleza desinteresada y serena es gran educadora, es fuente de admirable pedagogía. No decrezcan los regocijos inocentes, las fiestas escolares, los himnos, los actos de belleza, porque son limosnas de poesía para los prosaicos pordioseros del existir pedestre.

La música, dón celestial, transforma en ángeles a mortales criaturas. El divino arte aplaca la fiera de los animales, hinche de consolaciones augustas, melifica

los sentimientos. El inefable bálsamo que derrama sobre los pechos adoloridos, la unción inexplicable que derrocha, la alondra que despierta en las más adormiladas conciencias, son milagros de la música. Allí donde se la menosprecia, el fastidio, como maligno fantasma, como devastadora parca, hace su agosto. Suprimamos, por los sacrosantos oficios de la música, la más ligra sombra de aburrimiento en las escuelas. Fisiológica y psicológicamente considerado, el recurso musical, la siembra artística, obtienen ubérrimas cosechas de cultura y de piedad.

¡Qué mundo de ideas y de ternuras, como bandadas de palomas, está aleteando dentro de nosotros cuando, cual sumergidos en oración, escuchamos el *Claro de luna* de Beethoven, la *Serenata* de Schubert, los *Nocturnos* rusos y polacos, las *Noveletas* de Schumann, la *Sonata en do menor* de Mozart, las *Danzas húngaras* de Brahms, las *Barcarolas* de Rubinstein, las piezas líricas noruegas, los misereres italianos, las romanzas francesas! Moszkowski, Grieg, Verdi, Chopin, Listz, los trovadores de las almas, suspiran y sonrén. El arte triunfa.

Paseos conscientes y repetidos por museos, galerías artísticas, exposiciones de pintura, templos y monumentos, visita a la Escuela de Bellas Artes, son baños saludables para el espíritu que, a través de las vicisitudes y los inviernos de la vida, conservan su frescor y embalsaman las horas tétricas.

La colonia ha sembrado de joyas artísticas, de positivo y reposado mérito, nuestros templos y conventos. Hagámoslas admirar y comprender a los pequeñuelos. Que vivan siquiera en su recuerdo, ya que van extinguiéndose las célebres escuelas de pintura y escultura quiteñas, la tersa factura de Niños—Jesús, la delicada orfebrería, los esmaltes prolijos, las magníficas labores en cuero, los sutiles calados en hierro, tenues, casi vaporosos como encajes, el arte de dorar, la pintura ingeniosa de biombos y parapetos. ¡Toda la tradición artística estamos dejando perder por la incuria y desdén por lo nuestro, desde la escuela! Familiaricemos a las nuevas generaciones con aquellos viejos lienzos de Miguel de Santiago y Gorívar, con las plásticas creaciones del *Caspicara*, de *Pampite*, con las miniaturas de Samaniego, Morales, Vela, Oviedo, con las melodías indígenas, con el acervo poético de nuestros mayores. Conservemos en la memoria nuestros poemas inmortales como el *Canto a Junín*, la *Virgen del Sol*, la *Leyenda del Shyri*, el *Canto Secular*, la *Oda a Sucre*, el *Proscrito*, la *Canción de la Bandera*; *Luz, homenaje a Quito*.

No es perdido esto, ¡oh, vosotros, adustos varones que jamás os sonreís: sólo propendéis a reducir a ecuación y a formas matemáticas los edénicos ensueños infantiles!

—Para la clase de declamación de la semana próximas aprendan Uds. una poesía, la que más les guste, la que les impresione más, la que les parezca más bella. Si les atrae y agrada, no se arredren de recomendar a la memoria una

composición extensa. Por evitar trabajo no aprendan una corta, pero fea, les recomiendo.

Al sábado siguiente, era de oírles recitar poemas bellísimos de Valencia, de Ricardo León, de Amado Nervo, de Gutiérrez Nájera, de Rubén Darío, de R. Heliodoro Valle, de Santos Chocano, de Olmedo, sonetos de Llona, de César Borja, de Remigio Crespo Toral, Noboa. . . .

Las horas transcurrían cual en medio de aroma espiritual y ambiente de gracia juvenil que serán inolvidables. Mañana la lucha violenta y ruda agriará los caracteres; pero conservarán el recuerdo de esos empíreos y pensiles; de ese como ideal abandono de las almas, ensoñador, inebriante, aladinesco. De allí brotando están creaciones que ya llaman la atención en la República de las letras.

La poesía ha de ser reverenciada. Sobre todo la de los bardos regionales que dejan honda huella. Cuentan de José Santos Chocano— de tan trágica memoria— que en la revolución de Guatemala que dio al traste con el omnímodo poder del licenciado Estrada Cabrera, estuvo a punto de perder los originales de su libro 'Oro de Indias'. Sucede que era amigo del dictador centroamericano y que le acompañó hasta última hora. Puesto sitio al déspota, cayó en poder del enemigo. Tanto su casa como la del poeta peruano fueron saqueadas. La pérdida de sus versos le tenía enfermo. Su espíritu iba decayen-

do y se desconsolaba por tal desgracia, superior a la de más rudeza material. Cuado le anunciaron la aparición de aquellas páginas por las que suspiraba, mejoró de carácter y salud. Un hijo del pueblo, que en otro tiempo le oyera declamar una de sus poesías, se apoderó de los originales y no obstante el odio que profesaba al intruso político, no se atrevió a destruir su obra métrica. La entregó en la redacción de un diario, pidiendo que se pusiera en manos del Sr. Herrera, Presidente de la República. El periodista cumplió el encargo. El culto gobernante hizo saber al prisionero Chocano que los originales se habían salvado. La crítica ha expresado que "Oro de Indias" es más bello y emotivo que "Alma América". El milagro del arte se puso en evidencia, en medio del huracán de las pasiones.

Poetas regionales como Gabriel y Galán, que cantaba la tierra y respetaba las tradiciones, como Alfredo Reyes, como el murciano Vicente Medina que viviera años en la Argentina y entregara su último suspiro en la ciudad de Rosario, sean preferidos en la demostración plástica de la belleza, querida y peculiar. Medina ha dejado el eco inextinguible de los *Aires murcianos*, *Cancera*, *La canción de la huerta*.

Moderna poetisa, la espiritual María Raquel Adler, ha dado afectuosas y bellas pruebas de su poesía local que ha encumbrado a la ciudad de Buenos Aires, ha elogiado

us grande avenidas, sus calles, sus plazas, sus monumentos, ha cantado a los niños de la capital argentina, se ha enfervorizado con sus barrios y parques, y ha dicho, del Rfo de la Plata que «en sus aguas dulces se bautizan la sal y el yodo de las tempestades del ejército de las almas y de cuerpos que en tí anclaron».

En la hora de la remembranza llegó, el 20 de septiembre de 1937, la hora solemne de la glorificación a un ciudadano modesto que en el rincón de su casa solariega, en Latacunga, callada y periódicamente, mantenía relaciones con las musas. A través de más de medio siglo, si bien muy de tarde en tarde, estuvo atesorando joyas del intelecto y de las auras nativas. Las composiciones de don Juan Abel Echeverría fueron regionales, porque cantó a cuanto le rodeaba: su amada tierra, sus hombres destacados como el doctor Vicente León, su excelso Otopaxi, los miembros íntimos de su hogar como madre, esposa, etc. Por esto, el anciano recibió la simpatía de sus paisanos que prolongaron la nota reverencial. Aunque trabajó poco, de vez en cuando buriló buenos versos y estuvo transparentando su cariño a lo que le era familiar y dilecto.

Tributar pleitesía a los poetas destaca a las naciones.

Abramos la historia para confirmar esta verdad.
El 10 de febrero de 1778 atravesaba triunfalmente la calles

de París un anciano ilustre entre las aclamaciones del pueblo. Parecía un rey en cuyo semblante se borraban la mueca despectiva y la sonrisa irónica. Este viejo poeta, casi nonagenario ya, era llamado por antanomasia el Filósofo de Ferney. La muchedumbre le saludaba. Recibe, por el órgano admirativo de los franceses, la veneración del mundo. Es coronado en el Teatro de la Comedia. El simbólico acto manifiesta que gobernó los espíritus, con el imperio del talento. Voltaire se limita a reír bondadosamente. El sabio Franklin venido de América pone su nota entusiasta y expresiva. Le denomina apóstol de la libertad. Quiere la bendición para su hijo. Bendecid a mi vástago, repite. Nunca acto más conmovedor, exteriorizado en acatamiento al genio que abrazara «casi todos los ramos del saber humano», según Fuentes, y que había sido «el cerebro mejor organizado de su tiempo», en frase de Bianco. Transcurren los siglos: todavía se le cita, se le combate, se le teme y aclama. Los que le leen se inclinan asombrados.

Petrarca en el Capitolio irradia majestuoso; Zorrilla en Granada se transfigura con el halo fulgurante de la coronación en vida. Igual apoteosis para el cantor de la libertad de imprenta, la paz y la América. Quintana aparece a recibir el lauro en público, apoyado en el brazo de otro poeta: de Martínez de la Rosa. La reina Isabel II expresó entonces que se asociaba al homenaje «en nom-

bre de la patria como reina, en nombre de las letras como discípula» Monumentos de análoga o mayor significación para mujeres extraordinarias como la Condesa de Pardo Bazán, Concepción Arenal y Concha Espina.

A Zorrilla de San Martín, el ilustre orador y bardo uruguayo de *Tabaré*, honores magníficos. El magno crítico Cejador le llamó Béquér americano, considerándolo como el más aventajado de los discípulos del autor de las dulces *Rimas*. Y Anatolio France le comparó con el poeta americano Longfellow, expresando que en él se escuchaba «la gran voz del río y de la llanura»

El homenaje al octogenario Echeverría— clásico por la excelencia del verbo—, si bien efímero, como todas las glorias humanas, perdurará en la historia del Ecuador, porque fue resonante y afectuoso, descontando las escenas típicas que no pudieron prever sus gentiles organizadores. Aquellos escasos versos— tallados a conciencia, aunque lamentablemente dispersos—, quedarán inscritos en el Parnaso americano, como obra de selección y esmero que enlazara la esbelta forma— moldeada en turquesas de arte— con la seriedad del asunto, rebotante de nobleza, convicción, sencillez y pulcritud. Piensan reunir en un tomo todo lo que escribiera en su vida longeva, que aseguran fue muy limitado. El libro que aparezca servirá de base para que ejerza su misión la crítica consciente, que descarta entusiasmos locales.

En la manifestación de sus conterráneos, el Sr. Echeverría— el *homenajead*o, que dieran en la flor de repetir— brilló por su ausencia. Fue buscado en su casa y en las vecinas, para llevarlo al paraninfo municipal, en el que se hallaba congregado el Concejo, junto con las delegaciones que habían ido de Quito y otras ciudades, y numerosos concurrentes. Se indagó por él en Latacunga. Estrechísimo círculo de personas logró hallarle: se había refugiado en la celda de un convento. Fui también de los pocos que, por la casualidad o la suerte, consiguió verle, conversar breves momentos con él y abrazarle. Reconoció en seguida al amigo y se acordó de las visitas que le hiciera años atrás, de paso por Latacunga.

La conducta del Sr. Echeverría abrió las puertas del comentario, ya benévolo, ya picante.... ¿Rasgo de profunda filosofía, de humildad mortificadora o de poco aprecio social su prescindencia absoluta y personal, hallándose en el completo uso de sus facultades y habiéndose considerado asistido de las fuerzas suficientes para salir a pie de su domicilio con dirección al asilo dominicano?

Lo cierto es que dio un puntapié al entusiasmo colectivo y que se negó a presentarse en público.

Sea de ello lo que fuere, la apoteosis se desarrolló en su ausencia, con vasto programa, en el que entraron el desfile cívico por la ciudad de Latacunga, la colocación de una lápida conmemorativa, la sesión solemne en los salo-

sen del Ayuntamiento, en los que se pronunciaron más de una docena de discursos, la entrega de su retrato, pintado al óleo y ofrecido por un ciudadano entusiasta, como también diplomas, transcripción de acuerdos y medallas. Por la noche, desde la víspera, se radiodifundieron, por las estaciones emisoras, selectas audiciones literario-musicales.

Acaso la obra del ochentón artífice del verso pudiera pasar llevada por la ola de las nuevas modalidades poéticas o del olvido; pero permanecerá enhiesto el hombre virtuoso, el humanista erudito, el guardián del idioma castellano, el amigo leal, el mentor ingenuo y sincero, en una palabra, el sano corazón. Esta clase de perfume no se borra del recuerdo de los pueblos ni es indiferente a la santidad de los hogares. He aquí las motivadas apoteosis.

El Ecuador ha coronado a poetas de alta inspiración como a Remigio Crespo Toral y Remigio Romero y Cordero, a éste en la cima del histórico Panecillo o Yavirá.

El reverso de la medalla es de angustioso contraste.

Estímulos tardíos de nada sirven. Llegan, cuando llegan, gloriolas en pálidos ocasos. Lo general es que no aparezcan nunca. A veces, en las tristes horas de la filosofía triste, parece que el alma se estrujase en un puño para llorar lágrimas de fuego. Es la esponja de los dolores. Por la vía de los sufrimientos, en desfile macabro, pasan,

entre muecas y zalemas de sangriento sarcasmo, todas las que el hombre llama glorias de la vida. E, involuntariamente, la sinfonía de los suspiros fuga del oprimido pecho, dando cabe al sosiego.

¿Qué es la gloria? Respondan los héroes ignorados que no consiguieron ni la vanidad de una tumba; los genios que se apagaron como astros errantes después de brillar un minuto. Tarde erigieron columnas a los próceres ignotos, poniéndoles anónimas loanzas. ¿De qué sirven? ¿Dónde reposan tantas cenizas veneradas? En el dilúculo del olvido. ¡Cuántos genios merecieron un Taj Mahal consagrado a la sultana favorita; pero la suerte no les deparó ni un triste mojón al final del camino desolado. El Taj Mahal, dijo un ilustre peregrino, vale un viaje a la India, porque ningún elogio es condigno a su merecimiento; morir sin verlo, debe arrancar el alma de quien sospechase siquiera su existencia.

Fue motivo de discusión el polvo encerrado en urna artística, en la pétreca cripta del arquitectónico mausoleo que ostenta la catedral de Quito. El Dr Muñoz Verna-za promovió la duda acerca de la autenticidad de las reliquias de Sucre. Por fortuna, la ciencia borró el mal pensamiento. Se descotice en qué seno de la madre tierra se *fossilizan* los huesos de Abdón Calderón, juvenil héroe de Pichincha. ¿Dónde están los del sabio Pedro Vicente Maldonado y los del Mirabeau de la tribuna Me-

¡Ja Lequerica, devorado por la fiebre amarilla en Cádiz? Los del educador Francisco Febres Cordero, salvados de la vorágine española, atravesaron los mares como carga vil. El señor M. Vaca Salvador, con su repentina muerte, casi llevose a la tumba el secreto del lugar en que reposaban, en el cementerio general de San Diego, una parte de los despojos del general Eloy Alfaro, clandestinamente recogidos a raíz de su martirio. Un ex-presidente de la República del Ecuador— el General Veintimilla— no contaba con una losa para su mediocre hornacina. La caridad de leal puñado de amigos le regaló una piedra de mármol. ¿Dónde se hallan las reliquias del insigne fabulista García Goyena que pasa por guatemalteco? La colonia guayaquileña costeó el epitafio del escritor Vicente Pallares Peñafiel, muerto en la indigencia. El bardo sin ventura Antonio Toledo, el de «Brumas», sólo en al tercer aniversario de su muerte, tuvo una lápida en su nicho. Dillon, el dinámico, renunció a una tumba; se pudren sus huesos en la humedad del suelo. El orador y filósofo Abelardo Posso, el genial polígrafo Aparicio Ortega, el amante de las musas Tomás Rendón, el laureado novelista Miguel Angel Corral, murieron sin una peseta y arrinconados en el olvido. El insigne lírico Numa Pompilio Llona, cantor de las luchas y melancolías del alma, durmiendo estuvo por algunos años sin mausoleo en el cementerio de Guayaquil. El entusiasmo filan-

trópico, por medio de la trompeta de la prensa, colectó fondos, al lustro del fallecimiento del vate, para un póstumo homenaje. Se ignora la suerte que corrieron las mortales vestiduras de Vicente León. En honda oscuridad han quedado los rasgos más salientes de su vida. Los restos del periodista de combate Luciano Coral, director de «El Tiempo» y coronel de la República, estuvieron en peligro de mezclarse en el carnero: amigos sufragaban piadosamente el valor del nicho. Cuando en 1937 se trasladó la urna funeraria a Tulcán, se palpó que sólo contenía un puñado de menudos y calcinados huesos, sin hipérbole alguna. Las tibias que representan al coronel Carlos Montúfar, Marqués de Selva Alegre, fusilado en Buga en 1816, están en maridaje con las de su fiel ordenanza que pidiera la gracia de ser enterrado en la misma huesa. El poeta bohemio Félix Valencia concluye sus días, muriéndose de hambre, en un hospital. No se supo dónde se le había sepultado. Hasta corrieron leyendas macabras acerca del fin de su cadáver. César Arroyo, efusivo admirador de España y amigo de valiosos quilates, lejos de la patria añorada, cae sin fortuna en Cádiz. César Alfonso Pástor, el médico de talento y el intelectual de tantas energías, termina humildemente en Francia después de apurar privaciones y dolores. César Naveda, a raíz de su desempeño brillante en la península Ibérica, se apaga pobre, para quedar en la obscuridad. El sentimental poeta negro Medardo Angel Silva, de hon-

das y populares canciones como "Alma en los labios", abrevia sus tristezas en plena juventud, acosado por la estrechez del sino. La piedad pública levantó modesta suscripción para socorrer a la indigente y anciana madre. Damas caritativas costearon el mausoleo de la dramaturga y lírica del hogar Mercedes González de Moscoso, que falleció amargada de inopia. Para el fecundo periodista Manuel J. Calle, ¿qué premio por treinta años de infatigable lucha? No dejar bienes materiales de ninguna clase. Fue su labor de prensa, hasta última hora, cual el grito desesperado por el diario puchero. Los ministros de la Corte Suprema de Quito, jurisconsultos de tantos merecimientos, doctores Alejandro Cárdenas y José María Bustamante, de probidad acrisolada, llegaron a la augusta vejez sin oro en caja, aunque con el tesoro del talento, candidatos para la jubilación, que, tratándose del primero, fue póstumo ensalzamiento.

Los ecuatorianos no han levantado un monumento digno de su nombre al fomentador de la ciencia y hombre de acción García Moreno, conocido en cultas naciones de Europa y América. Llegan viajeros y dirigen a todas partes la mirada buscando en vano las estatuas del creador de la Escuela Politécnica. La «gloria» que el Ecuador ha recibido es que en Cuba se escribiera un libro sistemático y de psicoanálisis, en que el censor no le deja hueso sano y le suprime todos sus valores di-

námicos, tratándole de loco, que es la palabra menos dura en ese ensayo. Tal vez sea su mejor monumento, por la natural reacción que producen esta clase de obras.

Tomando en cuenta quizá estas miserias, un literato de clásicas formas de lenguaje y de virtudes personales, huyendo de su casa, se recluyó en la celda de un convento en los preciosos momentos del homenaje que Latacuaga le rendía como conterráneo distinguido, a más de los ochenta años de vida ejemplarizadora, llevada en el silencio y modestia del hogar. Dio un puntapié a las glorias terrenales y cerró las puertas de su casa a los fervorosos visitantes y manifestantes don Juan Abel Echeverría, sin duda empapado en las máximas de Kempis y en los proverbios sabios del hijo de David.

¿Qué valen las apoteosis a los varones longevos que se aproximan a la tumba? ¿Por ventura la humanidad, en el desfile doloroso de los crucificados, deja siempre para la hora undécima honores y aplausos, cuando enfermedades, achaques y debilitamientos seniles vuelven fatigosas e inoportunas las tardías resonancias?

¡Sean siempre los poetas, los poetas buenos y admiradores de la belleza, los símbolos más elocuentes de los quilates que deben evaluar la poesía de las almas!

Extendiendo la mirada universal, se ensombrece el espíritu al considerar la pequeñez del ambiente que rodea a los grandes.

Beethoven, el mago de la música, no consigue traje de etiqueta para el estreno de la Novena Sinfonía. Pobre y sordo, se presenta con arrugada levita. Rebrandt, el revolucionario de la pintura, fundador de la escuela flamenca, vive en la estrechez y es incomprendido.

¿Qué es el talento? Síntoma de locura, degeneración superior, dicen los sabios y los sistemáticos, inclusive Nordau y Freud; sinónimo de mendicidad, dicen los pueblos impávidos.

El de Cienfuegos Miguel Angel de la Torre, autor de cuentos, periodista, orador, «le vio la cara adusta a la necesidad y entretuvo la escasez trabajando de cómico en un teatro», ha contado Pedro López Dorticós. El malogrado talento literario muere en un hospital de emergencia a donde fuera conducido con la garganta rota.

De prohombres sé que se privaron del público aplauso por falta de raída levita, ya no del frac que costó sudores a Daudet. Al principio careció Zola en París de una camisa. ¿La tuvo al morir aquel coloso del mundo americano, Bolívar?

¿Y qué? ¿Acaso Camoens no pedía limosna por conducto de su fiel esclavo negro? ¿Por ventura Cervantes— cuyos huesos están confundidos entre los de las monjas trinitarias del convento de la calle de Cantarranas— nadaba en la abundancia en Barcelona, en Sevilla, en Valladolid y en Madrid? Querrá venir a América con un empleillo. Montalvo vivió de la generosidad de cua-

tro amigos; Federico Proaño recibió, en ajena tierra, la limosna de que coleccionaran sus escritos; Dolores Sucre estuvo a punto de morirse de hambre cuando le retardaron el pago de la misérrima subvención de un congreso. El octogenario historiador Roberto Andrade, lleva su angustia en Guayaquil, después de que le cancelaron una modesta cátedra en el colegio Rocafuerte. ¡Cuántos escritores nacionales estuvieron con el candilón!

Otros están con la candela en la mano, en completo silencio, porque no contaron con la suerte del bombo ni del estímulo.

A algunos les sorprendió la muerte lejos, como a Juan Montalvo, José Enrique Rodó, Carlos Tobar, César Arroyo, Federico Proaño, Nicolás A. González, Emilio Cuervo Márquez, escritor colombiano que abrevió sus días en París.

No a todos se les franqueó, como a Rubén Darío, la felicidad de trotar por Europa y América. ¿Hubo quienes les costeasen viajes mundiales y conquistas del reclamo en sus mismos órganos de publicidad, exhibición de sus retratos en cuantas posturas se les antojase, recomendaciones de presidentes de republiquetas, banquetes y otras zarandajas? Desde estos contraaproxos cubiertos de incienso, ¿qué daño les ocasionan los tiros de la crítica?

¡Los viajes! Lumbreras se consumieron en el horror de su aldea; eminencias no salieron de la tiranía del pegujal, por carencia de recursos para la diosa de la fama:

no pudieron ir a echar a vuelo las campanas de París. Miguel Antonio Caro no viajó. Tampoco se demoraron en andanzas por el mundo Pedro Justo Berrío, Marcelino Vélez, Modesto Espinosa, Juan B. Vela, Antonio Borrero, Baquerizo Moreno, Abelardo Moncayo y muchos talentos dignos de ser gobernantes. Verdad es que éste último estuvo únicamente en Lima; pero como desterrado. Otros peregrinaron, que no viajaron, en el ostracismo, como.... ¿Para qué citar letanía de ilustres nombres hoy olvidados?

De más fama goza, caprichos del destino, el maestro Ciruela que no supo leer y puso escuela. Inmortales son Perogrullo y Perico de los Palotes, porque, desde antes del sermón de la montaña, han sido y serán bienaventurados los pobres de espíritu.

Las flores del verano, los racimos del otoño y las nieves del invierno— que dijo el moralista clásico— pasarán. Subsistirá sólo la melancólica pregunta del filósofo elegíaco:

¿Qué se hizo del Rey Don Juan?

Los infantes de Aragón

¿qué se hicieron?

¿Qué fué de tanto galán?

¿Qué fué de tanta invención?. ...

Ni sombra de heredero feliz deja, en múltiples casos, el genio. Tarde comienza la posteridad a enmendar

la plana, y esto de unos pocos. A la mayoría, sus contemporáneos trataron como al mordihuí. Muy honda sepultura para ciertos libros de positivo mérito, que a sus autores produjeron menos que un plato de lentejas; gloria zahumada a la hojarasca, en vida de tantos mediocres. Una bicoca recibió Milton por su "Paraíso Perdido". Cuando el hambre le acosaba, vendía por la nada preciosos manuscritos. ¡Cuántos colosales volúmenes a cien palmos bajo tierra! ¿Quién ha hojeado, por ejemplo, el tratado de estética de J. Koller? Algún raro mortal. Sin embargo, no le empolva ni siglo y medio de existencia. Y así de millares de la época moderna, que no alcanzaron las caricias de la fortuna.

Transcurren las centurias, aupando a unos sobre los cuernos de la luna, en el minuto de entusiasmo; las centurias vuelan, hundiendo a otros en la sima del silencio.... Y aún continuamos suspiando por la gloria, por el talento y... por el pan de cada día.

Con todo, el optimismo no nos abandone jamás: convertido en titánico esfuerzo, empuje siempre el carro de nuestra acción y de nuestro pensamiento.

No nos cansemos de hacer manar sobre los niños esos manantiales de inspiración, ese rocío de los caracteres, a fin de que la semilla dé frutos bendecidos, lucientes panojas, racimos vistosos, que enorgullezcan y nutren a la patria.

No finjamos olvidar que sólo la obra de arte realiza milagros. Tal vez, en los arcanos del tiempo y en la evolución de la perfectibilidad, sea la religión del porvenir, por verdadera, por humana, por comprensible, por universal y por hermosa.

F I N

EL NIÑO

Notas de la Cartera de un Maestro)

INDICE

	<u>Páginas</u>
El Niño.....	3
Capítulo Primero.— Desarrollo del organismo..	7
Capítulo Segundo.— Salud, Alegría e Higiene	19
Capítulo Tercero.— Corrección de vicios del organismo.....	35
Capítulo Cuarto.— La Atención ✓.....	53
Capítulo Quinto.— El gran factor de la Memoria	67
Capítulo Sexto.— Gimnasia del Entendimiento..	81
Capítulo Séptimo.— La Patria, la Tierra y la familia.....	91
Capítulo Octavo.— La Libertad y la Raza. ✓....	115
Capítulo Noveno.— La Lengua Vernácula.....	137
Capítulo Décimo.— La Tolerancia.....	159
Capítulo Undécimo.— El factor educativo histórico: —Quiebras de la pedagogía escrita....	177
Capítulo Duodécimo.— La hermosura de la Verdad.— Desarrollo artístico.— La Escuela arquitectónica.— La Pintura.— El Canto.— La Música	
La Poesía.— Apoteosis tardía a poetas y artistas	187

ALGUNAS OBRAS DE ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- La Ley del progreso Casa Editora de Juan I. Gálvez
Quito, 1909.
- Vargas Vila— (Ojeada crítica de sus obras) Imp. del diario
"Ecuador, 1912
- Las Brumas de Antonio C. Toledo Talleres del diario "El
Comercio", 1913.
- Algunas ideas acerca de educación 2a. ed. Imp. Municipi-
pal, 1915.
- Rodó— 4a ed. Imp. y Enc. Nacionales, 1917.
- El Ecuador Intelectual— Córdova (Argentina) Imp. de
Bautista Cubas, 1919
- Tres Poetas de la música Imp. de la Universidad Cen-
tral— Quito, 1921.
- Juana de Ibarbourou Imp Nacional— Quito, 1921.
- Educación del Hogar— Imp. "Editorial"— Quito, 1923
- Motivos Nacionales (2 tomos) Imp. de la Escuela de Ar-
tes y Oficios, 1927.
- Pinceladas de la Tierruca Ensayo de novela. Imp. id.—1928
- Centenarios y Milenarfos Edición del Ministerio de Edu-
cación, 1931.
- Eloy Alfaro— (Epinicio biográfico) Talleres tipográficos
Nacionales, 1934.
- Nociones de Literatura General— 4a ed. Quito, 1934.
- El Ocaso de los Conquistadores— Imp Municipal, 1924.
- Quiteños auténticos— Imp. Municipal, 1934
- Recuerdos de Quito— La Tola, Imp. por N. Romero -- 1934
- Del Quito Antiguo -- Imp y Enc. "Ecuador". 1935.
- A través de los Libros Imp. y Enc. "Ecuador", 1935
- Los Genios -- Imp. y Enc. "Ecuador", 1935.
- El libro del Maestro (Ruta de la Escuela) — Imprenta y En-
cuadernación "Ecuador", 1936.
- Manuel J. Calle— Imprenta «Ecuador» — Quito, 1936.
- En torno de la Prensa Nacional Imprenta «Ecuador» 1937.
- Mujeres de España — Imp y Enc. «Ecuador» 1937.
- Algo sobre la Novela en la América del Sur — Quito 1937.

Acabóse de imprimir este libro dedicado a
los niños de escuelas y colegios, el sábado
primero de Enero de 1938, en la
Imprenta y Encuad. "Ecuador".
de José Humberto Torres M.